



AÑO II.

Madrid, 4.º de Mayo de 1877.

NÚM. 11.

DIRECTOR:  
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.REDACCION:  
San Pedro, 1, segundo.

## PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

## EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

## EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4.50 »
Tres.....	2.50 »

## ADMINISTRACION:

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID

á donde se dirigirán los pedidos  
de suscripciones.

## SUMARIO.

El vino, por D. Estanislao Malinre. — Caballos, por el Sr. Marqués de la Conquista. — Novela, por D. J. Valera. — Almuerzo en el arroyo de Rabla-vacas. — Historia de la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua (con-tinuación). — El paso de las codornices en Tarifa, por D. Alfredo Derqui y Campos. — Lías y fresas, por D. F. B. Navarro. — Toros. — Correspon-dencias. — Noticias generales. — Regatas de Sevilla. — Floricultura. — Tiro de pichon de Madrid. De Lisboa. De Sevilla. — Mercado de Madrid. — Cua-drado de palabras. — Anuncios.

## EL VINO.

## IV.

Cuando nos disponíamos á exponer los procedi-mientos que deben adoptarse para mejorar los vi-nos por la acertada eleccion de las variedades de la vid más apropiadas al clima y al terreno de ca-da localidad, llegó á nuestras manos el *Boletín* de la Sociedad Vinícola de Tarn y Garona donde ha-llamos una reseña histórica y descriptiva de la vi-ña Escuela de dicha Sociedad. Nada podemos ha-cer mejor que ofrecer este trabajo á la meditacion de nuestros lectores, porque lo que se ha hecho en Montauban es precisamente lo que sin dilaciones debemos imitar en Madrid en mayor escala, cual conviene en la capital de una nacion que cifra en los productos de la vid uno de sus mayores vene-res de riqueza.

Hé aquí el trabajo á que nos referimos.

## RESEÑA HISTÓRICA DESCRIPTIVA SOBRE LA VIÑA.

## ESCUELA DE TARN Y GARONA.

Quince años hace que un grupo de agricultores prácticos de Tarn y Garona concibieron y realizaron un proyecto cuyos resultados han colmado las esperanzas de sus au-tores.

El cultivo de la vid en este Departamento estaba lejos de rendir las utilidades que permitian la feracidad de su sue-lo y la belleza de su privilegiado cielo. Sin duda no fal-taban algunos hábiles viticultores, cuyos nombres pudié-ra-mos revelar si no temiéramos ofender su modestia, que sa-bían tratar bien el precioso arbusto; pero la gran mayoría de los propietarios parecían aferrados á las más rancias prácticas de sus antepasados. Pocos se ocupaban de las vá-rias modificaciones que la vid puede recibir bajo la influen-cia de este ú otro terreno, de tal ó cual cultivo; el sistema de plantar ó de podar, la eleccion de las variedades los procedimientos de elaboracion y conservacion del vino, es-taban considerados por la generalidad, como de orden muy secundario.

Con el perseverante propósito, digno de encomio, de con-tribuir á la prosperidad del país, confiando en las buenas

disposiciones de los propietarios en favor del progreso vi-tícola, la Sociedad de Ciencias, que desde su creacion se ocupaba de los intereses agrícolas del Departamento, puso resueltamente la mano á la obra, y predicando en favor del ejemplo, resolvió consagrar exclusivamente un campo á los estudios vitícolas.

Encontró el pensamiento sin demora numerosos y gene-rosos protectores en los funcionarios de la Administracion pública, y al mismo tiempo una eficaz cooperacion de parte del doctor Guyot, que habia sido consultado oportuna-mente.

El objeto estando bien determinado y el plan de ejecu-cion adoptado, cien accionistas abrieron con desprendimien-to su bolsillo y realizaron un capital de francos 15.000 para adquirir un terreno y construir los edificios estrictamente necesarios á la futura explotacion. Se compraron tres hec-táreas próximamente, situadas á 4 kilómetros de Montauban, sobre el camino departamental núm. 8; el suelo de na-turaleza pedregosa, en parte argilo-calcáreo y en parte sí-lico-argiloso, inclinado hácia el Mediodía, ha sido cavado á brazo hasta 70 centímetros de profundidad, nivelado con cuidado y dianajeado con tubos de barro cocido, con el objeto de sanear por completo las capas inferiores del mismo.

La reunion de las variedades de vid que era neces-a-rio ensayar, y el orden que cada una de ellas debía ocu-par en la plantacion, no han sido las menores dificulta-des que encontraron los fundadores de la viña escuela. Es-tas preliminares operaciones debían ejercer una influen-cia decisiva sobre el porvenir y el buen éxito de la em-presa.

Era preciso, en efecto, abrir un vasto horizonte á todas las inteligencias, hacerla igualmente accesible á los sabios como á las personas ménos versadas en esta clase de culti-vo, y obligar á todo el mundo á recoger alguna enseña-za en este criterio de un nuevo género; el problema no era de sencilla y fácil resolucion, teniendo en cuenta la descon-fianza que nace de toda innovacion, la multitud de varia-dades ya conocidas, la confusion que existe en la nomencla-tura, y la falta de una buena sinonimia.

Para vencer todos los obstáculos y satisfacer todas las exigencias se resolvió: 1.º, que se pedirian, no sólo á todos los viticultores del Departamento, sino tambien á todas las Sociedades de Agricultura de Francia y del extranjero, es-quejes de todas las variedades de vid que pudieran encon-trarse; 2.º, que se plantarian y se cultivarian éstas segun los procedimientos que se observan en los países de su res-pectiva procedencia, comparándolas con las de esta region sometidas al cultivo tradicional y local; 3.º, que ademas se haria un estudio especial de las uvas de comer, y especial-mente del albillo de Montauban; y 4.º, que se estableciera un vivero de las mejores variedades para su propagacion en la comarca. Se convino tambien en que en su tiempo se procedería á la vinificacion, unas veces cada variedad por separado, otras combinando las uvas, várias variedades en determinadas proporciones.

Las cantidades que se recibieron excedieron á lo que se esperaba, pues el libro de inscripcion enumera 16.000 bar-bos ó esquejes, representando unas 600 variedades.

Quedaba por clasificar y poner en orden tan numerosos elementos, y para ello se adoptó el siguiente procedimien-to: cada grupo, teniendo un mismo origen y revelan-do cierto parentesco, debía plantarse separadamente en

un cuadro del Establecimiento, con el objeto de observar más fácilmente las diferencias que podian distinguir sus miembros y de verificar la vendimia con mayor como-didad.

A este efecto se dividió el terreno en dos partes iguales por un ancho camino central, conduciendo á los edificios, y por otros caminos trasversales más estrechos que comuni-caban con otro que daba la vuelta á toda la finca, cerrada con un soto vivo de blancas espinas; los cuadros, de varia-ble cabida, estaban designados por las letras del alfabeto.

En el cuadro A se colocaron las variedades nacionales y extranjeras, clasificadas por familias, y segun el sistema del conde de Odart. Su objeto es publicar su sinonimia, que es-peramos publicar en breve.

En el cuadro B se hallan las mejores variedades del Lan-guedoc, de la Gironde, de Borgoña y del país; esto con el propósito de comparar las variedades de las tres primeras regiones con las de nuestras comarcas. Plantadas del mismo modo que en su país de origen, á la misma distancia, y so-metidas al mismo sistema de poda, cada una conserva su fisonomía particular.

Encierra el cuadro C várias variedades de buena calidad, sobre las cuales se practican tres sistemas de poda y culti-vo: el del país, el del Dr. Guyot y el de cordoneo. La ins-talacion que se adoptó permite aplicar la misma diferen-cia, poda ó cultivo á una ú otra variedad; de este modo se puede determinar el sistema que conviene mejor á cada una para asegurar su fertilidad, lozanía y duracion.

El cuadro D está destinado exclusivamente á las varia-dades del departamento; las que llevan el mismo nombre ó nombres que se parecen, las que tienen entre sí algun pa-rentesco, segun la Ampelografía del conde Odart, forman un grupo separado y reciben el mismo cultivo.

El cuadro E contiene la coleccion general. Hállase el cuadro F poblado con el negret y el mozac del país y la lyrah del Ermitage. Era preciso averiguar si estas variedades merecian el gran aprecio que se hacia de ellas; poco exigentes, muy fértiles, de un cultivo fácil, sa-bemos hoy que su reputacion es merecida.

El cuadro G está reservado exclusivamente á las uvas de mesa, clasificadas por orden de mérito.

En el cuadro H se cultivan al estilo del país las varia-dades del albillo propias de Montauban, pero sometidas á va-rios sistemas de poda.

El cuadro I se ha destinado á la multiplicacion de las va-riedades que se estiman dignas de propagarse.

Conviene añadir, como complemento á lo que precede, que se ha inscrito con precision rigorosa en un libro espe-cial los varios sistemas de plantacion que se emplearon, su fecha, el estado del esqueje ó del barbo, del tiempo, la su-perficie ocupada, la naturaleza del suelo, el espacio entre las cepas, el nombre de las variedades, su procedencia, et-cétera, etc.

Exceptuando las plantas con raíces, la plantacion se hizo desde Abril hasta fin de Julio; se ensayaron en esta operacion varios procedimientos, que dieron todos los me-jores resultados, y que no reproduciremos aquí para no alar-gar demasiado este artículo; sin embargo, debemos decir que la profundidad de 30 centímetros es la que nos parece preferible.

El estado próspero de las cepas permite hoy continuar los interesantes trabajos de Mr. P. Dubreuilh acerca de la riqueza sacarina, de la fertilidad, y del vigor de las va-



riedades propias del departamento y de las que le son extrañas.

Bajo el concepto de la calidad de los caldos, merecen la preferencia, entre las variedades del departamento, las siguientes:

#### UVAS NEGRAS.

El Bonissales.	El Ondene negro.
El Negret.	El Bouillenc negro.
El Auverrois.	El Louval noir.
El Milgranet.	El Millan.

#### UVAS BLANCAS.

El Semillon.	El Mozarc blanco.
El Verdanel.	El Museadel.
El Luceval blanco.	El Coti blanco.
El Ondene blanco.	El Clairette.

De las cepas extrañas al departamento, las mejores son:

El Carbenet Sauvignon.	El Syrrah.
El Pinot noiren.	El Gamai de Malai.
El Merlot.	El Gamai de Bevi.
El Malbec.	El Turmint.
El Pinot negro.	El Aramont.

Consideradas en el concepto de su fecundidad, se clasifican del modo siguiente las uvas negras:

Los Pinots.	El Merlot.
Los Gamais.	El Bouillenc negro.
El Ondene negro.	El Auverrois.
El Milgranet.	El Malbeck.
El Millan.	El Verdot.
El Louval negro.	El Syrrah.
El Bouissales.	El Carbenet Lauvignon.

#### LAS BLANCAS.

Los Mozacs.	El Verdanel.
El Clairette.	El Ondene Blanc.
El Semillon.	El Louval blanc.
El Coti blanco.	El Bouillenc blanc.

Las variedades que ofrecen mayor vigor y lozanía son:

El Syrrah.	El Bordelais.
Los Pinot.	Los Mozacs.
Los Gamais.	El Bouissales.
El Merlot.	El Bouillenc.
El Ondene.	El Carbenet.
El Auverrois.	El Malbeck.
El Milgranet.	El Clairette.
El Negres.	El Semillon.
El Epar.	El Millan.

Hé aquí, por último, las mejores uvas de mesa y las más estimadas:

El Melasione.	El Clairette.
El Paranaña blanco.	El Millan.
El Semillon.	El Malbeck.
El Kadaskas.	El Mozac blanco y el rosado.
El Moscatel de Frontignan.	El Louval.
El Majorquin.	El Prunelas.
El Khala negro.	El Chasselas blanco y el rosado del país.

La elaboración de vinos ha sido y es el objeto de la atención constante del Consejo Administrativo. Las variedades de la Gironda y de la Borgoña se tratan por separado. Las primeras dan un vino muy rico y de un magnífico color. Su aroma, que aumenta con el tiempo, le hace solicitar. El vino de las variedades de Borgoña no es menos estimado, y se vende á buen precio á los negociantes de la localidad.

Otras variedades solas ó combinadas se prueban y estudian cada año en cubas confeccionadas expresamente para el objeto. Así es que se hacen vinos por separado del Negret, del Melgranet, del Ondene, del Semillon, del Aramon, etc.; otras veces se mezclan las uvas de dos, tres, ó cuatro variedades. Estos vinos, cuidadosamente rotulados y conservados, se ofrecen á todos los que desean catarlos.

El vino producido por la mezcla de todas las uvas que no entran en estas especiales combinaciones figura honradamente sobre todas las mesas.

Los recursos económicos de la Sociedad la han permitido colocar al pié de la primera cepa de cada variedad un rótulo de loza montado sobre hierro é indicando su nombre.

Tal es hoy la viña Escuela de Montauban; tal la misión que se habían impuesto sus fundadores, y harto recompensados ya con el convencimiento de haber prestado un evidente servicio á sus conciudadanos, y con el aprecio de éstos.

Hoy la Sociedad hace un nuevo llamamiento á todos los viticultores del departamento para resolver otro problema no menos importante: la apropiación de la variedad al suelo. Como se ve, la obra apenas se ha iniciado, pero ya rinde opimos frutos. La Junta Directiva no cesará en su celo y actividad hasta dar cima á su útil y gloriosa empresa.

Se cultivaban en Tarn y Garona unas sesenta variedades de vid. La Sociedad de Viticultura consiguió excluir y desterrar más de cuarenta que amonaban la producción y pervertían los caldos; introducia diez ó doce hasta entonces extrañas al departamento y que hoy dan vinos muy superiores á los que se conocían en el país, y se venden á mayor precio y con más facilidad. Quedan por estudiar las variedades que convienen mejor á cada clase de terreno. Con este objeto, la Sociedad se propone comprar varias suertes de tierra en diferentes puntos del Departamento, y de ensayar en ellas y en suficiente escala las variedades que dan vinos de buena calidad. Dentro de muy pocos años Tarn y

Garona disfrutarán las variedades de la vid que pueden elevar la producción de estos caldos á la mayor altura en cantidad y calidad. Esto será la obra de algunos pocos hombres de bien, amantes de su país. En cuanto á lo que debemos hacer en España, hélo resumido aquí:

1.º Estudiar las variedades de la vid que existen en este país, con el objeto de señalar á los viticultores las que merecen propagarse y las que deben desterrarse de sus viñedos. Este último extremo es de la mayor importancia, puesto que bastan 50 cepas por 1.000 de algunas para pervertir al mejor vino, y que habrá pocas viñas exentas de esta calamidad.

2.º Introducir algunas variedades extranjeras, y especialmente francesas, que nos darán vinos frescos alimenticios, higiénicos y susceptibles de dar lugar á un gran comercio de exportación que no se puede esperar con los vinos calientes que producen, no el suelo ni el clima, sino la mayor parte de las variedades cultivadas en España, en el Mediodía de Francia, en Italia, Austria, Hungría, etc.

No sabemos si se señalarán en este suelo tan famosos pagos como los de Chateau Lafitte, de Romanee Conti, del Ermitage, etc., que son dones de la naturaleza más bien que productos de la industria del hombre; pero tenemos la convicción que en toda España se conseguirán por la acertada selección de las variedades de la vid, apropiadas á las condiciones del suelo y del clima, excelentes vinos, de gran consumación, que no tardarán en apreciarse en su justo valor lo mismo en el país que en el extranjero. Añadiremos que si no se realizan pronto los estudios que indicamos, no habrá verdadero progreso en tan importante ramo de la producción nacional. Los geógrafos de todos los tiempos han reconocido y proclamado que el conocimiento de las variedades de la vid, de sus particulares necesidades, de sus apetitos ó gustos, y de sus propiedades, debían ser el fundamento de la ciencia vitícola y vinológica; pero la verdad es que hasta ahora poco se ha hecho en este sentido en el extranjero, y nada en España. Ni aún conocemos los nombres de las diferentes variedades de la vid, puesto que una misma variedad lleva veinte nombres, y un mismo nombre encuentra veinte variedades; ¿cómo pueden entenderse los viticultores sobre las aptitudes y propiedades de algunas de ellas, cuando no saben de cual se habla? Es preciso poner fin á tan deplorable confusión, creando colecciones generales universales, y procediendo, como lo hizo la patriótica Sociedad Vitícola de Tarn y Garona. ¿Será esto imposible realizarlo en España? No lo creemos, por más que algunos pretenden que el principio de asociación no tiene carta de naturaleza en esta tierra para realizar útiles empresas.

ESTANISLAO MALINGO.

P. D. Escritas las anteriores líneas, llega á nuestro poder el documento que reproducimos á continuación, y cuya significación no necesitamos enunciar. Hombres importantes de todos los partidos, amantes de su país, reúnen é invitan á análogos, viticultores, vinicultores y vinateros á una reunión que debe celebrarse el 29 del mes corriente en la sala de sesiones de la Sociedad Económica, para formar una que se ocupe en todo cuanto tenga relación con las industrias que directa ó indirectamente se relacionan con la vinícola. No dudamos del éxito de la empresa, y que sea éste el medio más eficaz de fomentar esta gran fuente de pública riqueza.

Como *La Gaceta Vinícola*, decimos:

*Estos hombres merecen bien de la patria.*

E. M.

«Sr. D....»

«Muy señor nuestro: S. M. el Rey (Q. D. G.), según se deja ver por el Real decreto de 15 de Setiembre último, ha creído necesario se comience el estudio de las industrias españolas, á fin de que, iluminadas por la ciencia, favorecidas por la Administración pública, y ayudadas por la asociación puedan perfeccionarse, aumentar sus cantidades y afinar sus cualidades mejorando la situación económica de España, que tantos recursos tiene dentro de sí para elevarse y engrandecerse.

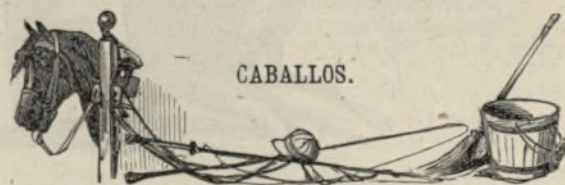
«Las industrias enológicas, vinícolas y vinateras, van á exhibirse en todo su esplendor, dentro de poco, en el Pabellón de Indo. Este es el primer resultado de los deseos de S. M. y de su Gobierno, de los trabajos de algunos hombres amantes de la producción nacional, y del concurso de los elementos productores.

«Van á ser conocidos los hechos; vamos á llegar al período de las armonías y de las afirmaciones, y para ello hemos creído oportuno, los que tenemos el honor de suscribir esta carta, que debe celebrarse una reunión con el fin de formar una Sociedad, cuyo nombre no nos atrevemos á designar, pero cuyo objeto sea procurar el fomento de las industrias de que hemos hecho mención, y de cuantas medianas ó inmediatamente se relacionen con ellas.

«La forma en que esto deba verificarse, la índole de esta Sociedad, su organización, sus atribuciones, sus deberes y sus derechos lo consignarán los reglamentos especiales que habrán de hacer las Comisiones que la Junta elija.

«Por lo tanto, tenemos el honor de invitar á V. á que á las dos de la tarde del día 29 de Abril se sirva asistir al salón de sesiones de la Sociedad Económica de Amigos del País, situada en el piso bajo de la casa llamada de los Lujanes, en la plazuela de la Villa, si es que, como esperamos, tiene V. á bien honrarnos con su cooperación.

«Quedan de V. atentos S. S., Q. B. S. M.,—José de Cárdenas.—José Emilio de Santos.—Alberto de Quintana.—Guillermo Martorell.—El Conde de la Cabaña de Silva.—Galo Pobes.—El Duque de Baena.—Juan Maissonave.—Antonio Sanchez Almodovar.—El Marqués de Mudela.—José García Noblejas.—Adolfo Bayo.—El Duque de la Torre.—Francisco Durán y Cuervo.—Felipe Juez Sarmiento.—El Conde de Toreno.—Quirico Lopez.—Enrique G. Scholtz.—Luis Mayans.»



Aun cuando al escribir mi primer artículo contestando al del Sr. Weil me hubiera propuesto no ocuparme más del importante asunto que le motivara, la lectura del que apareció en *EL CAMPO* de 16 de Febrero, suscrito por mi dignísimo adversario, me habría hecho quebrantar mi propósito imponiéndome el sagrado deber de tomar otra vez la pluma, aunque sólo fuera para mostrarle mi profundo reconocimiento por lo mucho que me distingue en su citado artículo, mucho más de lo que ciertamente merezco, por cuanto tuve el gusto de exponer en el mío, del que no puede decirse que *atrajo la atención de todos sobre asunto de tan grande interés para nuestro país*. Esta gloria está justamente reservada al ilustrado Sr. Weil, digno, á no dudar, de la general gratitud; pues aunque sus doctrinas, expuestas con gran lucidez y siempre con el mejor deseo y completa buena fe, sufran una derrota; aunque el Sr. Weil quede vencido en la contienda, ha de caberle la gloria de ser siempre el vencedor. Al Sr. Weil se debe esta polémica, de la que siempre habrá de resultarnos un gran bien. En ella terciaron personas muy competentes, excepción hecha del que tiene la honra de hablar, de cuya ilustración nadie puede dudar, y de esperar es que otras no menos autorizadas tercién en el debate, resultando de esta provechosa discusión el que se fijen las ideas y se dirijan los trabajos de la manera más conveniente á nuestra cría caballar. En esto estamos todos conformes, y es *la última grande* que no podamos estarlo en todo lo demas.

Pero el Sr. Weil sostiene la conveniencia de la cría con caballo pura sangre inglés, fundándose para ello en el resultado que ofreció en otros países, y.... fijense bien los ganaderos; yo, por el contrario, aconsejo el que sigamos fomentando nuestra raza pura, teniendo en cuenta lo ocurrido en España, en donde *los desaciertos y los caprichos de la mala suerte* fueron tan generales como todos sabemos, por desgracia. Ya cité los desastres ocasionados por la cría con caballo inglés, y si el Sr. Weil necesita otros antecedentes, puede pedirlos, si gusta, á los Sres. Guerrero, de Jerez de la Frontera. Estos señores la llevaron á cabo, según tengo entendido, llenos de fe, y para que no les faltara requisito, construyeron establos (mosquiteros) especiales para librar á los potros de los rigores del clima andaluz y de las moscas. Habían adquirido un caballo inglés que, en su juicio, práctico por demas, llenaba todas las condiciones deseadas á su propósito. Le pusieron á sus yeguas, y tan luego como pudieron estudiar sus producciones, renegaron del semental británico, destinándole á cumplir una prisión que no honraba demasiado á su esclarecido linaje. Limpiaron su magnífica y escogida ganadería de sus *ilustres castaños*, y continuaron sirviéndola con caballos españoles de los que es oriundo el famoso *Sacristan* y otros premiados, en primer término, en varias Exposiciones.



También podrá decir algo sobre la cruce don Pedro Gordon, que se propuso fundar una casta inglesa, de la que, según noticias, sólo existe un caballo que posee D. José Gil en la ciudad de Jerez, dedicado á la reproducción de caballos de carrera y como objeto puramente de lujo. Esto creo sea lo único que ofrecer pueda tan gran ciudad, cuna del *sport* andaluz, donde fundaron el primer Hipódromo (en Caulina) los Garvey, Davies, Sierra y otros de la guarnición de Gibraltar; base, como puede llamarse, de los subsiguientes en Sevilla, Sanlúcar de Barrameda y Cádiz. A la vista de tales ejemplos continuaron su majestuosa marcha, sirviéndose de sus propios productos, don Vicente Romero, cuyos famosos caballos *Zapateros*, muy conocidos y justamente apreciados por todos los inteligentes, son la flor de la raza Cartujana. Lo mismo hicieron D. Sebastian de Morales y los Sres. García Pérez, los Romero, hermanos, y D. Miguel Primo de Rivera con sus caballos oriundos de los del Tío Lopa. El Duque de San Lorenzo, los Corbachos y otros muchos ganaderos, todos procuran conservar la antigüedad del origen de sus castas españolas, ó derivación de ellas, procedentes de las que figuraron en primer término en lo que va de siglo.

Y cuando el progreso natural de la época mueve el ánimo á la reforma, no manda D. Pedro Domecq á Inglaterra por un semental pura sangre. A pesar de su trato frecuente, relaciones comerciales é identidad de miras por el negocio que con la nebulosa Albion sostiene há muchos años; á pesar de todo esto, dirige su mirada á un árabe y se hace llevar de Aranjuez á todo costa. Edifica establos en su preciosa granja; establece prados artificiales que producen abundante heno, y piensa en la precocidad de las crías, llevando sus miras hasta producir caballos que puedan surtir, en su día, los depósitos de sementales del Gobierno. Cuando esto hace el entendido Sr. Domecq, ¿qué idea le merecerá la cruce con caballo pura sangre inglés?

Pues lo que este señor está practicando hoy es, ni más ni menos, lo que se hizo en España há muchos siglos; y así como los ingleses confeccionaron un caballo *para carrera* en el transcurso de ochenta años, nosotros los conseguimos de manera que llenasen, en todo lo posible, nuestras necesidades. Y siendo esto cierto y contando con tal antigüedad nuestra raza, ¿quiere el Sr. Weil que troquemos nuestros pergaminos por su reciente historia tal como, hábilmente y con gran copia de datos, la describe en su luminoso artículo mi querido amigo el Duque de Veragua? Nuestros pergaminos, repito, pues aunque se nos arguya con que materialmente no los conservamos, lo ocurrido en España con su raza caballar nos lo dice la tradición y no lo niega el Sr. Weil.

Este cambio que mi apasionado contrincante aconseja, sería lo mismo que dejar la cristalina fuente para beber en el arroyo á que da origen, y ¡parece increíble que este señor discurra de este modo! ¿Puede desconocer la gran diferencia que existe entre el caballo árabe y el pura sangre inglés? También la analiza el entendido Duque de Veragua, así en sus formas como en sus facultades. Apenas se parecen en la figura y en sus hechos.... Ya se ve lo que se apartan de los árabes por la narración que este señor hace, de la que resulta que el caballo inglés *corre mucho en poco tiempo, y muy poco en mucho*.

Y no sirve para otra cosa. Los ingleses convirtieron sus caballos en una baraja de sangre, con la que puede ganarse ó perderse el dinero sin incurrir en ciertos anatemas.... Pero el Sr. Weil, sin embargo, ciegamente apasionado por el caballo inglés, mucho más que yo por el español, aduce como incontrastable prueba que por un caballo anglo-español pide su dueño 5.000 duros; ¿no es esto? Pero.... permítame el Sr. Weil que yo extrañe el que, en su decantada imparcialidad, no haya procurado averiguar que yo pido 6.000 por uno español. Verdad es que hasta ahora no encontré quien me los diera.

Más afortunado fué el Sr. Duque de Alcañices, mi apreciable amigo, pues hará dos meses que exigió 60.000 rs. por un caballo bayo, pura sangre español, y se los dieron en el acto. Esto es lo cierto, lo positivo.

Hemos citado algunos ganaderos andaluces de-

dicados á la cría de caballos españoles, y para contestar á la pregunta que al final de su artículo tiene la bondad de dirigirnos el Sr. Weil, deberémos añadir: Que Arcos de la Frontera figura en primer término en la historia ecuestre contemporánea; Los Martel, y especialmente D. Ildefonso Nuñez de Prado, fundó una excelente yeguada con algunas que adquirió de la casta de Zapata, y tuvo por sementales caballos de este origen, hasta que el ex-Rey D. Francisco de Asís le regaló un caballo árabe que utilizó en el desenvolvimiento de su industria. Dicese que el Sr. Nuñez de Prado, la verdad en su punto, quiso hacer un ensayo cruzando con caballo inglés, á cuyo objeto destinó algunas yeguas. Ignoro lo que sucedió, si bien puedo asegurar que sus potros, cuando no se los lleva ántes la remonta, los compran en la feria de Sevilla al precio más alto, y todos conservan el tipo de la antigua ganadería; el tipo español. En Los Palacios se conserva la de los Muruves; en Paterna de la Rivera, la de Calero; en Villa Martín, la de Peñalver; en Montellano, la de D. A. Romero; en las Cabezas de San Juan, la de Lurga, La Serna y otras. En Utrera, Ecija y Córdoba también está dignamente representada, y hasta en Marchena ú Osuna, residencia de D. José Torres de la Cortina, secretario de la Sociedad de Carreras de Sevilla. Este infatigable innovador de la raza caballar también prefiere, según dicen, la cruce de caballo árabe á la de inglés. En la capital de Andalucía, los hijos de D. Ignacio Vazquez tienen caballos notables de su antigua casta. Concha Sierra los cria magníficos para el tiro. Clemente tiene un semental de la casta de D. Vicente Romero, retrato fiel de aquellos que finge la imaginación más exaltada, por la firmeza y desenvoltura de sus movimientos. Los herederos de la señora viuda de Varela, en Medina Sidonia, provincia de Cádiz, Sres. Enriles y Gonzalez de la Mota, continúan llevando la labor de aquella antigua casa, dedicándose á la cría de caballos con más amplitud que sus antepasados lo efectuaban; y en la solicitud por mejorar sus condiciones, tienen 18 ó 20 sementales, acaso todos de la casta, aprovechando además los conocimientos de un director especial, práctico é inteligente para corregir los defectos que se vayan notando, con el fin de llegar al posible perfeccionamiento. Esto lo hacen conservando la casta española, y sus potros alcanzan los mejores precios en la feria de Sevilla.

Muchos más pudiera citar, pero creo que lo expuesto es bastante para que el Sr. Weil sepa en donde están los caballos españoles, cuya raza se conserva en nuestro país, á pesar de nuestro natural abandono. ¿Qué sucedería si hubiésemos imitado á los ingleses en su particular esmero!

Pero esto prueba, como ya dijimos, lo á propósito que es nuestro suelo para criar buenos caballos, si bien rechaza los del Norte, según nos ha probado la experiencia.

El Sr. Weil cree que en España podría suceder lo mismo que en Francia y en algún otro país, y yo me permito preguntarle: ¿En qué consiste que no se aclimata en España la famosa raza vacuna de carne, inglesa, Durhan? ¿Y la notable de ovejas, Disley, también inglesa? ¿Y la idem de cerda Exex? Todas fueron importadas á este país, y formamos especial empeño en aclimatarlas y.... ¡todo fué perdido! Al fin tuvimos que abandonar nuestro propósito, como abandonamos el de la cruce con caballos ingleses. Y.... á pesar de todo esto, insiste el Sr. Weil en que hagamos otra nueva campaña.

Ya dijimos sobre las carreras, considerándolas como la *diversión de un día*: «No queremos añadir más», y sin embargo, nos ocuparemos nuevamente de ellas, para que sepan los lectores de *El Campo* los detalles del acontecimiento á que el Sr. Weil se refiere, celebrado en Francia, con carácter nacional, cuando el caballo inglés «Gladiateur», del Conde Lagrange, venció en el Derby, en 1865. Esto hi-rió profundamente la vanidad del pueblo Británico, al extremo de mostrarle la superioridad de su raza, de pura sangre, fuera de su isla.

Hicieronse varias manifestaciones que sería prolijo enumerar, concretándose á referir lo que pudo ser de trascendencia suma y se verificó en la primavera de 1866 cerca de París, siendo autores de aquel suceso trágico-ecuestre dos ilustres vástagos de las naciones contendientes, cuya rivalidad era

notoria. El honorable Duque de Hamilton, joven de colosal fortuna, representante de familias nobilísimas del Reino Unido, y el príncipe Aquiles Murat, no menos distinguido por sus ascendientes, de varonil y hermosa presencia y maneras delicadas, quien contrastaba con su adversario, representación genuina de la raza Yohn Bull en todas sus manifestaciones. El sitio elegido para la contienda que iba á verificarse fué en Francia, campo de la Mars. Cada caballero vestido de jockey había de montar su propio caballo. La carrera, *steeple chase*, cuyos obstáculos fuesen los más difíciles y peligrosos de salvar. Había entre ellos muros de mampostería y zanjas llenas de agua, de tres ó cuatro varas de anchura. Sólo el Jurado nombrado al efecto se hallaba presente y algunos íntimos amigos llevados del deseo de presenciar aquella lucha de titanes, de que ciertamente no hay memoria. Tratábase por una parte de conservar la faja de vencedor que el *Gladiateur* francés había arrancado á sus vecinos en su terreno, lo cual ofrece ventajas considerables: por la otra, de recoger los lauros, desprendidos momentáneamente de su inmortal corona, en presencia de un pueblo frenético por sus tradiciones y desmesurada estimación de sí mismo y de su nacionalidad. El esfuerzo tenía que ser supremo é inaudito por ambas partes. Principió la carrera salvando obstáculos indistintamente; veíanse caballos y jinetes como una sola figura, creciendo el interés, porque no parecía favorecer la suerte á ninguno de los dos. El honorable Hamilton cae en el estanque sepultándose con su caballo en el agua; lucha para separarse de él, y trabajosamente nada para ganar la orilla. Entre tanto el Príncipe, al tropezar su cabalgadura en la valla, fué despedido con tal violencia, que recibió graves heridas y contusiones, quedando privado del sentido y siendo necesario acudir prontamente con auxilios. El Jurado decidió en favor del Príncipe Murat la carrera.

Esto lo hemos oído de los labios de un testigo presencial y... ¿á cuántas consideraciones se presta el referido acontecimiento! ¿Mañana se hablará de los que perecen en este ejercicio, como hoy del que sucumbió abrazado á un oso!

En Málaga murió, no hace mucho, el caballo *Plenipo* al dar el último salto en la carrera de obstáculos. ¡Pobre animal!.... Y lo peor del caso es que salió también muy mal parado el jinete, pero.... se salvó la cría caballar.

Verdadera admiración nos causa el ver de la manera desesperada que el Sr. Weil defiende sus opiniones en su curioso y brillante artículo, digno, sin duda, de mejor causa. Para este señor son buenas todas las armas. En su despecho incurre en graves equivocaciones, como voy á demostrar. Yo no he dicho, dispénsese el Sr. Weil, que sea pequeño el caballo pura sangre inglés; y ¿cómo había de afirmarlo? Sobre esto escribí: «Y sobre la tercera cualidad, ó sea la segunda del tordo, como se la ve á tanta altura, no se la aprecia debidamente.»

Después añadí: «El pié de la mula se me figura algo estrecho para la alzada del caballo inglés.» Conste, pues, que yo calificué de grande á este caballo. Del árabe fué del que dije que era pequeño, expresándome en estos términos:

«Yo no niego á estos caballos su finura, sus buenas formas, aunque muchos son izquierdos, pero son pequeños y no sirven para el soldado español, con su pesado equipo.»

Mucho insiste el Sr. Weil en la *decadencia* de la raza española, y en que está bastante *acabada*; pero tenga entendido que esto significa, no que nuestros caballos sean peores que en otros tiempos, sino que son menos los que se crían por las causas que hicimos mención anteriormente. Y, sin embargo, vea el Sr. Weil de cuán distinta opinión es mi buen amigo el Sr. D. Federico Huesca, de cuyo artículo me ocuparé más adelante, así como de la carta de un suscriptor poco aficionado, por lo que se ve, á los caballos ingleses.

Claro está, y ya lo hemos dicho, que nuestro clima se presta á criar buenos caballos, pero caballos españoles y.... desengáñese el Sr. Weil; el de pura sangre es demasiado sensible é impresionable para este país en donde, por más que apreciemos estos incomparables animales como se merecen, no aspiramos á elevarlos á la categoría de estadistas, ni á confundir su delicadeza con la de la dama más melindrosa. *Noli me tangere*.



Y siendo el caballo inglés tan superferolítico, ¿por qué sorprende al Sr. Weil que se le coman las moscas y le sucedan otra porción de desgracias?

Nosotros, sin Stud Book, podemos designar los caballos puros españoles. Pues qué, ¿puede confundirse su tipo con el de ninguna otra raza? Yo he dicho que el caballo pura sangre es bueno, es lucrativo en Inglaterra y quizá lo será en otros países. También lo afirma el Duque de Veragua, aunque este señor duda de su capacidad intelectual, en atención á lo diminuto de su cabeza, en cuya cavidad puede contenerse muy poca masa encefálica, razón por la que se nota alguna estupidez en estos caballos. ¿Pues era lo que les faltaba!

No tiene ninguna aplicación el ejemplo del caballo del filósofo aducido por el Sr. Weil. ¿Se desprende, por ventura, de mis palabras que mi bello ideal sea un camaleón? ¿Qué cosas tiene el Sr. Weil! Pero..... ¿cómo no reconocer que la sobriedad es una circunstancia recomendable? Pues en la guerra, por ejemplo, ¿se encuentra siempre pienso abundante? Y..... ¿qué será del caballo que sólo en la abundancia pueda vivir! Que cualquiera está mejor dispuesto comiendo bien que comiendo mal, eso es indudable.

El Sr. Weil se despacha á su gusto, y casi casi parece que habla en serio cuando toca esta cuestión. ¿Cómo no había de comprender en su mucha penetración lo que yo quise decir cuando me refería al caballo del caquero, por lo general mal alimentado? Repito que para el Sr. Weil no hay terreno vedado, tratándose de sostener sus principios.

El caballo á que llamamos pura sangre, según mi distinguido correligionario el Duque de Veragua, es una enciclopedia. Fué preciso que se fijaran los beduinos para conocerlos, así que dudaban que fuesen hijos de los suyos.

Pero según el Sr. Weil, el caballo pura sangre es el tipo más perfecto entre todos los conocidos, ¡Y no nos habíamos fijado en las arañas!

Tiene mucha razón el Sr. Weil al calificar como de puro lujo el caballo inglés, y ya dije que podríamos conservarle en una cuadra régia como una camelia en su invernáculo.

El caballo que se esfuerza mucho es, como el galgo muy pronto, de poca resistencia; y no puede ser otra cosa.

Será cierto lo que hicieron los caballos pura sangre en 1870, y podrá suceder lo mismo en 1877, pero... no nos hagamos ilusiones. Fuera del hipódromo, no pueden competir con los nuestros en este país. ¿Sería imposible hacer la prueba en otros terrenos? ¿En otros ejercicios más útiles? Porque en esa gran velocidad, el jinete sólo tiene tiempo para estrellarse.

El Estado, ó su protección, fomentó en España la cría caballar y la seguirá fomentando si modifica sus procedimientos en los términos que hemos indicado. ¿En qué afecta esta protección á la libertad de todo ganadero? Aquí parece como si el señor Weil quisiera sacar el Cristo.

La idea de regenerar nuestros caballos con la pura sangre inglesa es fatal: es el camino más largo. Siendo los nuestros puros, el seguir la raza es el más corto. Para refrescar la sangre de una ganadería, si necesario fuese, parecería lo lógico, lo conveniente sin duda, apelar al caballo árabe, piedra fundamental de nuestra raza.

Muchísimo celebro ver en el palenque á mi apreciable y entendido amigo el Sr. Sanchez Mira. Cuando empecé á leer su curioso artículo, inserto en el número 8 de EL CAMPO, dije para mí: ya tenemos otro defensor de la raza española. Pero..... ¿cuál fué mi sorpresa al convencerme de que el bizarro brigadier andaluz se nos marchaba al opuesto bando en un caballo inglés! Somos, pues, enemigos, aunque leales, y forzoso es combatir. Yo, por contestación al aserto del Sr. Sanchez Mira, tengo que reproducir cuanto manifesté en contra de lo dicho por el Sr. Weil, repitiendo que estoy conforme en que vengamos á una prueba en los términos que dejé apuntados, y entonces veremos si los caballos españoles pueden competir con los ingleses. Yo creo que el Sr. Sanchez Mira anda algo equivocado en su apreciación sobre este punto.

Estamos también conformes en que los caballos *cada uno en su clima, alimentos y cuidados que proporcionan el país natal*, no tienen que envidiar á los demás. Esta es precisamente mi cuestión, y siguiendo

do el Sr. Sanchez Mira por este camino, poco tendríamos que reñir. ¿Qué dice á esto el Sr. Weil?

«Todos los extremos son viciosos»; así que, los excesivos aires en los caballos, los brazos demasiado elevados, son tan inconvenientes como los extremadamente bajos. ¿No es esto? Pero otra cosa es la gracia; los brazos de martillo. Se dice de los caballos que los ostentan que *cogen la tierra á puñados* y... por último; en este país y en todos, según un señor suscriptor de EL CAMPO, cuyo nombre tendríamos mucho gusto en conocer, es preciso que confiese mi digno contrincante que lo que se vende es la gracia. Los caballos de muchos brazos no sirven para acosar: por eso los que á esta faena se dedican se sirven de los caballos ingleses. Estos no dan puñetazos ni se los siente apenas cuando pasan por la calle. ¿Cuántas veces dejé mi adversario el cómodo sillón, cuántas se asomé precipitadamente al balcón al oír (si es que lo oyó) pasar por la calle á un caballo inglés? Pues yo no titubeo en responder de que, en su mucha afición, más de una vez corrió al notar los acompasados zapatazos de un español que, marchando al castellano, pasaba por su calle.

Y esos caballos á que el Sr. Sanchez Mira llama de lujo, sirven también para las fatigas del campo. Lo que sucede es que á un caballo de valor no se le expone frecuentemente á recibir una cornada ó un jarazo; y sin embargo, yo he cazado á diente en buenos caballos españoles, y han hecho muy bien esta penosa fatiga.

El caballo español, repito, es en el que se reúnen más y mejores circunstancias para el servicio del hombre.

Es muy claro, y en esto también estamos conformes, que los caballos deben probarse mucho antes de ponerlos á las yeguas, teniendo muy en cuenta su raza.

Mi ilustrado amigo acata la fama universal que alcanzó nuestra raza caballar desde la guerra que, durante ocho siglos, sostuvo España con la dominación árabe, hasta principios del actual y añade: «Los caballos que se destinaban para simiente eran los mejores en la guerra, en la caza y en las justas y torneos; en una palabra, en los ejercicios de fuerza y agilidad, por lo cual sus hijos tenían condiciones semejantes, consiguiéndose de este modo sostener y aun mejorar la raza». Pues observe el señor Sanchez Mira que los descendientes de esos famosos caballos que tanto aprecio merecieron, fueron padres de aquellos que sirvieron para ir y volver de Jerez á Sevilla (32 leguas), sólo por ver una corrida de toros. De aquellos proceden los que hoy tenemos.

Mi teoría es la misma que la del Sr. Sanchez Mira para la elección de sementales, con la diferencia de que yo no me fiaría sólo de las careras, cuando el caballo ha nacido más principalmente para otros ejercicios, y los que, por lo general, se distinguen en aquel, tan desproporcionados por demás.

No creo que agradarían al Sr. Sanchez Mira los caballos sementales á que me referí. No es mi ánimo personalizar esta circunstancia, ni menos herir á nadie, pero si el Sr. Sanchez Mira quiere dar un paseo por Extremadura, verá los que el Gobierno destina á algunos de los pueblos de esta provincia, y juzgará sobre sus condiciones para el objeto indicado, y no serán solos en su clase, según mis noticias.

Yo dije, me parece, que el caballo tordo que montó el Rey D. Fernando VII en 1829, *«llenaba la calle Mayor»*, no la plaza, como refiere el señor Sanchez Mira. El que existe en ella es, sin duda, en el que se fijó el Sr. Weil para hablar de la *abultada tripa* de nuestros caballos: y ¿cree el señor Sanchez Mira que es éste el tipo del español?

Este señor está conforme conmigo en lo relativo á la protección del Gobierno, que debe existir mientras sea necesaria. Día llegará en que en España todo se deba á la iniciativa particular, como sucede en Inglaterra.

La historia que el Sr. Sanchez Mira hace de los famosos caballos de la Cartuja de Jerez, de los tan nombrados Zapateros, de las excelentes jacas de Algeciras, Tarifa, San Roque y de todo el campo de Gibraltar, confirma cuanto tuve el honor de manifestar sobre que teníamos raza, y respecto á prueba, repito que para mí no es bastante la de las carreras. Yo quiero caballos que sirvan

para mucho más, y creo que deben premiarse los que, á su buena figura y proporciones, reúnan las cualidades de resistencia, comodidad, nobleza y otras de que ya hice mérito en mi anterior artículo.

Tal vez sea una de las causas de nuestros males la que apunta el Sr. Sanchez Mira. Algun parecido tenemos con los *órganos de Móstoles* y.... ¡así anda ello!

Sobre la cruce y sus resultados ya hemos dicho lo bastante; pero el Sr. Sanchez Mira los ve en donde nosotros observamos que eran un elemento de destrucción. Los caballos hijos de los ingleses, por lo general no los dieron buenos en España, y la prueba es que, como dice este señor, *son pocos los criadores que hoy cruzan* (sobre esto nos dirá el Sr. Weil, á pesar de lo del *punto redondo*, cuando conteste á la pregunta que le dirige el desconocido suscriptor de EL CAMPO).

Yo admito todos los adelantos que merezcan este nombre, pero muchas veces es de gran atraso para un país lo que para otro es de gran ventaja. ¡Lástima es que no se formasen regimientos enteros de los caballos extranjeros comprados! No nos fué posible de tal modo compararlos con los nuestros.

Respecto al precio, ya sé yo que tanto el señor Duque de Bailén como el Sr. Sanchez Mira, mis buenos amigos, consiguieron el más beneficioso á nuestros intereses. Este señor nos dice lo que costaron los caballos que ambos comisionados compraron, pero..... ¿Sabe cuántos de éstos llegaron á verse frente al enemigo?

Tengo entendido que murieron y se inutilizaron bastantes antes de llegar este caso, y por estas defecciones me figuré que se habría puesto cada uno en 8.000 rs. ¿Sería muy difícil ajustar esta cuenta? Así veríamos quién era el equivocado. Pero esto no afecta tanto el asunto que debatimos como la *preocupación*. Muchos ganaderos han seguido la historia de la cruce y pueden formar un juicio muy apasionado y.... ¿qué les parece la calificación que hace de la limpieza de la sangre del caballo inglés el Sr. Duque de Veragua? Pero el Sr. Weil afirma que es el tipo más perfecto entre todos los conocidos, y siendo así, ¿por qué dudaron los árabes de si eran ó no caballos, los que les presentaron los ingleses? ¿Torpes anduvieron por demás!

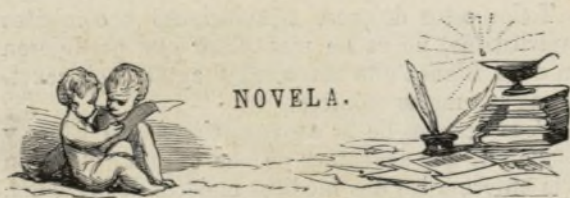
*Multi enim sunt vocati, pauci vero electi.* Tiene mucha razón mi querido amigo el Sr. D. Federico Huesca; pero bueno es que todos demos nuestra pincelada en el interesante asunto que nos ocupa para venir á parar á lo más conveniente. Poco tengo que añadir á todo lo expuesto para contestar al Sr. Huesca, pero diré, ó repetiré mejor dicho, que la remonta dió buenos resultados, no obstante los defectos que yo encuentro en la constitución. Pero, puesto que á nadie cohibe, si pagara los potros por todo su valor, etc., ¿no se la juzgaría conveniente por la generalidad? El artículo de mi amigo el Sr. Huesca es concreto y abraza infinitud de conceptos. En casi todo estamos conformes, menos en lo relativo á cruces y á carreras de excesiva velocidad y.... ¿para qué quiere el Sr. Huesca que se cruce si tenemos tantos caballos en España y mejores que nunca? Pero, si de ella exceptúa las buenas razas españolas, entonces, *fiat*. Llevarémos los caballos ingleses á Galicia.

Las Exposiciones es lo mismo que sean en Madrid en Setiembre que en Marzo. Comprando los sementales en este mes, habría una economía y menos exposición á perderlos. Lo que importa es que se verifiquen, y es ciertamente una garantía para esta provechosa idea el que sea Ministro de Fomento el Sr. Conde de Toreno, mi amigo, y Alcalde de Madrid, el Sr. Marqués de Tornerós, mi querido compañero.

Basta, y tal vez sobra. Concluiré dirigiéndome á los ganaderos andaluces, extremeños y castellanos, y me permitiré aconsejarles que no caigan en la tentación de cruzar de caballo pura sangre inglés. Conserven, por el contrario, sus afamadas razas españolas. Esta es la *Sombra* bajo la cual deberán cobijarse todos los criadores de este país, y tengan por seguro que la que el Sr. Weil les ofrece en los versos con que termina su bien escrito artículo, sería para nuestra cría caballar la *sombra del Manzanillo*.

EL MARQUÉS DE LA CONQUISTA.





NOVELA.

EL COMENDADOR MENDOZA.

## XXVII.

La sobrina del Comendador tenía tan alegre carácter como su tío. Era, por naturaleza, tan optimista como él. Casi todo lo veía de color de rosa: pero, compasiva y buena, tomaba pesar por los males y disgustos de los otros, si bien procurando más consolarlos ó remediarlos que compartirlos.

Con esta disposición de ánimo entró Lucía á ver á Clara. Apenas se vieron, se abrazaron estrechamente.

Clara, al contrario de Lucía, era melancólica, vehemente y apasionada, como su madre. Sobre esta condición del carácter, que era ingénita en ella, la educación severísima de doña Blanca, su continuo hablar de nuestra perversidad nativa, su concepto del mundo y del vivir como valle de lágrimas y tiempo de prueba, y su terror de la eterna condenación y de lo fácil que es caer en el pecado, habían difundido por toda el alma de Clara una sombra de amarga tristeza y de medrosa desconfianza. Por dicha, Clara carecía de aquel orgullo, de aquel imperio de su madre, y el lado oscuro y tenebroso de su espíritu estaba suavemente iluminado por un rayo celeste de humildad, resignación y mansedumbre.

Clara era mil veces más amante que su madre, y se abandonaba á la dulzura de amar, si bien con recelo siempre de pecar amando.

Ambas amigas se hallaban en un cuarto contiguo á la alcoba de doña Blanca.

El cuitado de D. Valentin no sabía qué hacer: andaba inquieto: bullía de un lado á otro, sin atreverse á entrar en la alcoba de su mujer para que no le despidiese á gritos, porque venía á turbar su reposo, y sin atreverse tampoco á no estar allí cerca para que su mujer no le acusase de indiferente, egoísta y desalmado, que no miraba con interés sus males y ni siquiera preguntaba por su salud. En esta perplejidad, D. Valentin entraba y salía, asomaba de vez en cuando la nariz á la alcoba, á ver si le veía doña Blanca y le decía que entrase; y, sin decidirse á entrar, mientras no alcanzaba la vena, preguntaba á Clara por su madre, ni en voz muy alta para que doña Blanca se incomodase, ni en voz muy baja para que fuera posible que doña Blanca le oyese y comprendiese que su marido cuidaba de ella y no era un hombre sin entrañas.

Este procedimiento prudentísimo no le valió sin embargo. Ya una vez, como repitiese con harta frecuencia lo de asomar la nariz á la puerta de la alcoba, doña Blanca había dicho:

—¿Qué haces ahí? ¿Vienes á molerme? Pareces un buho que me espanta con sus ojos. Déjame en paz, por Dios.

Poco después se descuidó algo D. Valentin, alzó la voz demasiado al preguntar á Clara por su madre, y ésta exclamó desde la alcoba.

—¿Qué pesadilla de hombre! Se ha propuesto no dejarme descansar. Si parece que está hueco! Valentin, habla bajo y no me mates.

Don Valentin salió entonces zapeado de la estancia en que se hallaban Clara y Lucía, y las dejó solas.

Aunque doña Blanca era buena cristiana, estos raptos de mal humor contra su marido se comprenden y explican como en cierto modo independientes de su voluntad. Doña Blanca no había encontrado en él ni un átomo de la poesía, ni una chispa de las sublimidades que había soñado hallar, en su inexperiencia, en el hombre á quien dió su mano, siendo aún muy niña. Luego, hacía diez y siete años, no veía ella en D. Valentin sino un hombre cuya serenidad era el perpétuo sarcasmo de las borrascas de su corazón; cuya unión con ella había hecho que lo que pudo ser un bien lícito, una felicidad santificada, fuese un pecado abominable; y cuya salud corporal parecía una burla de los achaques y padecimientos que á ella la atormentaban. Hasta la paciencia con que D. Valentin la sufría era odiosa á doña Blanca, cual si im-

plicase bajeza, gana de no incomodarse por no molestarse, desdeñó ó menosprecio.

En balde procuraba doña Blanca formar mejor opinión de su marido, á fin de respetarle, como reflexivamente conocía que era su deber: doña Blanca no lo lograba. Las mejores prendas del alma de D. Valentin, con intervenciones quizás de algún demonio astuto, se trocaban, en el alma de doña Blanca, en defectos ridículos. En balde pedía á Dios doña Blanca que le concediese, ya que no amar, estimar á su marido. Dios no la oía.

Zapeado, pues, D. Valentin, doña Blanca quedó sola en la alcoba, abismada, sin duda, en sus hondos y amargos pensamientos, y Clara y Lucía, casi al oído la una de la otra, hablaron así:

—¿Qué ha dicho el médico, Clara? ¿Qué tiene tu madre? preguntó Lucía.

—El médico hasta ahora, respondió Clara, no ha dicho más que lo que cualquiera de nosotros ve y comprende: que mi madre tiene calentura; pero la calentura es sólo síntoma de un mal que el médico desconoce aún. Anoche la calentura fué muy fuerte y nos asustamos mucho. Hoy de mañana ha cedido.

—Vamos, Clarita, ya veo que exageraste en tu carta, y me alarmaste sin motivo. Tu madre se curará pronto. Apuesto que la causa de toda su indisposición ha sido alguna rabieta que ha tenido con D. Valentin.

—Pues te equivocas. Mi madre no ha tenido la menor rabieta con nadie en todo el día de ayer. Papá estuvo en el campo.

—Entonces se concibe que no rabiase con él. ¿Y contigo no rabió?

—Hace días que mi madre está dulcísima conmigo. Te repito que ayer no se sofocó mamá con nadie: no riñó á ninguna criada: estuvo apacible y silenciosa.

Clara, si bien era una criatura de singular despejo, se forjaba la extraña ilusión de que una buena madre de familia tenía forzosamente que rabiarse, y así no decía nada de lo dicho para censurar á su madre, sino candorosamente.

Lucía no insistió en buscar el origen del mal de doña Blanca; se inclinó á creer que este mal era pequeño, á fin de no tener que afligirse; y volviendo la conversación hacia otros puntos, preguntó á su amiga:

—Clara, ¿sigues firme en tu resolución de tomar el velo?

—Estoy más resuelta que nunca. Una voz misteriosa me grita en el fondo del alma que debo huir del mundo: que el mundo está sembrado de peligros para mí.

—Confieso que no te entiendo. ¿Qué peligros tendrá el mundo para tí que para los demás no tenga?

—¿Ay, querida Lucía; el desorden de mi espíritu, los extraños impulsos de mi corazón, la violencia de mis afectos!

—Pero, muchacha, ¿qué violencia ni qué desorden es ése? Yo no hallo desordenado ni violento el que amas á D. Carlos, que es muy guapo y joven, y el que no gustes de D. Casimiro, que es viejo y feo. Esto me parece naturalísimo.

—Será natural, porque la naturaleza es el pecado.

—¿Dónde está el pecado?

—En desobedecer á mi madre, en engañarla, en haber atraído á D. Carlos con miradas amorosas y profanas, en complacerme en que guste de mí y en que me persiga, en desear que siga queriéndome hasta en este instante, cuando ya estoy decidida á no ser suya. En suma, Lucía, mi alma es un tejido de marañas y de enredos, que el mismo diablo trama y revuelve. Además, yo he prometido á mi madre que seré monja, y para que lo sea, ha despedido ella á D. Casimiro. ¿Cómo faltar ahora á mi promesa, burlarme de mi madre y hasta de Cristo, á quien he dado palabra de esposa? ¿Qué infamia me propones?

—Es verdad, hija mía: el caso es apurado: pero, ¿quién te mandó que dijese que querías ser monja y que lo prometieses? ¿Por qué no declaraste con valor á tu madre que no querías á D. Casimiro, y que no querías ser monja tampoco?

—Bien sabe Dios, respondió Clara, que deseo desahogarme contigo, depositar en tu amistoso corazón el secreto de mi infortunio, confiártelo todo: pero yo misma no me comprendo sino de un modo

imperfecto; y lo que de mí misma comprendo está tan enmarañado, que no encuentro palabras para explicártelo. Siento la razón y causa de todas mis acciones, y no las percibo bien para exponerlas. Quiero, no obstante, sincerarme y tratar de probarte que no es absurda mi conducta. Voy á ver si lo consigo. Yo he amado, yo amo aún á D. Carlos de Atienza. Yo detesto á D. Casimiro. Esto es verdad: pero mi amor por D. Carlos y mi odio á D. Casimiro no han tenido jamás la suficiente energía para hacerme arrostrar la cólera de mi madre, declarándole que amaba al uno y odiaba al otro. Así, pues, te aseguro que durante meses he estado resignada á sofocar en mi alma el naciente amor á D. Carlos y á casarme con D. Casimiro para ser una hija obediente. Hubiera yo preferido á todo ser esposa de Cristo: pero me consideraba indigna. Para ser mujer de D. Casimiro me sentía con fuerzas. Yo esperaba vencer mi fatal inclinación á D. Carlos, y, logrado esto, ser modelo de casadas, cuidar al achacoso D. Casimiro, y hasta quererle, imponiéndome como deber el cariño. Hallándome de esta suerte, nuevos y extraños sentimientos han combatido mi alma y han hecho que mi espíritu dude más de sí. Me he llenado de terror. En mi humildad, no me he creído digna ni de ser mujer de D. Casimiro. Me he espantado de mi flaqueza, de la perversidad de mis inclinaciones, y entonces he pensado en refugiarme en el claustro. Juzgándome ménos digna que antes de ser esposa de Cristo, he pensado en la infinita bondad de aquel Soberano Señor, padre de las misericordias, y he comprendido que, aún siendo yo indigna de todo, podía acudir á él y refugiarme en su seno, segura de que no me rechazaría, de que me acogiera amoroso, purificándome y santificándome con su gracia.

—Tú me hablas de nuevos y extraños sentimientos, pero sin decir cuáles son, dijo Lucía. Aquí hay un misterio que no me dejas penetrar.

—¿Ay! exclamó Clara, apenas si yo le penetro. ¿Cómo declarártelo? Mira, Lucía, yo conozco que amo siempre á D. Carlos. Si me finjo en completa libertad de elegir mi vida, me parece que mi elección será ser mujer de D. Carlos. Su talento, su bondad, su delicada ternura, me hace presentir que sería yo dichosa viviendo á su lado. Te lo confesaré. A pesar del horror que mi madre ha sabido inspirarme á la complacencia de los sentidos, la imagen material de D. Carlos, su porte, la gallardía de su cuerpo, la elegancia y pulcritud de su vestido, el fuego de sus ojos y la viva animación de su semblante y la frescura de su boca, me atormentan y me hieren y me distraen de mis piadosas meditaciones.

—Te lo repito, Clarita; en nada de eso veo yo la obra del diablo; en nada descubro influencias sobrenaturales; todo es naturalísimo. Y si, como tú afirmas, la naturaleza es el pecado, bien es menester ó que Dios nos dé medios sobrenaturales para vencerla, ó que nos perdone con muchísima generosidad cuando ella nos venza. ¿Dónde están esos sentimientos singulares que te perturban?

—Lucía, tú hablas con suma ligereza. Tus razones tienen no sé qué fondo de impiedad. Me da miedo. Mi madre no se engañaba. El trato, la conversación con tu tío debe de ser muy peligrosa.

—No disparates, Clara. A mi tío no se le ha ocurrido jamás darme lecciones de impiedad. Si lo que yo sostengo es poco piadoso, la culpa es completamente mía. Seré yo la que está endiablada. Pero dejemos á un lado esas cuestiones; vamos á lo que importa. Dime qué raros sentimientos te asaltan el alma, inspirándote esa humildad, esa desconfianza profunda, que te induce á tomar el velo.

—No acierto á decírtelo. Me falta valor.

—Ea..... ánimo..... di lo que es.

—Mi madre no ha hecho más que hablarme de tu tío desde que apareció en esta ciudad....., desde que yo le vi y pasé con él una tarde. Me le ha pintado como pudiera haberme pintado á Luzbel, rodeado aún de hermosos fulgores de su primitiva naturaleza angélica, valeroso, audaz, inteligente como pocos seres humanos. Me ha hecho creer que ejerce tal imperio sobre las almas, que las atrae y las cautiva y las pierde, si gusta. En su mirada hay una luz siniestra que ciega ó extravía. En su palabra, una música seductora que embelesa los entendimientos y ensordece la voz del deber en la



conciencia. Según mi madre, tu tío es la maldad personificada, el dechado de la irreligión, un rebelde contra Dios, de quien conviene apartarse para no contaminarse. En resolución, cuanto mi madre ha dicho de tu tío debiera infundirme hacia él un odio, una aversión grandísima. Sé por mi madre que el Comendador es un réprobo. No hay esperanza de que se salve. Está condenado. Es como Luzbel. Y, sin embargo, lejos de producir en mí los discursos de mi madre el horror hacia el Comendador que ella deseaba, tal es mi perversidad, tan pecaminoso es mi espíritu de contradicción, que han avivado mis simpatías hacia tu tío. Yo no debiera decírtelo; yo no sé como tengo la desvergüenza de decírtelo. Apenas si á mi confesor le he dejado entrever algo de lo que siento en el negro abismo de mi corazón. Pero si no te lo digo.... ¿con quien me desahogo?... Lucía, tú eres mi mejor amiga.... Yo quiero al Comendador de un modo inexplicable. Me siento arrastrada hacia él. Creo en todas sus maldades; porque mi madre me las ha dicho; y creo que Dios, á quien el Comendador es simpático, se las va á perdonar, como yo se las perdono. ¿No es una monstruosidad, no es una aberración este cariño hacia una persona casi desconocida? Yo me condenaba ántes por mi inclinación á D. Carlos, á despecho, á escondidas de mi madre. Ahora me sucede casi lo mismo que á tí; mi inclinación á D. Carlos me parece natural. Lo diabólico, lo abominable es mi inclinación á tu tío. Es un sentimiento tan distinto que no destruye ni aminora mi afecto á D. Carlos. Esto mismo prueba mi desordenada índole; mi pecadora y perturbada manera de ser. No sé con qué pretexto, bajo qué título, con qué nombre cariñoso he de acercarme á él, hablarle, llegar á su intimidad, y lo-deseo. Cuantas cualidades detestables mi madre le atribuye, se me antoja que no lo son en él, porque es un sér de superior natural jerarquía y está exento de la ley común para los demas mortales.

Con la mirada fija, con el semblante, no risueño como le tenía de costumbre, sino triste y grave, y sin acertar á contestar palabra, oyó Lucía la inesperada confesión de Clara.

Después de unos instantes de silencio Clara prosiguió:

— Nada me respondes; nada observas; te callas; reconoces que soy un monstruo. Será amor de otro género, será un sentimiento indefinido, que carece de nombre en la clase é historia de las pasiones; pero yo quiero á tu tío y le quiero por esa misma pintura con que mi madre ha procurado que yo le aborrezca.

A este punto llegaba Clara, cuando vino á interrumpirla la voz de doña Blanca, que decía:

— ¡Hija, hija!

Lucía y Clara se estremecieron. Aunque era imposible que doña Blanca las hubiese oído, imaginaron por un instante que milagrosamente las había oído y que iba á terciar en la conversión por estilo terrible.

— ¿Qué manda V., mamá? dijo Clara temblando.

— Agua. Dame un poco de agua. ¡Me ahogo!

Las dos amigas acudieron á la alcoba á dar agua á la enferma. Entonces notaron con pena y sobresalto que la fiebre había crecido. Las palpitaciones del corazón de doña Blanca eran tan violentas que se hacían perceptibles al oído.

— ¿Qué siente V., señora? preguntó Lucía.

— Una ansiedad... una fatiga.... respondió doña Blanca.... el corazón me late con tanta fuerza....

Lucía posó suavemente la mano sobre el pecho de doña Blanca. Entonces notó con pena que los latidos de su corazón habían perdido el ritmo natural; eran desordenados y anormales; pero no dijo nada por no asustar á la paciente y á su hija.

El cuidado que requería doña Blanca no consintió que prosiguiese el diálogo entre Clara y Lucía.

### XXVIII.

Tantos años de pesares y de tormentos habían ido destruyendo la salud de doña Blanca. Su tristeza sin tregua, su oculta vergüenza con la que de continuo tenía que verse cara á cara, sin poder hallar alivio comunicándola y confiándose á una persona amiga; sus luchas de compasión y de desprecio por su marido y de amor y de odio por el Comendador; su horror del pecado que creía sentir sobre ella y que le pesaba como lepra asquerosa é

incurable; su orgullo ofendido; su temor del infierno, al que á veces se creía predestinada, y su preocupación incesante de la suerte de Clara, á quien amaba con fervor y á quien en ocasiones aborrecía, como vivo testimonio de su más grave falta y de su más imperdonable humillación, habían influido lastimosamente sobre todos los órganos de aquella vida corporal.

Doña Blanca hacía mucho tiempo estaba sujeta á frecuentes paroxismos histéricos. Había momentos en que le parecía que se ahogaba; un obstáculo se le atravesaba en la garganta y le quitaba la respiración. Entonces le daban convulsiones, que terminaban en sollozos y lágrimas. Después solía calmarse y quedar por algunos días tranquila, aunque pálida y débil.

El carácter violentísimo de aquella mujer, exacerbado por la continua contemplación de una desgracia, que hacía mayor su melancólica fantasía, la impulsaba á tratar á su marido, á su hija y á muchos de los que la rodeaban, con un despego, con una dureza cruel, de la que en el fondo del corazón, que era bueno, se arrepentía ella al cabo, no siendo fecundo este arrepentimiento sino en nuevos motivos de disgustos y de amargura.

La energía de las pasiones había así, poco á poco, fatigado materialmente el corazón de doña Blanca, excitándole á moverse con impulso superior á sus fuerzas. No padecía sólo de las palpitaciones nerviosas de que daba muestras en aquel instante. Tal vez (los médicos al menos lo habían afirmado) doña Blanca tenía una enfermedad crónica en aquel órgano tan importante.

A pesar de su cansancio, tal vez el excesivo ejercicio había agrandado y robustecido de una manera peligrosa aquel activo corazón.

Como quiera que fuese, doña Blanca hacía tiempo que estaba harta de vivir.

La única idea, el único propósito, el solo fin que en su vivir estimaba, era el de cumplir un deber terrible; el evitar que su hija heredase á D. Valentín.

Cuando su hija le prometió con solemne promesa entrar en el claustro, y cuando después supo, de boca del padre Jacinto, y más tarde de los labios del mismo D. Fadrique, el rescate de Clara, si bien le rechazó y le juzgó inútil ya, se tranquilizó, creyendo su propósito cumplido en cualquier evento, y considerándose desligada del mundo; sin nada que hacer en él sino atormentarse, y sin razón alguna para desear, estimar y conservar la vida.

El reposo relativo del espíritu de doña Blanca, cuando pensó haber hallado la solución de su difícil problema, la hizo caer en una postración, en una atonía peligrosa. Por otro lado, no obstante, su imaginación fecunda en atormentarla le ofrecía mil motivos de aflicción y de ira. La generosidad del Comendador humillaba su orgullo, y por más que trataba de empuñarse ó de afeitar y envilecer sus causas fingiéndoselas vulgares, absurdas ó caprichosas, dicha generosidad resplandecía siempre y la ofendía.

La voluntad de doña Blanca era de hierro; pocas personas más pertinaces y firmes que ella; pero su espíritu vacilaba y no se aquietaba jamás. La fuerza de cualquier encontrado pensamiento bastaba á descontentarla de lo que había hecho, y no bastaba á hacerle cambiar y á moverla á hacer otra cosa. No producía sino nueva mortificación estéril.

Así es que doña Blanca percibía vivamente la presión que había ejercido sobre el alma de su hija; que, sin querer, acaso la había hecho infeliz; y que su hija iba á encerrarse en un convento, no devota, sino desesperada. Las rudas acusaciones del Comendador, durante la fatal entrevista, acusaciones contra las cuales se había ella defendido con valor y tino, terminada aquella lucha de palabras, acudían á su mente con mayor fuerza, sin que las dijera el Comendador, sin que se pudieran rechazar merced al calor de la disputa, y labrando en su ánimo como una hunda llaga.

El ardiente amor que el Comendador le había infundido, siendo causa de que ella se humillase, se había convertido en espantoso aborrecimiento; y sin perder este carácter, sin volver á su sér primero, porque ya no era posible, porque su alma tenía mucha hiel para poder amar, habíase recrudecido en su seno, durante la entrevista con el hombre que le inspiraba.

Todos estos dolores, tribulaciones y combates espirituales, no es de maravillar que produjesen en doña Blanca una enfermedad aguda, sobreexaltando sus males crónicos.

Poco después de la conversación entre Clara y Lucía, de que acabamos de dar cuenta, visitaron á la enferma los dos médicos mejores de la ciudad. Ambos convinieron en que su dolencia era de cuidado. Ambos reconocieron cierta alarmante alteración en la circulación de la sangre, que por la fiebre sola no se explicaba. El corazón tenía una actividad enfermiza y un excesivo desarrollo. El pulso era vibrante y duro. El lado izquierdo del pecho de la enferma se estremecía con las palpitaciones. Un vivo carmin teñía las mejillas de doña Blanca, de ordinario pálidas.

Los médicos auguraron mal de estos y otros síntomas; la principal dolencia estaba complicada con otras muchas. No hallando, pues, remedio eficaz por lo pronto, recetaron algunos paliativos, y entre ellos la digital en pequeñas dosis.

Aunque disimularon bastante la gravedad y el carácter poco lisonjero de sus observaciones y pronósticos, dejaron á las dos amigas en extremo afectadas.

Todo aquel día permaneció Lucía al lado de Clara, auxiliándola en sus faenas y cuidados: pero ya no era ocasión propicia para volver á las confidencias.

Si bien Clara no volvió á hablar del estado de su alma, sin duda pensaba en él, según lo preocupada que estaba. Lo que ántes de confiarse á Lucía había ella percibido en imágenes vagas y como borrosas, había adquirido, en su propia mente, mayor ser, consistencia y determinada figura al formularse en palabras. Así es que, en medio del afán y del dolor que por su madre sentía, Clara se atormentaba con la idea de aquella inclinación hacia un sujeto, á favor del cual, por extraordinario hechizo, se trocaban en causas y motivos de afecto todas las razones que para aborrecerle le daban.

Lucía, por su parte, también estaba meditando y triste en extremo. Su taciturna tristeza, dado su carácter regocijado, parecía superior á la pena que pudiera sentir por el mal de Doña Blanca, y aun al mismo disgusto que los devaneos mentales y los dolores fantásticos de su amiga debieran causarle.

Don Valentín, combatido por los opuestos sentimientos de la compasión y del terror que su mujer le inspiraba, seguía viniendo con frecuencia á informarse del estado de la paciente: pero, en vez de entrar en el cuarto y asomar la nariz á la alcoba, se quedaba fuera y asomaba sólo al cuarto la nariz, preguntando á su hija:

— ¿Cómo está tu mamá?

Clara respondía: «Lo mismo», y D. Valentín se iba.

Fuera de la criada de más confianza, que ya venía á traer un recado, ya á dar algún auxilio indispensable, nadie más que el Padre Jacinto entraba en la habitación donde se hallaban Clara y Lucía.

Al anoecer subió de punto, llegó á su colmo la agitación febril de doña Blanca. El Padre Jacinto estaba acompañando á las dos amigas y asistiendo con ellas á la enferma.

Esta, que había estado por la tarde soñolienta y postrada, empezó á dar señales de vivísima exaltación: se quejó de que le dolía la cabeza: mostró en el semblante cierta movilidad convulsa; pronunció frases sin orden ni concierto. Lo que más repetía era:

— Vete, Valentín. Déjame; no me atormentes. Sin duda la enferma tenía la alucinación de ver á don Valentín, que allí no estaba.

Así permaneció doña Blanca hasta cerca de las diez. Entonces se agravó el mal: el delirio se declaró; estalló con ímpetu.

El cerebro sintió por completo la reacción del mal que la infeliz tenía en las entrañas. Los pensamientos todos, que durante años la atormentaban, y que hacía más de treinta horas habían cobrado mayor brío, se barajaron en tumulto; se rebelaron contra la voluntad, se hicieron independientes de ella, rompieron todo freno; y, buscando y hallando maquinal é instintivamente palabras adecuadas en que formularse, salieron del pecho en descompuestas voces.



Doña Blanca se incorporó en la cama; miró con ojos extraviados á Lucía y á Clara y al fraile, y habló de esta manera:

—Véte, Valentin! ¿Por qué quieres matarme con tu presencia? Márame con un puñal.... con una pistola. Echame una soga al cuello y ahorcame. No seas cobarde. Toma la debida venganza.

—Sosiégate, doña Blanca; interrumpió el fraile, á quien ella se dirigía como si fuera D. Valentin. Sosiégate: tu marido está fuera.... Idos, muchachas; añadió, dirigiéndose á las dos amigas. Dejádme sólo con la enferma, á ver si logro que se sosiegue.

Clara y Lucía, como si estuviesen allí clavadas, no se movieron. Doña Blanca prosiguió:

—Ten valor y márame. Tu honra lo exige. Es necesario que mates también al Comendador. Está condenado. Se irá al infierno y me llevará consigo.

—¡Madre, madre, V. delira! exclamó Clara.

—No: no deliro, respondió doña Blanca. Y tú, necio, añadió dirigiéndose al fraile: ¿Eres ciego? ¿No la ves? y señalaba con el dedo á su hija. ¡Cómo se le parece! ¡Dios mío! ¡Cómo se le parece! Es un retrato suyo. ¡Apártate de mi vista, vivo testimonio de mi vergüenza!

Clara, llena de horror y de ansiosa curiosidad á la vez, oía á su madre y pugnaba por comprender todo el arcano tremendo. Al sonar las últimas palabras, que iban dirigidas á ella, se cubrió Clara el rostro con ambas manos.

—Bien puedes estar satisfecha; continuó doña Blanca. Te tenía olvidada; pero, al cabo, se acordó de tí é hizo un gran sacrificio. Ya pagó de antemano lo que has de heredar de mi marido. Te rescató de Dios para entregarte al mundo. Quédate en el mundo. Tú no puedes ser monja. La mala sangre del Comendador hierve en tus venas. ¿Cómo dudar que eres la hija maldita de aquel impío?

Clara, al oír estas últimas palabras, dió un grito inarticulado, y cayó desmayada entre los brazos de Lucía.

Lucía sacó á Clara fuera de la alcoba, sosteniéndola por debajo de los brazos y tirando de ella.

Doña Blanca, entre tanto, no pudiendo resistir más á la honda emoción, extenuada, rendida, cayó de nuevo en la cama, con temblor convulso y rigidez de los tendones, lo cual fué cediendo con lentitud y dando lugar á un desfallecimiento profundo.

El Padre Jacinto acudió entonces á donde estaba Clara, que Lucía había recostado en un sofá.

Clara volvió en sí del desmayo; exhaló un suspiro y rompió á llorar con desatado y copioso llanto.

—¡Clara, amiga querida! dijo Lucía.

—Cálmate, niña, cálmate: exclamó el Padre Jacinto.

—¡Dios santo y misericordioso! dijo Clara. Tu mano omnipotente me hiere y me sana al propio tiempo. ¡Pobre madre mía de mi alma! ¡Cuán infeliz has sido! Y él.... ¡ay! él.... no puede ser impío y perverso como tú supones.... Ahora comprendo por qué y cómo yo le amaba!

## XXIX.

La enfermedad siguió su curso ascendente. Tres días despues de la escena que hemos descrito, doña Blanca estaba tan mal que no había esperanza de salvarla.

Su hija y Lucía la habían cuidado, la habían velado con el mayor cariño y esmero.

Los accesos de delirio se habían renovado con largas intermitencias de postración.

La cabeza de doña Blanca se despejó al cabo por completo: pero su estado era digno de lástima: la respiración, corta y anhelante; la voz, alterada y ronca; imposibilidad de estar acostada: necesidad de estar incorporada.

Los médicos declararon al Padre Jacinto que había sobrevenido un grave impedimento á la circulación de la sangre en el mismo corazón; y que si crecía el impedimento, se seguiría la muerte.

El Padre dejó percibir á Clara aquel terrible pronóstico, con la mayor delicadeza que pudo, y confesó y administró á la paciente.

En aquel momento supremo, á las puertas de la eternidad, doña Blanca depuso la dureza de su genio, su orgullo y su amargura, y no guardó en

el alma sino la fe vivísima, que hizo renacer en ella las esperanzas ultra-mundanas y abrió el manantial de las más puras consolaciones.

Doña Blanca llamó á D. Valentin, le abrazó, y le suplicó que la perdonase. Don Valentin, muy afligido y lloroso, y no ménos humilde, contestó que nada tenía que perdonar; que él era el culpado, pues no había sabido hacer dichosa á una mujer tan santa y tan buena.

El rostro macilento de doña Blanca se tiñó entonces de ligero rubor. Sus labios exhalaban un triste suspiro.

A Clara la llamó á sí doña Blanca: le dió un beso en la frente, y le dijo al oído con acento apenas perceptible:

—Dí á tu padre que le perdono. Tú, hija mía, sigue los impulsos de tu corazón. Eres libre. Sé honrada. No te cases si no le amas mucho. Mira no te engañes. Lo sé todo.... Me lo ha dicho el Padre Jacinto. Si le amas y merece tu amor, cástate con él.

Pocos instantes despues exhaló doña Blanca el último suspiro, diciendo con ahogada y sumisa voz:

—¡Jesus me valga!

El dolor de Clara fué profundo. Silenciosamente lloró la muerte de su madre.

Lucía lloró también y trató de mitigar con su afecto el dolor de su amiga.

El Padre Jacinto, acostumbrado al espectáculo de la muerte y familiarizado con ella, cerró piadosamente los ojos y la boca de la difunta, que se habían quedado abiertos, puso sus manos en cruz, y la extendió en el lecho.

El débil D. Valentin, cuando vió muerta á su mujer, sintió por un lado una pena muy viva, porque todavía la amaba; pero, por otro lado, según aseguran malas lenguas, que siempre están de sobra, advirtió cierto alivio, cierto desahogo, cierto infame deleite en su alma, como si le quitáran un enorme peso de encima; como si le libertáran de la esclavitud. Tan opuestas pasiones, batallando dentro de su nerviosa y débil constitución, le hicieron romper en risa sardónica. Despues se asustó de sí mismo; se creyó peor de lo que era; tuvo miedo del diablo; tuvo vergüenza de que Dios, que todo lo ve, viese la sucia fealdad de su conciencia, y se compungió y amilanó. Acudieron entonces á su memoria los amores pasados, los dulces días de la ilusión, el tiempo en que su mujer le quería; y todo ello enterneció por tal arte aquel pecho nada varonil, que el desgraciado se deshizo en lágrimas, dando sollozos, gemidos y hasta gritos, moviendo á gran compasión el verle y el oírle.

El Padre Jacinto llevó á D. Fadrique la noticia de la catástrofe.

Don Fadrique, retirado en su cuarto, aguardaba siempre con ansiedad noticias de la enferma. Esta vez, al mirar al Padre Jacinto, el Comendador leyó en su rostro lo que había ocurrido.

—Ha muerto: dijo el Comendador.

—Ha muerto: respondió el fraile.

El Comendador no replicó palabra. Inmóvil, de pié, callado, sintió un dolor mezclado de remordimiento. Dos gruesas y amargas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Te ha perdonado: dijo el Padre Jacinto.

—¡Ah, Padre!.... yo no me perdono.... Me sería ménos insufrible en la memoria el recuerdo de una afrenta no vengada.... de una vileza en que yo hubiese incurrido.... de una mancha en mi honor.... En cualquiera otro caso me sería más fácil conciliarme conmigo mismo. Aunque Dios me perdona.... yo no me perdono.

## XXX.

A los seis meses de la muerte de doña Blanca, en pleno invierno, se reunían todas las noches en torno del hogar, en el piso alto de la casa del mayorazgo D. José Lopez de Mendoza, á más de su mujer y de su hija Lucía, el Comendador D. Fadrique, el viudo D. Valentin, Clara y á veces el Padre Jacinto.

El joven D. Carlos de Atienza había estado dos ó tres veces en Sevilla á ver á sus padres; pero en seguida se había vuelto. Tenía abandonada la Universidad; no pensaba en los estudios ni en la carrera. Habíase consagrado enteramente á idolatrar,

á consolar, á adorar á Clarita, á quien ya veía sin dificultad, de diario.

Don Fadrique y el Padre Jacinto iban y venían á Villabermeja, pero estaban más tiempo en la ciudad.

La donación de los bienes de D. Fadrique se había hecho en toda regla y con el posible sigilo.

Don Fadrique vivía modestamente de su paga de oficial retirado. Habitaba, no obstante, en Villabermeja, la casa del mayorazgo, alhajada con los preciosos muebles que trajo cuando vino.

El carácter de D. Fadrique no había cambiado, pero se había modificado. Su optimismo natural sufría interrupciones frecuentes. Negra nube de tristeza ofuscaba á menudo el resplandor de su abierta y franca fisonomía.

Aunque el dolor por la muerte de doña Blanca se había ido mitigando en todos aquellos corazones, Clara la recordaba con ternura melancólica, y el Comendador con cariño y con penoso arrepentimiento á la vez.

Sólo D. Valentin, que comía como un buitre, y que había engordado, y no hallaba quien le riñese ni quien le dominase, se creía en la obligación de llorar cuando ménos ganas tenía. Entonces, la consideración de aquello á que se juzgaba obligado, y el ver que no le salían de adentro la aflicción y el lloro, le compungían de nuevo y producían en él el prurito y el flujo. Don Valentin era un mar de lágrimas dos ó tres veces por semana.

Clara, viendo ya á todas horas á D. Carlos y á D. Fadrique, había penetrado la diferencia de los afectos que á ambos la ligaban, y cada día los hallaba más compatibles. El Comendador le inspiraba cada día más veneración, ternura y gratitud por su sacrificio generoso. Don Carlos le parecía cada día más agraciado, bello, enamorado, ingenioso y poeta.

Pasaron así algunos meses más. Vino la primavera. Llegó el verano. Solemnizóse el primer aniversario de la muerte de doña Blanca con llanto y con misas y otras devociones.

El escrúpulo de faltar á la promesa de ser monja se borró al fin de la mente de Clarita. Su madre, al morir, la había absuelto de la promesa. El amor inspirado y sentido la excitaba á no cumplirla. El bueno del Padre Jacinto, confesor de Clarita, le aseguraba que la promesa era nula.

Clarita al cabo la anuló, haciendo otra promesa dulcísima para D. Carlos. Le prometió darle su mano, confesándole al fin que le amaba.

Una alambicada cavilación había detenido á Clara en dar el sí á D. Carlos. Clara juzgaba probable que D. Casimiro muriese sin sucesión y que alguna parte de los bienes del rescate viniese á ella: pero hasta esta duda, que, si bien delgada y sutil, la mortificaba, se disipó del todo.

Nicolasa, ó mejor dicho la señora doña Nicolasa Lobo de Solís, esposa legítima de D. Casimiro, dió á luz un robusto infante.

Cuando el Comendador, al volver un día de Villabermeja, trajo esta noticia, fué Lucía la primera persona á quien se la comunicó.

—Calle V., tío, exclamó la muchacha; de seguro que el niño de D. Casimiro será un escomendrijo; parecerá un gazapillo desollado.

—No, sobrina, contestó el Comendador: el recién nacido Solís es fuerte como un becerro.

Así era la verdad, según hemos sabido despues. El primogénito de los Solises parecía, no un becerro, sino un toro.

Don Casimiro era el varón más bienaventurado de la tierra. Estaba lleno de satisfacción y de orgullo de verse tan amado de su mujer, y de tener por hijo á un Hércules tebano, sin pensar en el Saturnio y sin mirarse como Anfítrion, pues ignoraba la Mitología.

El tío Gorico, desde el casamiento de Nicolasa, había empezado á pugnar porque le llamasen Don Gregorio; habíase jubilado del oficio de Abraham y del de pellejero, y no se empleaba más que en beber aguardiente y rosoli, y en ponderar la ventura y grandeza de su hija, sus virtudes y la vida beata que daba á su ilustre esposo.

Despues del bautismo de la criatura, iba el tío Gorico de casa en casa, refiriendo el júbilo de su yerno, quien ya se volvía hácia la cama donde estaba Nicolasa, ya hácia la cuna donde estaba el niño, y ya se paraba á igual distancia de la cama



y de la cuna, y exclamaba, levantando las manos la cielo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para ser tan dichoso?

En efecto la dicha pudo más que D. Casimiro, y pronto le hundió en la sepultura.

Aunque sea adelantar los sucesos, se dirá aquí que la viuda llevó una vida retirada, sin recibir ni tratar, durante un año, sino al platónico Tomasuelo, y que tuvo dos gemelos póstumos, los cuales si el primogénito merecía llamarse Hércules, no merecían menos pasar por Cástor y Polux.

La rectitud de la conciencia de doña Blanca y sus severos fallos, hallando un leal y decidido ejecutor en D. Fadrique, daban así sus resultados naturales, proporcionando pingüe herencia á aquellos mitológicos angelitos, vástagos lozanos de la familia de Solís.

Como quiera que fuese, toda persona delicada y noblemente orgullosa no repara en las bajezas y bellaquerías del vulgo de los mortales y en la utilidad que proporcionan: no acepta jamás, sino en sentido irónico y de burla, la picaresca sentencia de la fábula:

«Tómelo por su vida: considere  
que otro lo comerá, si no lo quiere.»

Así es que D. Fadrique se reía de las consecuencias de su desprendimiento, y no por eso dejaba de aplaudirse de haberle tenido. Lo que á él le importaba era que su pura y hermosa hija no disfrutase de nada que no fuese suyo ó por lo que en compensación no hubiera él dado lo equivalente con usura.

La boda de Clara y de D. Carlos de Atienza se celebró al cabo en un bello día del mes de Octubre de 1795; año y medio después de morir doña Blanca.

Los padres de D. Carlos vinieron de Sevilla para asistir á la boda.

Los desposados se quedaron á vivir en la ciudad, donde ha sido la escena de nuestra historia.

Durante el año y medio, que tan rápidamente hemos recorrido, el Comendador había vivido, ya en Villabermeja, ya en la ciudad en casa de su hermano; pero más en la ciudad que en Villabermeja.

El afecto hacia Clara le atraía á la ciudad; pero como Clara andaba muy distraída en sus amores y era muy dichosa, no consolaba tanto las melancolías del Comendador como su rubia sobrina.

Esta era la que llamaba al Comendador cuando se tardaba en volver de Villabermeja; la que más le escribía diciéndole que viniese, y la que le enviaba recados con el mulero y con el aperador para que dejase la soledad bermejina.

Como Lucía estaba ya enterada de todos los secretos de su amiga Clara, y como tampoco ocurrían cosas importantes, no había motivo ni pretexto para acudir á cada momento al tío, preguntándole, como en otro tiempo, qué había de nuevo. En cambio Lucía, libre ya de los cuidados en que la suerte de su amiga la había tenido, sintió despertarse en su alma la más viva curiosidad científica. La Astronomía y la Botánica, que antes la enojaban cuando había secretos de Clara que ansiaba penetrar, la entusiasaban ahora extraordinariamente, y nunca se cansaba de oír las lecciones que su tío le daba, excitado por ella. No había lección que no le pareciese corta. No había misterio de las flores que no quisiese descubrir. No había estrella que no quisiese conocer.

La discípula ponía en grandes apuros al maestro, porque, si se trataba del movimiento de los astros, de su magnitud, de la distancia á que se hallaban de la tierra y de otras afirmaciones por el estilo, ella quería saber la razón y el fundamento de las afirmaciones, y D. Fadrique hallaba disparatado y hasta absurdo enseñar las matemáticas á una sobrina tan guapa, tan alegre y graciosa; y, por el contrario, si se trataba de flores, Lucía quería que le explicase su tío lo que era la vida y lo que era el organismo, y aquí el Comendador hallaba que no había ciencia que respondiese á las matemáticas y que explicase algo. Sin querer se encumbraba entonces á una filosofía primera y fundamental, y Lucía le escuchaba embebecida, y, como vulgarmente se dice, metía también su cucharada, porque de filosofía habla, en queriendo, y no ha-

bla mal, toda persona de imaginación y viveza.

En suma, Lucía se iba haciendo una sabia. Mientras más aprendía, más iba creciendo su afición y su empeño de saber. Las lecciones y conferencias duraban horas y horas.

El Comendador se acostumbró de tal suerte á aquel dulce magisterio, que el día en que no daba lección le parecía que no había vivido.

Sus días de Villabermeja fueron disminuyendo, y alargándose cada vez más los que pasaba con la discípula.

Siempre que volvía de Villabermeja, el Comendador traía á su discípula libros de su biblioteca, flores y plantas de su huerto, y pájaros que cazaba vivos. Lucía gustaba mucho de los pájaros, y, merced al Comendador, no había ya casta de aves en toda la provincia, ora de paso, ora permanentes, de que Lucía no tuviese un par de muestra en su pajarera.

Notado todo esto por Clara y D. Carlos daba ocasión á bromas inocentes, pero que turbaban algo al Comendador y que ponían á Lucía colorada como la grana.

Los novios hablaban á Lucía con cierto retintín de su excesivo amor á la ciencia.

En fin, aunque el Comendador y Lucía no se hubieran dado, ni hubieran querido darse cuenta de lo que les pasaba, Clara y D. Carlos les hubieran hecho reflexionar, pensar en ellos mismos y despejar la incógnita.

El Comendador y Lucía, á pesar de la diferencia de edad, estaban perdidamente enamorados el uno del otro.

Lucía admiraba en su tío la discreción, la nobleza de carácter, el saber y la elegancia natural del porte y de los modales. Le encontraba hermoso de varonil hermosura, y no le parecía posible que hubiese otro tal hombre como él en todo el mundo.

A D. Fadrique le parecía Lucía tan bonita, tan buena y tan inteligente como Clara, que era todo cuanto él podía encarecer la alabanza, allá en su pensamiento. La alegría de Lucía concordaba además muchísimo mejor con el carácter del Comendador que la seriedad un poco triste que Clara había heredado de su madre.

El Comendador, que al fin no era una criatura inexperta, conoció pronto que amaba á Lucía y que de ella era amado; pero, pensando en su edad, y en el idilio de D. Carlos, no se atrevía á declarar su amor, si bien le manifestaba con su constante solicitud en servir á Lucía.

Ella no atinaba, entre tanto, á comprender la timidez del Comendador, á quien juzgaba enamorado.

De aquí que se dijese toda clase de requiebros y finezas, que literalmente podrían tomarse por efecto de amistad tiernísima, pero que ocultaban el fervoroso espíritu de verdadero amor.

Don Fadrique, á más de sus años, creía tener otro inconveniente que en su delicadeza no le permitía aspirar á ser amado de Lucía. Este otro inconveniente era su pobreza; pero Lucía, precisamente por esa pobreza y por el motivo que la había causado, amaba y admiraba más al Comendador. El descuidado desden, la alegre calma y el nada trabajoso ni lamentado abandono con que don Fadrique se había desprendido de más de cuatro millones, valían más de mil en la poética y generosa mente de Lucía.

Esta llegó á veces á preguntar á su tío (sabido es que tenía el defecto de ser muy preguntona) que por qué no se casaba.

Cuando el tío le contestaba que porque era viejo, Lucía le aseguraba que era mozo ó que estaba mejor que los mejores mozos. Cuando el tío contestaba que porque era pobre, Lucía afirmaba que la paga de oficial retirado era más que suficiente; que además la chacha Ramoncica estaba poderosísima con lo que había ahorrado, é iba á dejarle por heredero; y que, por último, podía casarse con una rica.

Todo esto lo decía Lucía con mil rodeos y disimulos; pero el Comendador, si bien lo comprendía, juzgaba aún que ella podía engañarse y tomar por amor otros sentimientos de respeto y afección casi filial; por donde no hallaba justo ni honrado prevalerse tal vez de una alucinación de aquella linda muchacha para lograr lo que consideraba una felicidad para él.

En esta situación se hallaban Lucía y el Comendador la noche en que se celebró la boda de Clara y de D. Carlos en casa de D. Valentin.

El Comendador estuvo alegre, aunque hondamente conmovido, en aquella solemne ocasión en que una persona tan querida de su alma se unía con lazo indisoluble al hombre que debía hacerla dichosa.

Don José y doña Antonia se volvieron temprano á su casa.

Lucía permaneció al lado de Clara hasta más tarde. También se quedó con ella el Comendador.

Juntos y solos volvieron ambos á la casa. La noche estaba hermosísima: la calle silenciosa y solitaria, el ambiente tibio y perfumado, el cielo lleno de estrellas y sin luna.

Lucía iba callada, contenta, pensando en la ventura de su amiga.

No estaba D. Fadrique menos soñador é imaginativo.

El tránsito de una casa á otra era cortísimo; pero, sin reflexionar, le alargaron ellos, parándose en medio de la calle y contemplando la bóveda inmensa del firmamento, como si quisiesen interrogar á las eternas luces, que allí fulguraban, sobre la suerte de los recién casados y quizá sobre la propia suerte.

Lucía, dando un suspiro, dijo al fin:

—¡No lo dude V...., serán muy felices!

—Alégrate sólo y no estés envidiosa, respondió el Comendador; tú hallarás también un hombre que te merezca, que te ame y á quien ames tú con toda la energía de tu corazón.

—No, tío; no me amaré, replicó Lucía. Yo soy muy desgraciada.

Y Lucía suspiró de nuevo. El Comendador, á la dulce y escasa luz de los astros, vió entonces que corrían dos hermosas lágrimas por las mejillas de Lucía. La luz de los astros se quebraba en aquellos líquidos diamantes y daba reflejos de iris.

El Comendador no fué dueño de sí mismo. Acercó su rostro al de Lucía y puso los labios en una de aquellas lágrimas. Luego exclamó:

—¡Te amo!

Lucía no contestó palabra. Echó á andar hacia su casa; llamó, abrieron, y entró seguida del Comendador.

Al llegar á la escalera, se volvió y le dijo:

—Buenas noches, tío. Adios, hasta mañana. Mamá me estará aguardando.

El Comendador puso la cara más afligida del mundo, viendo que tan secamente respondía la muchacha, ó mejor dicho, no respondía á su repentina y vehemente declaración.

Ella se apiadó entonces, sin duda, y añadió sonriendo:

—Hable V. mañana con mamá....

—¿Y qué?... interrumpió D. Fadrique.

—Y pida V. la licencia á Roma.

Dicho esto, muy avergonzada pero muy satisfecha, Lucía subió á brincar la escalera, y dejó al Comendador no menos contento que ella iba.

Cuando supo Clara que Lucía y el Comendador habían decidido casarse, se alegró en extremo.

D. Carlos de Atienza compartió la alegría de su mujer, y recordando que debía una especie de satisfacción al Comendador, el cual se había creído aludido cuando le oyó leer el idilio contra el viejo rabadán, compuso otro idilio en defensa de un rabadán no tan viejo y en alabanza del amor de los rabadanes.

Este segundo idilio, que viene á ser como la palinodia del primero, se conserva aún en los archivos de Villabermeja, de donde mi amigo don Juan Fresco me ha remitido copia exacta y fidedigna, que traslado aquí para terminar. El idilio es como sigue:

En la vid con sus pámpanos lozana  
Relucen cual topacio los racimos.  
Quita lluvia temprana  
Al alma tierra la aridez estiva,  
Y los frutos opimos  
Medran con nuevos jugos en la oliva  
Y en el almendro que entre riscos brota.  
Recobra el claro río  
El caudal que perdiera en el estío;  
Y el áspera bellota  
Se madura y endulza entre el pomposo  
Follaje, donde el viento  
Para las gentes de la edad primera  
Con fatídico acento  
La voluntad de Júpiter dijera.



No como en primavera  
El campo está de flores matizado;  
Que el labrador cansado  
En las flores cifraba su esperanza,  
Y ora en cosecha sazónada alcanza  
El premio de su afán y su cuidado.  
Embalsama el membrillo con su aroma  
El céfiro ligero;  
Y en el limón y en la madura poma  
Y en el sabroso pero,  
El oro luce y el carmin asoma  
Que brillaron en rosas y alelles;  
Mientras, por celos de su flor, empieza  
A romper la granada su corteza,  
Descubriendo un tesoro de rubies.  
Con la otoñal frescura  
Nace la nueva hierba, y su verdura  
La palidez de los rastrojos cubre.  
Serena está la esfera cristalina,  
Y hacia el rojo Occidente el sol declina  
En una hermosa tarde del Octubre.  
Filis, la pastorcilla soñadora,  
Bella como la luz de la alborada,  
Abandonando ahora  
Su tranquila morada,  
Va de las ninfas á la sacra gruta;  
Y en vez de flores por presente lleva  
Un canastillo de olorosa fruta,  
Con que á vencer la resistencia prueba  
Que hacen á sus amores  
Las ninfas que en el suelo  
A Cupidos traviesos y menores  
Dan vida y ser contra el Amor del Cielo.  
No bien el antro con su planta huella,  
Donde reinan las sombras y el reposo,  
Con terror religioso  
Se estremece la tímida doncella.  
Su presente coloca  
De las silvestres ninfas en el ara,  
Y altas razones de prudencia rara  
Que pone el Númeron en su fresca boca,  
Con esmerada concisión declara.  
«Ninfas, no os ofendais de mi desvío;  
No deis vuestro favor á los zagales  
Que cautivar pretenden mi albedrío.  
Son como los rosales,  
Que lucen mucho en la estación florida

Y dan amarga fruta desabrida.  
De su orgullosa mocedad el brio  
Apetece y no ama;  
Y con enojo en sus palabras leo  
Que poética llama  
Ni ennoblece ni ilustra su deseo;  
Y que el conato, que imprimió natura  
En todo sér viviente,  
No se acrisola allí ni se depura  
Del cielo con la luz resplandeciente.  
Ya sé que los Cupidos,  
Vuestros hijos queridos,  
Dan á la tierra su virtud creadora;  
Mas el amor, que en el Empireo mora,  
Esa misma virtud en ellos vierte,  
Y difunde doquier su vida arcana,  
Vencedora del mal y de la muerte.  
Pues bien; la que se afana  
Los misterios ocultos y supremos  
Por saber de este Amor ¿lograrlo puede  
Con un zagal sencillez y sin doctrina?  
Las que tesoro tal gozar queremos  
¿No es mejor que busquemos  
Al varón sabio á quien el Dios concede  
El vivo lampo de su luz divina?  
Por esto, Ninfas, á mi Ireño adoro:  
Como en arca sagrada,  
Guarda dentro del alma inmaculada  
Del Amor el tesoro:  
Y arde su llama bajo el limpio hielo  
Con que el tenaz trabajo de la mente  
Corona ya su frente,  
Como corona el cano Mongibelo.  
Así Ireño recobra por la ciencia  
Lo que roba del tiempo la inclemencia.  
¡Cuánto zagal con incansable mano  
Toca el rabel en vano  
Por carecer de gracia y maestría;  
Mientras que Ireño, con su blando tino,  
Y su plectro divino,  
Produce encantadora melodía,  
Y hace sentir al alma lo que quiere,  
No bien la cuerda hiere!  
Si el zagal inexperto  
Persigue al perdigon en la carrera,  
O le pierde ó le coge medio muerto:  
Mas la diestra certera

Pone Ireño prudente  
En el oculto nido,  
Do el pájaro reposa con descuido,  
Y su pluma naciente  
Sin destrozar, sus alas no fatiga,  
Y le aprisiona al fin para su amiga.  
Ni resplandece ménos el ingenio  
Del doctísimo Ireño,  
En componer cantares,  
Y en referir historias singulares.  
Cuando me alcanza de la rama verde  
La tierna nuez, la alloza delicada,  
Elige lo mejor, sin tronchar nada.  
Cuando algún corderillo se me pierde,  
El le busca y á casa me le lleva;  
Y de continuo me regala y prueba  
Su cariño sincero,  
O haciendo con esmero  
De los huesos de guinda  
Ya un barquichuelo, ya una cesta linda,  
O enseñando á sacar á mi jilguero  
El alpiste menudo  
De entre mis labios con su pico agudo.  
Tan sólo me perturba y me desvela  
Que Ireño á veces con el alma vuela  
Por donde de su amor terreno dudo.  
Pero si Ireño de verdad me amara,  
Mayor triunfo sería  
El lograr la victoria,  
No de pastoras de agraciada cara,  
Sino de la poesía,  
De la ciencia, del arte y de la gloria.  
Ireño á Filis escondido oía;  
Y apareciendo y dándole un abrazo,  
Dijo con modestísima dulzura:  
«Este amoroso lazo,  
Que labra mi ventura,  
En vano, Filis, explicar pretendes  
Con tus alambicadas discreciones.  
¡Ay, candorosa Filis! ¿No comprendes  
Que, á pesar del saber que en mí supones,  
Amor no te infundiera  
Tu rabadan si muy anciano fuera?  
Cuando mi amor al del zagal prefieres,  
Por viejo no, por rabadan me quieres.

J. VALERA.



COTO DEL SOCOR, PROPIEDAD DEL EXCMO. SR. DUQUE DE LA TORRE.

ALMUERZO EN EL ARROYO DE RABIA-VACAS EL DIA  
EN QUE SE MONTEARON LAS manchas DE LA CASA  
DEL YEGUARIZO Y DE LOS LLANOS.

No siendo posible que apareciese en el número  
anterior este grabado, correspondiente al pinto-  
resco y bien escrito artículo del Sr. Baron de Cór-

tes, creemos hacer una cosa grata á nuestros sus-  
critores publicándolo hoy.

Vemos con gusto que ha llamado la atención  
esta cacería, pues además de lo que de ella se han  
ocupado los periódicos de aquí, leemos lo siguiente  
en *El Sport*, periódico que se publica en París y  
goza de gran crédito entre los aficionados franceses:

«El Mariscal Serrano, Duque de la Torre, ha  
dado una gran fiesta cinegética últimamente en su  
posesión del Socor.

»Cuarenta cazadores salieron de Madrid la vispe-  
ra á las ocho de la noche, y en el camino algunos  
otros fervientes discípulos de San Huberto se les  
agregaron, y al llegar al Socor eran más de sesenta.



»Cuando se llega allí, el paisaje cambia completamente. Hasta entonces, los cazadores habían atravesado bosques de olivos y campos cultivados; allí, la decoración es bien diferente; una naturaleza salvaje é imponente, un profundo silencio completan la grandeza de aquellas soledades.

»Al alba del siguiente día, suenan las trompas de caza, todo el mundo se levanta, y.... en marcha. El día es magnífico, el sol dora las «sierras» que se ofrecen á las miradas con su diadema de nieve.

»Este primer día de caza fué soberbio; cogieron bastantes ciervos y un jabalí. Tamberlik estaba allí y encantó á todos, cantando, con su voz de tenor, aún bella, las canciones andaluzas. Por la noche no pudieron todos los invitados alojarse en la casa y se establecieron bajo magníficas tiendas de campaña.

»Los días siguientes continuó la caza soberbiamente; pero el rasgo más original de las cazas andaluzas en Sierra Morena es que se forma causa criminal al cazador que mata su primera res. Los acusados nombran defensores y se presentan con ellos ante todos los invitados á la caza. Estos últimos hacen alrededor de los acusados una algazara horrible, en el comedor donde debe formularse la acusación. Los jueces y los abogados defensores, disfrazados grotescamente, ocupan un estrado, delante del que se colocan los acusados. Empieza la defensa con discursos los más disparatados, pero que conservan sin embargo las formas jurídicas. Risas homéricas responden á estas peroraciones; los acusados también se defienden y lo hacen con mucho *sprit*, con palabras llenas de esa gracia andaluza, tan natural de los habitantes de aquella hermosa provincia.

»Como conclusión, son condenados á pagar á los acusadores y á los testigos una suma, que pasa á manos de los pobres.»

## HISTORIA DE LA GANADERÍA

DEL EXCMO. SR. DUQUE DE VERAGUA.

(Continuación.)

Pero si los hombres de á caballo sufrían tales contratiempos, si veían á veces lo inútil de sus fuerzas y habilidad, los de á pie en cambio toreaban con gran desahogo y ejecutaban con gran lucimiento todas las suertes que intentaban con los toros vazqueños, que, si duros, pegajosos y con recargue en la de vara, se mostraban nobles, bravos y sencillos en las demas, sin exceptuar á los viejos, pues si éstos por su falta de agilidad y bravura no acometían, dejaban acercar sin defenderse, y los toreros ponían en práctica el axioma taurino *al que no anda, andarle*. Por esta causa los toreros veían con gusto anunciados los toros de Vazquez; alguno decía, para demostrar el agrado con que los toreaba, «que desearia poderlos llevar metidos en el baul y soltarlos allí donde iban á trabajar.» No sucedía así á los picadores: ellos, como ningunos, sufrían los efectos del coraje, dureza y resistencia de los toros, y cuando no llevasen en su cuerpo claras muestras de luchas pasadas, les atormentaba el recuerdo de sus compañeros muertos ó inutilizados. Desde que el cartel de anuncio de la función se fijaba, hasta que ésta se había verificado, todo era anhelo y zozobra, contraste de afectos que no cesaban hasta que el espectáculo concluía. Después venían las jactancias y las baladronadas y el rebajar el mérito de los toros, achacando á azares de la lidia, que no á la bondad de los mismos, los percances que con frecuencia sufrían. De esto procedían algunos hechos, que entonces y en tiempos más recientes se permitieron ciertos diestros de á caballo, en circunstancias determinadas; hechos que, puesto que lo fueron de valor, ó no tenían importancia ó demostraban lo contrario de lo que se quería probar. Estos alardes de guapeza nunca se verificaron sino cuando los toros ya no podían hacer daño por el mucho castigo que tenían, y sobre todo no se realizaban sino con reses de las más acreditadas razas, como para hacer más patente el desprecio con que se las miraba, y poner más de relieve el mérito que se contraía, sin considerar que, aún saliendo victoriosos del lance, el hecho era contraproducente, pues

En tanto el vencedor es más honrado,  
En cuanto el vencido es más reputado.

Y por donde al tratar de desacreditar una raza contribuían, sin quererlo, á su mayor crédito y opinión.

La lucha continuaba y continuó hasta la muerte de don Vicente. Ocurrida ésta en 1830, sus albaceas y testamentarios procedieron á deshacer la ganadería, y fué de ver el afán con que muchos criadores y otras personas que no lo eran, procuraban adquirir vacas. Entre los primeros estaban don Fernando Freire, D. Domingo Varela, D. Antonio Mera y D. Diego Hidalgo Barquero; entre los segundos, D. Francisco Taniel de Andrade y D. José María Benjumea. Pero antes que nadie se presentó á escoger D. Fernando Criado Freire, que fué la persona á quien el Sr. D. Fernando VII. diputó al efecto cuando se decidió á adquirir vacas bravas.

No se sabe el motivo que impulsó á S. M. á tal determinación. Unos creyeron que la idea partió de la Intendencia ó Dirección del Real patrimonio, como medio de utilizar

los pastos de las grandes dehesas que en los términos municipales de Seseña, Borox, Añover de Tajo, Alameda de la Sagra y Villaseca fecundan los ríos Jarama y Tajo, dehesas que por entonces estaban sin arrendar y para las que no eran suficientes ni la numerosa Real yeguada, ni las pocas vacas mansas que poseía el Patrimonio. Otros creen que á influencias de D. Manuel Gaviria y á la más grande que cerca de S. M. gozaba el buen aficionado Conde de la Estrella se adoptó tal resolución, afirmándolos en esta creencia la parte tan activa que tuvo el Sr. Conde en inclinar el ánimo del Rey para la fundación de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, hecho que, por haber coincidido con la clausura de otras escuelas, tanto se prestó á que de él se sacara partido, si bien fué puramente casual la coincidencia y sin que tuviera relación una y otra disposición.

Otros, y fueron los más, y éstos de seguro están en lo cierto, juzgaron que únicamente la decidida afición de Fernando VII á las corridas de toros y la inteligencia que tenía en todos sus lances y suertes le decidieron á establecer una ganadería, con cuya creación había de poder satisfacer mejor su afición por la frecuencia con que había de presenciarse hechos y ocurrencias íntimamente ligadas con el toro. Y en efecto, nada hay que se preste tanto al agrado y distracción como una ganadería brava; desde que nace la res hasta que muere son muchas las operaciones que hay que practicar, muchas también las que por motivos inherentes á su cuidado y conservación y medios de poderlas manejar y concluir son necesarios; y si el Rey, por su edad, estado de salud ó por las ocupaciones de su alta dignidad no podía presenciarlas todas, no dejaba de asistir á las faenas del herradero y tentadero, para las que se construyeron edificios en Aranjuez y después la plaza que se levantó en la Real posesión de la Florida, plaza que sirvió también para que en ella hicieran sus pruebas los infantes D. Francisco y D. Sebastian toreando y matando afojos, y en la que profesores notables como Juan Jimenez (el Morenillo), Manuel Romero (Carreto), y aún Francisco Montes demostraron sus conocimientos toreando de capa vacas que, por haberlo sido muchas veces, ofrecían serias dificultades, y plaza, por fin, en la cual, con asistencia de SS. MM. y Real familia, del Cuerpo diplomático extranjero y de cuanto más granado había en la corte, mostraron su habilidad lidiando uteros y cuatrefios D. Fernando Criado, los Duques de Osuna, Veragua y San Carlos, y los Marqueses de Alcañices y de Castelar, los primeros á pie y estos dos últimos á caballo, siendo tan notable la destreza del de Castelar, que fué opinión general que aunque hubiera alternado con profesores se habría distinguido.

Don Fernando Criado Freire fué, como queda dicho, la persona que se destinó á adquirir las vacas, que precisamente habían de ser de la ganadería de Vazquez, á la vez que se le confió la dirección y alta inspección de la vacada que iba á establecerse. Con dificultad se habría encontrado persona más competente, de lo que ya había dado buena muestra dirigiendo la crianza de la ganadería que en Alcalá del Río poseía su tío D. Fernando Freire, ganadería que por esta causa llegó á adquirir gran crédito.

Partió D. Fernando para Andalucía por razón de su cargo y á cumplir su comisión, y antes de poner mano en la negociación de compra, procuró buscar persona apta que, bajo sus órdenes, concurrese en su día á la entrega de las vacas, cuidara de conducir las á Madrid, presenciase la tía de ellas y contribuyese con sus consejos á elegir lo mejor de lo mejor y persona que había de desempeñar, en fin, el puesto de conocedor ó mayoral.

Por causas que no son del momento exponer, vivía en la villa de Utrera, retirado de la profesión de picador que, por algunos años y adquiriendo fama, había ejercido, una persona que había sido, como suele decirse, hija de la ganadería, que entrando en su niñez de zagal había pasado por todos los grados, y que ahora en su retiro había vuelto en parte á su primera ocupación, dedicándose á la machantera de ganado vacuno, á domar potros y á picar caballos, y á prestar auxilio á los señores criadores, bien en la conducción de toros, bien con su asistencia á las faenas, bien con su trabajo en lo que tuvieran por oportuno ocuparle. Esta persona no era otra que el famoso picador Sebastian Miguez, que no por esta circunstancia, ajena de todo punto al cuidado de una ganadería, si que por las otras que quedan expresadas, consideró D. Fernando que era la que reunía mejores condiciones para el cargo de conocedor. Aceptó Miguez el puesto que se le ofrecía, y con tal carácter asistió á la tía, y aún tentó gran número de reses y emitió su opinión, que á veces era seguida, como seguidos eran los consejos de los entendidos D. José Durán y D. Pablo de la Cruz, con quienes D. Fernando consultaba y que eran como sus asesores.

Concertada la venta, convenido el precio y conformes los albaceas en que el ganado que en nombre de la testamentaria de Vazquez vendían había de ser escogido después de tentado, ofrecieron todas las facilidades que fueron de desear y se prestaron gustosos á cuanto fuera necesario para satisfacer los deseos de S. M. Más de mil y quinientas vacas, que formaban varias piaras, se acercaron al cortijo de Casaluenga, y allí, bajo la dirección de D. Fernando, fueron tentadas por el mismo Sebastian y por Francisco Sevilla (x) Troni, que al poco tiempo adquirió fama como picador de toros. De estas vacas se escogieron cuatrocientas, que, unidas á otras cien paridas con sus rastras que por entonces no se tentaron, pero que antes de nacer, como todas, lo habían sido, formaron el número de quinientas, que eran las que debían venir y en efecto vinieron á Madrid. También se apartaron, para que con las vacas viniesen cien erales sin tentar y treinta y cuatro cuatrefios que habían sido tentados de erales y que por su pelo y trapío demostraban tener buenas condiciones que acreditaron después cuando se lidiaron.

Dividido en tres piaras, dos de hembras y una de machos, con el correspondiente cabestrage, salió todo el ganado de Sevilla por fin de Junio de 1830, llegando á Aranjuez á mediados de Agosto las setecientas treinta y cuatro cabezas que habían salido. Conducción feliz y poco común si se tiene en cuenta que venían cien vacas paridas; bien

es verdad que nada se escaseó en el camino y que eran bastantes los sirvientes que á su cuidado vinieron. Don Pedro Criado, hermano de D. Fernando, estaba encargado de la parte económica, al frente de las respectivas piaras, y á caballo estaban Miguez, Sevilla y Antonio Guisado (Berrinche), y en clase de vaqueros gran número de ellos de los más aventajados que había en casa de Vazquez, y entre los que se contaba Francisco Briones, que luego fué también picador de toros.

De estos criados, varios volvieron á Andalucía una vez las vacas en Aranjuez, otros siguieron en la ganadería, y en ella continuaron cuando pasó á poder de los Duques, y alguno vive aún en casa del actual de Veragua, en clase de sirviente de campo, aunque dedicado á ocupación más sedentaria que la de vaquero.

Llegadas las vacas á Aranjuez cundió la noticia, y así del Real Sitio como de los pueblos comarcanos, acudía diariamente gran golpe de gente á verlas, que, con respeto al principio y con menos miedo y más confianza después, si no por la pira de machos, concluyó por discurrir y atravesar las de las hembras. De este hecho quizás nació el rumor que se fué extendiendo y tomando cuerpo y fué luego opinión general entre aquella gente, de que las vacas eran mansas. Ya se ve, acostumbrados los de esta tierra á lo avanto y arisco del ganado bravo de ella, que ó huye asustado ó acomete al ver gente, no podía comprender ni se les alcanzaba que la causa determinante de lo que en apariencia mostraba ser mansedumbre no era otra que lo muy ganadadas que estaban las vacas, y de las que podía decirse lo que la gente del campo expresa gráficamente en la frase *estar muy debajo del perro*. Lo cierto es que el rumor llegó á oídos de S. M., tal vez porque había personas que en ello tenían interés y que creían cierto lo que de público se decía ó abrigaban deseos de que lo fuera. El Rey, en vista de lo que se le manifestaba, dispuso que todas las vacas fuesen tentadas, y se prepararan para las faenas locales á propósito en la casa de vacas de Aranjuez, en la de monta de Sotomayor, en aquel Real Sitio y en el que se construyó en el de la Florida ó Moncloa.

Bien quiso D. Fernando Freire evitar dar ese mal rato al ganado, aún no repuesto del camino; pero no hizo objeción alguna á lo dispuesto por S. M.; antes en cierto modo se alegró, pues que la tía había de desvanecer por completo las noticias que se habían propalado. Y así sucedió en efecto: de las cuatrocientas vacas tentadas que había traído, y que ahora lo eran por tercera vez, solamente se desecharon cuatro. Aunque Freire continuaba como director de la vacada, la faena se hizo bajo la dirección de D. Manuel Gaviria. Tentaron las vacas Sebastian y Berrinche. El Rey pudo convencerse, pues que todo lo presencié, de lo infundado de las sospechas que le hicieron concebir, y las personas entendidas que asistieron á la tía, entre los que se encontraba el entonces Duque de Veragua, hicieron presente á S. M. que la dirección de Freire estaba justificada y que no podía haber sido más acertada. No obstante, la destitución de D. Fernando Freire no se hizo esperar; á fines del año siguiente de 1831 entró á ser director de la Real vacada brava D. Manuel Gaviria, y entonces tuvo lugar un hecho que, á no ser por las precauciones que adoptó Miguez, aconsejado por una persona entendida y de alta posición social, celosa como nadie de la pureza de la raza Vazqueña, habría concluido ésta y no podría hoy decir su actual poseedor que la conserva sin mezcla de otra alguna. Gaviria, en uso de sus atribuciones, dispuso en la primavera del año de 1832 que ademas de los toros vazqueños que habían de fecundar las vacas, se destinasen al mismo objeto seis de la ganadería propia del mismo, y cuatro de la de D. Julian de Fuentes, que la criaba en el pueblo de Moral Zarzal. No pudiendo Miguez resistir el mandato, fué por estos toros y los echó á las vacas; mas no á todas, sino solamente á cien de ellas que apartó con este fin, y que todo el tiempo que los toros estuvieron con las mismas formaron pira distinta, separada y muy distante de las demas, lo cual podía hacerse supuesta la mucha tierra que en diversos sitios se dedicó á la ganadería. Cuando al año siguiente las vacas parieron, Miguez no se separó del refo hasta que todas habían parido, y siguiendo los consejos de la misma persona, que para él eran como órdenes, hizo distinta señal á todos los terneros y terneras hijos de las vacas que habían sido fecundadas por los toros de Gaviria y de Fuentes. La señal que tenía la ganadería de Vazquez era la misma que actualmente se conserva: la punta de espada sacada por la parte inferior de la oreja; pues bien, Sebastian, por su propia mano, según aseguraba á la referida persona, señaló todas estas crías é introdujo una modificación en la señal apenas perceptible y que no podía ser notada sino por ojos muy expertos, y fué una pequeña marca ó borla cerca de la punta, modificación que bastó para que nunca pudieran confundirse con las demas. Los toros de Gaviria y de Fuentes no volvieron á las vacas en los años sucesivos, ó porque se creyó que lo hecho era suficiente para hacer perder su pureza á la raza Vazqueña, ó porque enterado S. M. de lo que se había practicado, no mereció su aprobación. Y fortuna fué ciertamente que los toros no volvieran á las vacas en los años posteriores, pues que entonces habría sido impracticable la precaución, supuesto que Miguez dejó de ser conocedor en el verano de 1833.

Un tal Alfonso, criado antiguo de la Real Casa, y que estaba encargado de la punta de vacas mansas que la misma tenía, presentó memorial al Rey alegando sus muchos servicios, y expuso que nadie más que él reunía títulos para ser mayoral de la vacada brava, y como no faltara quien favorablemente informase la instancia, fué decretada como se pedía. El tío Alfonso fué mayoral, y Sebastian Miguez pasó á ser torero ó encargado de la pira ó piaras de toros.

Sebastián tal vez pagó el que alguien no consiguiera su intento; y cuidado, que él ni la persona que lo inspiraba se propusieron otro fin que evitar el cruzamiento con razas distintas, pues el uno y la otra no despreciaban ni tenían en menos ni á la ganadería de Gaviria ni la del Sr. Fuentes, de las cuales se extinguía aquella y se conserva ésta en poder de un criador de la provincia de Madrid que procura aumentar el crédito que siempre tuvo.



No es fácil saber hoy si alguien más que Miguez y su inspirador y algunos vaqueros, supo que la mezcla no tenía de tal más que la apariencia, y que mientras esos terneros no pudieran fecundar y esas hembras ser fecundadas, la confusión era de todo punto imposible, y aún en muchos años después lo habría sido, aunque con grandes quebrantos; pero éstos no fueron necesarios, pues que antes que esas crías pudieran reproducirse, la ganadería, de la que volvió a ser conocedor Miguez, pertenecía a quienes les constaba todo lo sucedido, y tomaron las medidas que más adelante se verán.

Hubo otra persona que, ó pudo ver la distinta señal que tenían algunas reses, ó á quien se dijera que la tenían y el motivo; mas no se dió por entendida, y hasta después de algunos años, y cuando amistad íntima y verdadera la unía á quien impidió con sus consejos que la mezcla se verificara, no habló del caso, y mucho se reían ambos personajes de todo lo que con tal motivo aconteció.

Hecho es éste que, con todas sus consecuencias, ó para hablar con propiedad, sin ellas, pues que no las tuvo, es la primera vez que se hace público, y así no es extraño que, en opinión de los que de estos asuntos se ocupan, pasará y aún pase como moneda corriente que la ganadería de Vazquez dejó de ser pura desde que en 1832 estuvieron en sus vacas toros de Gaviria y de Fuentes. Este señor así lo aseguraba, igual manifestación pudo hacer y hará su señor hijo, á quienes como personas dignísimas hay que prestar asentimiento y creer; algunas, aunque ya pocas, podrán decir que fueron testigos presenciales, y todas dicen la verdad: los toros estuvieron en las vacas: lo que todos ignoran, porque debían ignorarlo, es lo que se acaba de narrar, y por eso juzgan que fué realidad el cruzamiento, cuando en verdad no pudo producir, como no produjo, resultados.

En la tiente del expresado año de 1832, ó en la del siguiente, regaló S. M. á su hermano el infante D. Francisco todo el derecho de uteras, á las que agregó después, también como obsequio, algunas más vacas aprobadas y de varias edades, con las cuales, y otras compradas por S. A. de la casta de D. Alvaro Muñoz, formó la casa del Infante una ganadería que volvió á Andalucía á criarse y que, bajo la dirección del Administrador del Bailiaje de Lora del Río, Sr. Refojos, se apacentó en el término de dicha villa, en la dehesa de *La Trinidad*, que lo está en el de Carmona, y en otros terrenos cercanos: de esta ganadería fué conocedor Francisco Atalaya (el mayor), natural del Puerto de Santa María. A los pocos años estas vacas las adquirió el labrador de Sevilla D. Manuel Francisco Ziguri, y por donde no sólo volvieron á Andalucía, si que también á la familia de Vazquez; pues, si no se padece error, el Sr. Ziguri estaba casado con una sobrina de D. Vicente.

Acabada la muerte de Fernando VII en Setiembre de 1833, continuó la vacada en la Real Casa hasta principios de 1835, en que por compra la adquirieron los excelentísimos Sres. Duques de Osuna y de Veragua.

En todo el tiempo que perteneció al Patrimonio la ganadería, pastó en diversos sitios: ya en el Real del Pardo, donde estuvieron las hembras, ya en la Sierra, ya en el soto de San Estéban, donde también estuvieron los toros que por esta causa pasaron á la dehesa nueva del Rey, desde la raya próxima á la cuesta de la Reina, en la carretera de Andalucía, hasta la barca de Requena, ó sean los distintos predios que hoy se conocen con los nombres de Bernasconi (por corrupción Belasconi), Casa de los Conejos, Rincón de Requena, Valdeasturianos y Valdeavejares. También estuvieron los toros en la dehesa del Bosque, próxima al puente de Aceca, sobre el Tajo, pues que allí los entregaron á los compradores en 1835 los sirvientes de la Real Casa. A nombre de ésta, ó como pertenecientes al Patrimonio, no se puede asegurar si se lidiaron algunos toros en todo el tiempo que medió desde Agosto de 1830 hasta principios de 1835 en que poseyó la vacada: lo más probable es que se anunciaran en los carteles como de la ganadería de D. Vicente José Vazquez, cuyo hierro y señal tenían, pues que con los suyos no llegó la Casa Real á tener sino cuatrefios que iban á cinco años cuando se vendió la ganadería, y que eran los becerros que, como rastras, habían venido con sus machos de Andalucía. Pero si no se puede asegurar á nombre de quién salieron á la plaza, cosa fácil de averiguar viendo los carteles de aquellos años, está fuera de toda duda que se lidió una corrida en Aranjuez en 1832, que los seis toros cumplieron á satisfacción, y que uno de ellos, berrendo en negro, llamado *Carmonita*, saltó la barrera detrás de un banderillero que lo corría, y tal salto dió que cayó en el tendido, produciendo la alarma consiguiente en los espectadores. También se lidiaron otros cinco, que igualmente se distinguieron, en las corridas reales celebradas por el mes de Junio de 1833 en la Plaza Mayor de Madrid, con motivo de la jura como princesa de Asturias de S. M. la reina doña Isabel II.

El año siguiente al de la muerte del Rey, ó sea el de 1834, se tentaron como en los anteriores los machos y las hembras, tiente que presenció la Reina Gobernadora. Mas esta señora, ó porque no mostraba gran afición al espectáculo ni á lo que á él se refería, ó porque tuviese en consideración los gastos que se ocasionaban en la vacada y sus ningunos productos, ó porque su atención estuviese toda dedicada á la pesada carga de la gobernación del Reino, determinó enajenar la ganadería, como así se llevó á efecto al comenzar el año de 1835.

El número de cabezas de que constaba ésta á principios del citado año, cuando los Excmos. Sres. Duques de Osuna y de Veragua la adquirieron, era próximamente igual ó algo menor que el que tenía cinco años antes cuando don Fernando Criado escogió las vacas. Sobre quinientas eran éstas con el competente número de añojas, eralas y uteras. De estas tres edades había machos en la proporción debida, no así toros grandes, que no eran muchos. Todas las reses de cuatro años para abajo tenían el hierro de la Real Casa. Las de más edad, el de Vazquez, y todas la señal de éste, por haber continuado la misma el Patrimonio, á excepción de cierto número de eralas y eralas, que eran los hijos de los toros de Fuentes y de Gaviria, que tenían la que

antes se ha dicho, y por cuya razón eran llamados por los vaqueros los *zarcilleros*.

Por el pronto el ganado permaneció en los mismos sitios en que antes pastaba, y en los respectivos se hizo la entrega, á la que asistieron, á más de los nuevos dueños, Sebastian Miguez, por ellos nombrado conocedor. El valor en que la ganadería se estimó y que los Sres. Duques dieron por ella fué una suma algo mayor que la que el Patrimonio había satisfecho á la testamentaría de Vazquez.

Después de hacer alguna variación en el personal de los ganaderos, los señores criadores determinaron extirpar todo lo que no fuera vazqueño, operación fácil, pues que no hubo otra cosa que hacer que apartar las eralas de señal distinta y destinarlas al Matadero, como así se practicó. Los machos de igual procedencia se tentaron, y los no desechados, toros fueron que en su día se jugaron, y los más cumplieron bien. Aun los sobresalientes en la tiente no fueron á las vacas, y de este modo quedó extinguido todo lo que no era andaluz. Aún se hizo más: como las vacas paridas que vinieron de Andalucía eran nuevas, y las cuatrocientas vacas novillas de cuatro á cinco años, todas en el de 35 estaban en buena edad para criar, y en los años sucesivos ellas sólo criaron, siendo fecundadas por los toros grandes que vinieron de Sevilla de eralas y que como ellas tenían el hierro de Vazquez. Las hembras que tenían el de la Casa Real se fueron matando en los años siguientes, y los machos no se destinaron á la reproducción.

Libres ya los dueños de la cruz que intentó hacerse, hubieron de ocuparse de los terrenos en los que había de traerse la ganadería. Ni ellos ni Sebastian tenían la mejor opinión de algunos en los que pastaba, si bien otros los consideraban excelentes. En la imposibilidad de optar por éstos sin tener también los otros, se determinó trasladar la ganadería á Castilla á las magníficas dehesas que en el término de Benavente y que, como parte de aquel pingüe Estado, poseía la casa de Osuna.

Por San Miguel de aquel año salieron las vacas para Benavente, donde estuvieron hasta el año de 1840. En el de 1839, un año antes que ellas, volvieron todos los machos á Madrid y á las tierras que antes habían pastado en la dehesa nueva del Rey, y donde permanecieron más de veinte años. Una vez las vacas en Castilla, muy luego se conoció cuán acertada había sido tal determinación, pues sus productos acreditaron que tenían iguales condiciones que las que los distinguieron constantemente y que algo se habían oscurecido en el tiempo que la vacada fué de la Real Casa, pues que apenas se lidiaron.

Antes que la ganadería se trasladase á Castilla, los señores Duques quisieron dar muestra de lo que habían adquirido, á la vez que ejercitaban sus caritativos sentimientos, y al efecto dispusieron celebrar por su cuenta y con el carácter de empresarios dos corridas de toros en Madrid, cuyos productos fueron aplicados á la Inclusa y Colegio de la Paz en esta corte. Excusado es decir que el ganado que se lidió pertenecía á los nuevos criadores que, en vista del resultado de las funciones y de la bondad de los toros, no pudieron menos de felicitarse por la adquisición. En estas funciones trabajó como primer espada Juan Jimenez (el Morenillo), y picaron el famoso Martín (el Pelón) y Sebastian Miguez que, en obsequio á sus nuevos amos, trocó el calzon de punto por el de ante, y el marsellés por la casacaquilla de terciopelo, y debió ser la última vez que ante el público hizo alarde de su destreza: á los dos años próximamente tuvo el fin desgraciado que todos saben.

Los toros se anunciaron como «de la ganadería de don Vicente José Vazquez, vecino que fué de Sevilla, hoy de la propiedad de los Excmos. Sres. Duques de Osuna y de Veragua, que lo son de esta corte, con divisa encarnada y blanca.» Encarnada fué la que usaron siempre los de Vazquez en Andalucía; mas cuando en el siglo pasado vinieron por primera vez á Madrid, se les ponía de ese color á los de D. José Gijón, que era más antiguo, y por tanto se escogió para los de Vazquez la de los dichos colores. Después, cuando los Duques compraron las vacas, ya era dueño D. Manuel Gaviria de las Gijonas, cuyos toros continuaban usando la divisa encarnada, y fué preciso por esta razón que los Vazqueños siguieran con la que siempre en Madrid tuvieron. Por la manera con que los toros se anunciaron conservaron en la plaza de Madrid la antigüedad de Vazquez, que es hoy la más remota en todas las ganaderías existentes, según la costumbre que hay establecida, pues sobre este extremo, como es natural, no hay ninguna disposición escrita. Por esta razón los toros de Veragua han de romper plaza donde quiera y con cualesquiera que se lieden, excepción hecha de las funciones reales, pues que soltándose en ellas los toros por el orden con que se ponían los títulos del Rey en las antiguas ganaderías y ejecutorias, de la más antigua ganadería de Castilla ha de ser el primero. En la provincia de Madrid existe una ganadería que indudablemente es más antigua que la de Veragua: desde el siglo pasado ha venido siendo propiedad de la familia del actual criador; pero se ignora el motivo por que dicho señor consintió ó no protestó oportunamente y por los medios que á su alcance tenía, de que sus toros se anunciasen y corriesen después de otros que evidentemente eran de ganadería más moderna. Tal vez le indujo á ello que tal prerogativa ni lo es realmente, ni ofrece ventajas de ninguna clase.

(Se continuará.)

#### EL PASO DE LAS CODORNICES EN TARIFA.

Esta antiquísima ciudad, corte en otro tiempo del benéfico y esforzado rey Argantonio, se halla situada en la parte más meridional de España, junto á lo más angosto del estrecho de Gibraltar, y en el mismo punto en que la costa, cambiando rápidamente de dirección, forma un ángulo bastante saliente hacia el Africa, de cuyas playas sólo le separan cuatro leguas, distancia la más corta de toda Europa al vecino Continente. Por lo cual es de creer que muchas aves, principalmente aquellas que no han sido dota-

das de una gran potencia en el vuelo, llegado el tiempo de la emigración, suelen elegir con preferencia este sitio para dar el salto allende los mares.

Sabido es que las codornices, después de hacer la cria en nuestro país, le abandonan por algún tiempo, llegada una época determinada del año.

En la primavera, inmediatamente de llegar esta pequeña gallinácea, se estaciona en nuestras fértiles campiñas, prefiriendo los terrenos sembrados de trigo y de centeno, entre los cuales y á favor de alguna pequeña depresión del suelo que tapiza ligeramente con hojas secas, hace su nido y en él deposita de ocho á catorce huevos de un color pardo oscuro, que incuba por espacio de diez y nueve á veinte días.

Apénas nacen los pollos, corren tras de la madre: á las dos semanas se sirven ya de sus alas para saltar á larga distancia, y á las cinco vuelan con tanta facilidad como sus mayores.

Estos pollos hacen otra cria en el verano en la misma forma que sus padres; y á tan singular manera de reproducirse debe únicamente que, á pesar de la activa persecución que en todo tiempo y en todos los países se ejerce sin tregua ni descanso contra tales aves, no hayan desaparecido ya de la faz de la tierra. En España, desde que llegan, sin respetar veda ni circunstancia alguna, se las caza con pitos, redes, lazos y trampas de todas especies. En la isla de Capri, que se halla á la entrada del golfo de Nápoles, el obispo de dicha isla percibía en otro tiempo un diezmo por las que se capturaban, obteniendo así un beneficio de 40 á 50.000 francos. Waterton asegura que en Roma se ponen á la venta en un solo día hasta 17.000 codornices. En Maina, según Von der Muhle, llegado el tiempo, hombres, mujeres y niños se dedican á cazarlas por toda clase de medios con febril interés, para exportarlas, después de saladas, empaquetadas como los arenques; y en Argelia, desde algunos años á esta parte, es prodigioso el número de las que sucumben á causa de los nuevos ardidés é inventos.

Pero dejando á un lado digresiones sobre lo que sucede en otros países, fijémonos únicamente en la manera que éstas constantes viajeras tienen de hacer el paso en nuestro territorio, y por Tarifa al Africa.

Al llegar Agosto empieza á notarse el movimiento que precede á la gran emigración, encontrándose ya recargadas en todos los campos situados á lo largo del Mediterráneo. Parece que las codornices no se reúnen para viajar: cada cual marcha sin cuidarse de las demás; pero guiadas por su admirable instinto, se van agregando insensiblemente unas á otras hasta formar inmensas bandadas.

Todo lo que nos hablan de los guiones que las llaman y reúnen con su canto es pura fábula, como lo es también, en mi concepto, con perdón de la opinión contraria de respetables autores, el que la codorniz, durante su travesía, descansa algunas veces sobre la superficie de los mares haciendo á nado una gran parte de la jornada, pues además de carecer del requisito tan característico en las aves acuáticas de tener las patas muy implantadas hacia atrás, por el que les es permitido poner el cuerpo en posición idónea para poder batir con desahogo las alas y de este modo desprenderse del líquido elemento; además también de estar sus pies dispuestos de un modo inconveniente para la natación, puede hacerse la prueba abandonando una codorniz al agua, y pronto nos convenceremos de que, sin otro punto de apoyo, no saldrá de ella jamás.

Las codornices viajan por el Continente mientras pueden hacerlo, sin atreverse á dejar definitivamente nuestro suelo, desde donde la distancia es peligrosa. Por eso, llegado el tiempo, se las ve tanto en la parte Sur de nuestra Península, viniendo así á encontrarse un gran número de ellas en la punta de Tarifa.

En Setiembre, después de segadas las mieses, cuando los ganados han destruido los rastros que servían á estas aves de último refugio y la temperatura las empuja, es cuando se determina decididamente el pasaje, que llevan á cabo en contra de los diferentes vientos, pues todas las aves de paso, en el momento de estar verificándolo, vuelan siempre, sin excepción alguna, con el pico opuesto á la parte de donde aquéllas soplan.

Las codornices emprenden la marcha al vuelo y de noche. Aquellas más oscuras y serenas, durante las cuales haya soplado un vientecito suave de Levante, son las más á propósito para esperar que amanezca materialmente plagado el campo en el que la vispera no se vió ninguna. Si el viento arrecia, el paso se suspende; pero si calma al anochecer, ó se cambia al Poniente, vuelven á aparecer al siguiente día, si bien con este último viento en sitio distinto que con el anterior. Reinando el Norte no son seguras las entradas, aunque se suelen lograr algunas muy buenas, y con el Sur apénas se ve una. Sin embargo de estas reglas generales, sucede muchas veces que cuando más descuidado se está sin esperarlas y hasta en noches de lluvia y temporal, han entrado tantas, que en viñas, rastros, matorrales, en terrenos donde sólo hay pequeñas piedras que les podían servir de mal refugio, allí las había tan abundantes, que después de disparar el cazador, al cargar la escopeta continuaban saliendo de junto á los pies, al compás de los baquetazos. Por eso los buenos aficionados, una vez indicado el pasaje, deben salir todas las mañanas á registrar los sitios de más querencia, si no quieren exponerse á repetidos chascos.

No obstante lo dicho, algunos años vienen pocas, como sucedió en este pasado, que apénas las hubo para que pudiéramos despuntar el vicio.

Estas desdeñosas huéspedes no permanecen nunca más de un día en los lugares que eligieron para descansar, y tan pronto como llega la noche se deciden á pasar el Estrecho.

Cuando llega el tiempo, los aficionados á tan divertida cacería, que puede decirse son en Tarifa casi todos los que en tal época se hallan en aptitud y en circunstancias de tomar la escopeta y salir al campo, esperan impacientes los diferentes pasos que en uno y otro día se suceden más ó menos abundantemente, según los accidentes atmosféricos. Es digno de notarse el aspecto de animación que toma la ciudad durante los días del pasaje. Por todas partes se oyen



referir lances y episodios del día anterior, apuestas acaloradas entre los inteligentes sobre si habrá ó no codornices al siguiente día. Aquí pondera uno, poseído del mayor entusiasmo, la magnífica muestra de su cachorro *pointer*, imitándole á lo vivo con los más extravagantes y raros ademanes: allí contempla otro con aspecto compungido el peaje destrozado de su viejo perdiguero; y si la noche promete que debe esperarse mucho al día posterior, parece entonces que el pueblo ha sido invadido por una legión de locos. Muchos se agitan de acá para allá vertiginosamente para municionarse y preparar pertrechos; otros en sitios elevados repiten cien veces la tan conocida operacion de humedecer un dedo en la boca, levantándolo en seguida en alto, porque del lado que más fresco se siente es de donde el viento voga; y no falta quien pase las horas enteras observando en medio de la calle y á pesar de la oscuridad de la noche, si la veleta de la casa de enfrente se inclina más á este lado que al otro. ¡Cuántos fósforos he quemado en la azotea de casa para ver hacia qué punto el viento, apenas perceptible, inclinaba la luz!

Tras de una buena noche de esperanzas, todos se lanzan al campo antes del amanecer, principiando á cazar tan pronto como la claridad del día permite tirar, y aún antes. Una turba de cazadores y de perros acude precipitada á los sitios de querencia más cercanos, dando todos vueltas y revueltas, la escopeta en guardia, y produciendo con los labios esa especie de silbido grileado que imita el vuelo de tan codiciadas aves; á cada instante pasan y cruzan unos delante de otros sin orden ni concierto; y como en estos días salen muchos que no saben ni por dónde se carga la escopeta, suelen oírse algunas enérgicas y expresivas exclamaciones de esas que tanto significan entre los hijos de mi tierra, producidas por alguna rociada de plomo, donada sencillamente por algun inexperto prójimo. Afortunadamente se tira con mostacilla y el daño no es mucho, mediando alguna distancia. Por esto es preferible siempre buscarlas en sitios algo más lejanos, y allí se tiran con mucha tranquilidad y desahogo.

Contribuye mucho á dar á todo esto animacion el marcado carácter de rivalidad que se nota entre todos los aficionados. Los que figuran en primera linea trabajan hasta más no poder por matar más que los que gozan de un regular concepto; los de segunda talla pugnan por igualarse á las notabilidades, y hasta los chambones y principiantes se afanan porfiadamente por ascender en categoria. A los corsarios ó cazadores de oficio, además del estímulo de la negra honrilla, incita doblemente el interés de lucro, pues con la proximidad de Algeciras y Gibraltar, venden la caza con mucha ventaja, además de que en estos días se hace en Tarifa un consumo asombroso, por ser una especie de manía el comer las codornices mientras las haya; y entre la gente terne parece que se falta á un precepto religioso si en sus reuniones no se cena asada la carne de tan delicado pájaro, ayudada con la exquisita manzanilla. Y en verdad que en ninguna otra parte he encontrado tan sabrosas las codornices como en este pueblo, pues vienen todas tan sumamente gordas, que una capa de cebo amarillo de más de medio dedo de gruesa les recubre todo el cuerpo. Yo creo que ninguna emprende la marcha hasta llegar á ese extremo de gordura, quizás para poder resistir sin notable perjuicio de sus fuerzas el hambre y escasez en los terrenos desprovistos de sustento por donde se ven precisadas á pasar, ó que habiéndole, no se lo saben buscar por desconocer los parajes.

Siendo tan desmedida la afición que en Tarifa hay á la caza referida, resulta que se ven tan magníficos perros de muestra, que creo no los haya mejores en ninguna otra parte. Desde el antiguo pachon de cabeza de vaca hasta el elegante y ligero *pointer*, todos están representados como en una Exposición, excepto la raza llamada *seter*, que al principio fué entusiastamente acogida por los adoradores de la novedad, pero bien pronto se convencieron de que la indocilidad y atolondramiento de tales perros, al mismo tiempo que su extremada delicadeza, les hacen, al menos por aquí, completamente inútiles. A mis hermanos y á mí, buscando pollos de perdiz se nos ahogaron dos en un mismo día de Agosto, no pudiendo resistir el calor. En sustitucion de los *seters* han adoptado muchos á los finos y desenvueltos *pointers*, de esos blancos manchados que tan de moda están ahora en muchas partes, y que á la belleza de sus formas reúnen excelentes vientos, y una muestra muy firme y bonita, aunque adolecen tambien algo del atolondramiento y desobediencia de los primeros. Los verdaderos perdigueros españoles gozan de bastante aceptación por sus buenas cualidades; pero aunque duros y aplicados en el trabajo, son algo pesados en la faena, requieren largo y penoso aprendizaje y se envejecen muy pronto. Todo lo cual dejaba un vacío en el deseo de los cazadores escrupulosos, hasta que hace ocho años, debido á una casualidad, se vino á las manos la casta sin rival de *pointers* especiales que poseía en Gibraltar el conocido y acreditado comerciante Sr. Ferret. Estos inteligentes y hermosos animales son, por lo general, de formas más robustas que el *pointer* ordinario; tienen el pelo corto y fino; la pinta primitiva es negra azabache, aunque suelen salir muchos blancos manchados del color anterior, y algunos con lunares achocolatados. A su docilidad extremada, á su tenacidad y ley en el trabajo, que lo dan siempre con mucho pulso é intencion, agregan tan admirables vientos, que á un cachorro de mis hermanos le hemos visto parar en firme las codornices durante las horas de más calor, á cerca de cuarenta pasos de distancia, y tan duros, que se llevan cazando un mes seguido sin entregarse; y como al mismo tiempo que muy fogosos son muy dóciles, á poco que se les contenga cruzan de tal modo y con tal arte, que barren materialmente de caza el terreno por donde se les lleva. Casi todos los verdaderos aficionados de Tarifa se han hecho de tan utilísima casta, que tratamos todos de conservar como un precioso tesoro.

Ya que de los aficionados tarifeños hablo, séame lícito rendir un tributo de admiración á las verdaderas notabilidades que allí existen, tan justamente dignas de alabanza.

Tales son los Sres. Nufiez, Sotomayor, Urech, Bernard, Martinez, Lozano, Manso y el venerable y entendido decano del arte Sr. Mariño. Entre los corsarios, Reiné, Herrera, Serrano, Acuña, Savariego y el tan célebre por sus famosas matanzas de jabalíes, Dámaso García. Pero al lado del mérito de tan diestros cazadores, he de sacar tambien á relucir el defecto imperdonable de que adolecen. En un clima tan sumamente privilegiado, donde al abrigo de aquellos feraces montes la caza de todas clases se propaga con una facilidad pasmosa, no sólo se desatienden en absoluto las prácticas de la veda, sino que parece que en la época más crítica todos se conciertan para poner en juego los medios más reprobados de destruccion y exterminio. La caza mayor se diezma en la primavera con batidas y ojeos; los conejos son cazados con huron lo mismo en Abril que en Mayo y

Junio, y los bandos de perdigones son apurados con redes en los aguaderos obligados de aquel seco terreno. He visto á un ganadero entretenido en matar á tiros los pollos de perdiz, cuando aún no eran del tamaño de totovías. Este año pasado traté de animar á mis amigos contra tan incomprendible é incalculable mal, pero no faltó quien saliese á la defensa del actual sistema. Sigán, pues, en su lastimoso proceder, y mientras en este poco fecundo suelo nos asociamos abriendo centros de donde parten acuerdos y determinaciones útiles para conseguir el aumento progresivo de la caza en donde apenas quedaba señal, ellos experimentarán bien pronto las funestas consecuencias de su excepcional apatía.

ADOLFO DERQUI Y CAMPOS.

Loja, Abril de 1877.



CABALLO IL BARBIERE, VENCEDOR EN CÁDIZ Y SEVILLA, PROPIEDAD DEL SR. D. E. DAVIES, Y DE LA GANADERÍA DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DEL SALTILLO.

Entre los caballos que más se señalan en las carreras de España, resalta *Barbiere*, de la casta del señor Marqués del Saltillo, y que, despues de ganar varios premios, acaba de vencer en Sevilla á los caballos pura sangre, nacidos en Inglaterra, aunque llevando, naturalmente, alguna ventaja de peso.

El *Barbiere* tiene cuatro años; ha corrido ya en 21 carreras, de las cuales ha ganado 14, proporcionándole á sus propietarios ventajas considerables, dada la importancia de los premios á que en España se puede optar. Este caballo pertenece al Sr. R. H. Davies y al Marqués del Saltillo, el cual, al vendérselo al Sr. Davies, lo apreció en 20.000 rs., tomando de Davies 10.000 rs. en efectivo, y entregándole el caballo para que dispusiese de él con absoluta y completa libertad, teniendo el Marqués opción á la cuarta parte de los premios en metálico que el caballo ganase. Por esta participacion le correspondió al Sr. Marqués, durante la temporada del año pasado, 28 ó 29.000 rs., y en lo que va del año presente, que ahora comienza, deben corresponderle ya 13 ó 14.000; es decir, que este caballo, cuando apenas ha cumplido los cuatro años, le ha producido á la persona que lo ha criado cuarenta y tantos mil reales, conservando aún una parte en su propiedad y productos. Al Sr. Davies le ha producido tres tantos más, y los premios en alhajas que ha ganado, de los cuales nada le corresponde al señor Marqués del Saltillo, salvo todos los gastos al caballo anexos, que paga el Sr. Davies.

El *Barbiere* es un caballo bayo de gran brío y cualidad; de las 21 carreras en que ha tomado parte, ha ganado 14 y sido *calificado* en las 7 restantes. Su padre es Eau-de-Vie, hijo de Zuy-der-Zee y de Barley-Bree; su madre, Caravaca, hija de Ali y de una yegua española de media sangre; Ali fué hijo del famoso Nedji-Arab Hamdani-Blanc, que fué presentado á Luis Felipe por Mchemet-Ali.

## LILAS Y FRESAS.

De la Casa de Campo.... lilas! — De Aranjuez frées.... sa!

Alegres precursores de la estacion en que la naturaleza entera desahoga su superabundancia de vida en infinitas expansiones, oyense desde principios de Abril esos gritos expresivos, tan genuinos de los vendedores ambulantes por las calles de Madrid. Son las voces de alerta que despiertan al vecino de la villa del oso del aletargamiento en que un invierno de seis meses le suele tener sumido; es el grito de las avanzadas estivales representadas por las mil primicias del jardín, de la huerta y el vergel, que esperan ansiosos el gastrónomo y el botánico ó el simple aficionado.

Es una de las más agradables de esas primicias, y muy dignamente representa á los reinos de Flora en la alborada del año y de la naturaleza, esa flor en cuyos matices y perfume parece haberse reunido todas las delicadezas. Las lilas consagran oficialmente la inauguracion de la temporada de las flores. No hay, no puede haber, ni se concibe jardín desprovisto de lilas; ostenta este arbusto sus tirsos floridos en el mes más bello del año, y recordando al erudito uno de los genios que ilustraron el reinado de Carlos V, es en todas partes el emblema de la juventud.

El arbusto LILA (*syringa*), originario de Oriente, donde se le llamaba indistintamente LILLACH, LILAC ó BAN, fué traído al centro de Europa, y á Bélgica en primer término, en 1562, por Auger de Busbecq, de Comines, en Flándes,

nombrado embajador de Fernando I ante la Sublime Puerta, en 1555. Busbecq, á quien debe tambien Europa los tulipanes, trajo á su regreso un arbusto entero, mientras Cortusus enviaba algunos años despues á Matthiöle, otro célebre botánico, de Sienna, en Italia, ramas y frutos del mismo arbusto, procedente de Africa. Todas las lilas conocidas hoy en Europa descienden, pues, de la planta traída de los bosqueillos de Constantinopla por Busbecq, cuyos escritos sobre Oriente aún hoy día gozan de gran crédito.

Hemos dicho, ó más bien recordado, que la lila es el emblema de la juventud. Así consta en la mitología griega, cuyos anales refieren de este modo el nacimiento de esta flor:

«La jóven y locuela Hebe, encargada de escanciar á los dioses el néctar en sus festines, tropezó y cayó un día, en ocasion de desempeñar sus funciones, causándole tal confusion su desventura, que, no osando volver á la presencia de la olímpica asamblea, abandonó secretamente el Empíreo y huyó á ocultar su vergüenza en un bosquecillo del monte Lyceo. Una banda de silvanos que vagaba por aquellas espesuras, viéndola, cercóla luego. Hebe, encendido el rostro por el miedo y el pudor, levantó al cielo los ojos implorando en el duro trance el auxilio de su madre Juno, quien, acorriéndola, le envió una nube que la arrebatase, quedando en lugar de la gentil escanciadora un magnifico lila cubierto de floridos y olorosos tirsos. Los silvanos, testigos del prodigio, danzaron en redor, y cogiendo los ramos de lila adornáronse la cabeza. Desde entonces quedó consagrado á Hebe el arbusto, y como era ella la diosa de la juventud, fueron desde entonces su emblema el arbusto y sus flores.»

Los botánicos del siglo pasado, y aún algunos más modernos, creyeron originaria de Persia la lila, admirándose, por esto, de que pudiese soportar los rigores de ciertos climas de Europa, pero con el tiempo se averiguó que era su patria todo Oriente, y hace pocos años se demostró que se da espontánea y vive perfectamente hasta en toda la Transilvania. En 1785 se conocian, segun afirma el célebre botánico Miller, tres variedades de la lila ó *Syringa vulgaris* de Linneo: una de flores blancas, otra de flores azules y otra de flores purpúreas; á ésta, la más hermosa, se la llamaba LILA DE ESCOCIA por haberse consignado por primera vez en el catálogo del jardín de Edimburgo. Esta especie reúne á la cualidad de ser la más bella, la de ser la más rústica; esto es, la más fuerte y resistente y de colores más fijos, pues la de flores azules es de color muy fugaz.

La lila propiamente llamada de Persia, el *Syringa persica* de Linneo, que no llegó á Europa hasta 1640, produjo, segun afirma Duchartre, por su copulacion híbrida con el *Syringa vulgaris*, la planta que se conoce en los jardines con el nombre de *Lila Varin*, y es ese arbusto grande, pero de hoja pequeña, tirsos largos y delgados y florecillas delicadas que en el Retiro abunda al lado de la especie vulgar.

Hace algunos años presentábanse en el mundo horticola cuatro nuevas variedades; tres de ellas debidas á la inteligencia perseverante y á los curiosos y artísticos cuidados de Mr. Brazy-Ekenholm, propietario, aficionado horticola de Herstal, cerca de Lieja. La ilustrada publicacion *La Belgique Horticole*, de la que tomamos estos detalles, era la encargada de la presentacion oficial.

La primera de esas nuevas variedades, denominada CROIX DE BRAHY, se obtuvo por el cruzamiento del *Charles X* y el *Lilas Noisette*. Su tirso es en extremo delicado, espeso y ancho en la base; el fondo del matiz de las flores es un



rosa claro y fino con una tinta ligeramente azulada en la extremidad de las divisiones, y el reborde de éstas con un pequeño ribete púrpureo.

La segunda, el lila EKENHOLM, se dedicó á Mad. Brahy. Su tirso es ancho, alto, espeso y suele tener en su base otros cinco tirsoes suplementarios, lo que da una inflorescencia de tal riqueza y magnificencia, que un solo extremo de rama es por sí solo un ramo completo. Las flores crecen apretadas en este tirso sin deformarse, y son de un color azulado que brilla con matiz rosado á la manera del tornasolado de ciertos tejidos de seda. Su perfume, en fin, es de una suavidad extraordinaria, y todo este conjunto de perfecciones hace de esta hermosa planta una de las más notables de su especie.

La tercera variedad, debida á M. Brahy, denominóse CHARLEMAGNE, y ostenta grandes tirsoes achatados, de flores grandes, pero espesas y de color de rosa alilado. Es vistosa, pero menos delicada que las otras dos. La ocasión de haberle designado con el nombre del gran Emperador, procede de haberse producido esta variedad en un jardín próximo al sitio donde, según tradición, hizo establecer Carlomagno sus caballerizas.

Por fin, la cuarta variedad, una de las más notables del mundo botánico, es la lila de FLORES AZULES DOBLES. Nuestros lectores no olvidarán, en primer lugar, que el azul es color muy raro, tanto en la Flora como en la Mineralogía preciosa. Además, hasta 1843, cerca de tres siglos después de la introducción de la especie en Europa, no se conocía ninguna variedad de flores dobles, y en Lieja se produjo la primera de que se hace mención en los fastos hortícolas. Esta cuarta especie es muy rara aún. El tirso es más pequeño y delgado que el de la especie vulgar, y el arbusto es grande, espeso y da mucha flor. La cualidad más notable es, como hemos indicado, el hermoso color azul de cielo y la condición de duplicidad de las flores.

Añadiremos, por último, que en los invernaderos se puede *farzar* el cultivo de esta deliciosa flor y obtener hermosos ramos de lilas desde mediados de Diciembre en adelante. Pero la exposición del sistema empleado para conseguirlo por M. Chardon-Regnier, notable horticultor belga, nos obligaría á extendernos demasiado.

Al reunir los anteriores datos exponiéndonos á que se nos tache de indigesta erudición, sólo nos hemos propuesto dar una idea de lo que es en los dominios civilizados de la horticultura ese hermoso emblema de la juventud, considerado entre nosotros por flor vulgar y de ningún valor. Los establecimientos públicos de Horticultura que conocemos en España no le consideran de otro modo, á juzgar por sus catálogos, que sólo consignan una especie, la vulgar; pero tanto las notables variedades que hemos indicado, como otras muchas que existen, no son de difícil adquisición fuera de Madrid.

#### LA FRESA.

Si la lila es el emblema de la juventud, la fresa debiera serlo de la belleza humana en todo su apogeo.

Gráfica expresión de la época más bella del año, ella representa la estación de los amores en su grato aspecto, en su delicado perfume, en su exquisito sabor y... en su efímera existencia. Ella es una síntesis más de la solicitada prodigalidad que la naturaleza despliega para con el hombre, pues así como en todos sus reinos le ha dotado con un producto único, especial, en el que, á juicio del gusto de cada uno, se reconcentra todo lo mejor y más delicado de sus dones, la fresa, parecida á la trufa en muchos puntos, es la violeta de los frutos. Así esconde á medias con falsa modestia y estudiado recato su encendido matiz, su penetrante aroma, su graciosa forma, bajo las hojas de oscuro verde, sobre las que destacan como granos de plata blancas florecillas de la humilde planta que la produce. Y decimos con falsa modestia, porque esta cualidad, legítima y sincera, no puede convenir á quien ostenta el color que han asignado los hombres á las magnificencias de todas las supremas superioridades jerárquicas. La púrpura no puede ser modesta, y aún menos salpicada de átomos de oro, como algunas variedades de este fruto la ofrecen. No puede ser modesto el producto que no sólo llama de lejos con su brillo y su esencia, sino que se resiste á la conservación y exige al que quiere gustarlo en el apogeo de su desarrollo y madurez, que vaya á recrearse en sus atractivos al pie de la planta misma.

¡Ah, que hay alguna distancia y no poca diferencia de ver á esta preciosa rosácea oprimida y estrujada en los aplastados canastillos ó excusabarajas, en que, como arenas en estiva se trasporta por las calles de la corte conducida por robusto moceón, tipo acabado y castizo del moderno chulo de Lavapiés, ó esperando agostada bajo los primeros ardores del sol canicular, en los soportales de Santa Cruz, guardada por una de esas esbeltas y graciosas hijas de Madrid, tan apetitosas é incitantes como el fruto que expende, á verla fresca, rubicunda y erguida sobre su tallo, en toda la plenitud de sus formas, en toda la vivacidad de sus colores y perfume; á buscarla con afán removiéndola y flores de las plantas formadas en correcta y apretada fila, ayudado en la campestre exploración por las blancas y tersas manos de alguna no desdeñosa Galatea! Si agradable y lleno de atractivos es el modesto festín que en esta época se celebra á todas horas en el *Huerto del Santísimo* y otros de las márgenes del Tura, y que se conocen con el nombre de fresadas, no lo son menos las excursiones á los bosques y montañas asturianas, á los fresales de Valencia ó á los de aquellos campos risueños de que dijo Lupericio de Argensola:

La hermosura y la paz de estas riberas  
Las hace parecer á las que han sido  
En ver pecar al hombre las primeras.

¡Qué gozo cuando en un caluroso día de estío se percibe de pronto el penetrante aroma con que se delata el codiciado fruto! *Solatium botanici* dicen que exclamaba Linneo dirigiendo este lisonjero apóstrofe á la *fragaria vesca*, cuando rendido por las fatigas de la herborización, y bañado en su-

dor descubría algunas fresas que refrescaban sus abrasados labios. En medio del bosque, en las accidentadas laderas, en las sombrías enramadas, la fresa parece acrecentar su valor en la medida de su escasez y de las dificultades que presenta el encontrarla y conseguirla.

No tan accidentada ni primitiva; más refinada y más tranquila es la fiesta que en los mencionados huertos valencianos se celebra en honor de la fresa. Allí, bajo los floridos cenadores tapizados de madreselva y rosas, embalsamado el ambiente por los más delicados perfumes, se sirve sobre una modesta mesa cubierta con blanquísimo mantel, acompañada de las sabrosas empanadas recién salidas del horno, del rico salchichón y el soberano Jerez, y por mano de graciosa y apuesta doncella casi morisca, el rico fruto que recién cogido y rebosando jugo se amontona en alabastrina fuente.

Una atmósfera tranquila y apacible, ni alterada por inoportunas y tardías ráfagas del ábrego, en aquel clima desconocido, ni abrasada todavía por prematuros furores de Febo, predispone el ánimo á saborear los goces serenos de aquellos banquetes dignos de las églogas virgilianas, y que, ya en las primeras horas de la mañana, ya en las postreras de la tarde, reúnen con frecuencia á los hijos del Tura.

En Madrid es la fresa lo que otras muchas cosas: una forma más bajo la que, á los ojos del hombre pensador, se presenta la naturaleza viciada y alterada por la trasplatación; es otro efecto de la sustracción de las cosas de su elemento natural. La fresa en Madrid, como en la mayor parte de los grandes centros, no conserva más que algunas de sus cualidades intrínsecas, como sucede con tantas instituciones sociales, con tantos sistemas políticos que no pueden obrar, desarrollarse, ni producir sus naturales resultados más que en su centro propio y genuino.

Hijo de los campos este fruto, en ellos tan sólo puede demostrar los beneficiosos efectos de la libertad y de la independencia. Arrancado del medio en que nace y crece, y trasportado lejos de él, se agosta y marchita, y pierde en breve espacio su perfume y su sabor.

Sin embargo, la planta de la fresa se encuentra tan generalizada en Europa, que puede considerársela como originaria de esta parte del globo. Hay motivos para creer que procede en primer término de la vertiente meridional de los Alpes, y que se propagó á otros países accidentalmente como tantas otras especies, llevada su semilla en alas del viento ó en el rápido curso de los torrentes. En apoyo de esta opinión existe la observación de que en ninguna parte es más fecundo el frenal, que en ningún país da, silvestre, más sabroso y perfumado fruto, que en los valles que descienden hacia las inmensas llanuras del Piamonte, aqueñe el Po, donde se pueden recorrer leguas enteras de terreno cubierto por esa deliciosa planta, cuyo fruto refresca las fauces desecadas del viajero en los primeros días del estío.

Conócese también el frenal en América, en el Norte de Asia y en África, en las costas próximas á España. Pertenecen á la familia de las rosáceas, y si no fuera porque la naturaleza de este artículo y los conocimientos que suponemos en nuestros lectores lo excusan, describiríamos técnicamente la forma y propiedades de la planta, entre las cuales es la principal, la que más nos interesa y la de que únicamente nos interesa ocuparnos, la de producir la fresa.

El frenal, planta humilde y rastrera, no crece más que algunos centímetros y vive entre el césped, en medio de las violetas, del perpol y del tomillo, en las colinas leñosas, en los bosques y montañas, en el estado natural. Es acaso una de las pocas, si no la única, planta que no ha ganado nada, en realidad, con ser cultivada por la mano del hombre, muestra evidente de su amor á la libertad é independencia que ofrece en comarcas como la asturiana, donde encanta la vista y el paladar con su tamaño y sabor verdaderamente excepcionales. La fresa huye del sol, prefiere el amparo de los grandes árboles, las enramadas sombrías y los países nebulosos; le es provechoso el terreno arenisco, la tierra fresca y movediza; pues la excesiva humedad le perjudica en extremo y pudre las raíces de la planta. Florece en Febrero y Marzo y empieza á dar fruto en los primeros días de Abril, en circunstancias normales y en clima templado. No es raro, sin embargo, verla aparecer en otoño, al mismo tiempo que los llamados *fresones*, en climas crudos como el del Escorial, fenómeno que atribuyen los botánicos á la dificultad que la planta ha podido encontrar en florecer en la primavera.

La fresa silvestre es la misma en todas partes, sea cual fuere el clima; y las numerosas variedades de este fruto no deben atribuirse sino al cultivo que las ha multiplicado de una manera asombrosa. Ciento seis variedades registra una lista descriptiva de todas las observadas por Mr. Williams James Nicholson, uno de los cultivadores más ilustres de Inglaterra, publicada en 1859 por *The Garden's Chronicle*. Aun se conocen muchas más. Pero cualesquiera que sean los perfeccionamientos que el horticultor haya alcanzado en el cultivo de la *fragaria vesca*, es unánime la opinión de que ésta, el *frenal silvestre*, conserva cualidades inapreciables, que á pesar de haber dotado á la horticultura con tantas especies y variedades, continúa conservando sobre todas ellas una superioridad indiscutible por la exquisita delicadeza y el aroma de sus frutos. Hé aquí en qué términos se expresa sobre este punto uno de los horticultores belgas más distinguidos, director de la magnífica revista *Le Jardin fruitier du Museum*:

«La perfección del sabor del frenal silvestre parece aumentar con la elevación del lugar, ya sea en las montañas, ya avanzando hacia el polo. He observado que los fresales procedentes de regiones muy elevadas ó de las más septentrionales de Noruega, conservan aún durante algunos años, en nuestros jardines, un perfume más vivo y más fino que el del frenal de nuestros bosques.

»Durante muchos siglos se ha ido á buscar á éstos la planta que se cultivaba en los jardines, y aún ahora, que ha sido reemplazado por variedades más productivas, continúa proveyendo casi exclusivamente á las poblaciones rurales y hasta las ciudades de algunas provincias encuentran en él un aumento de producción. En la América del Sud, donde es también indígena nuestra *fragaria vesca*, provee

los mercados de Quito, Santa Fe, Bogotá, etc. En la América del Norte se le encuentra en los alrededores de San Luis del Missouri, en Boston, en todo el Canadá. Existe también en muchas regiones de Asia, y nuestros misioneros le han encontrado en gran abundancia en las altas montañas del Thibet.

En Asturias se da con extraordinaria fecundidad este sabrosísimo fruto y justifica plenamente las apreciaciones que anteceden. Nosotros, que hemos podido comparar la *fragaria vesca*, cultivada con esmero en uno de los valles más privilegiados de la provincia de Valencia, gustándola recién cogida, con la misma especie silvestre, de Asturias, no vacilamos, á fuer de imparciales, en dar toda la preferencia al producto de los montes asturianos, cuyo sabor y tamaño son excepcionales, siendo sus dimensiones mayores que las de lo que aquí se conoce por *fresón*, y por lo general de centímetro y medio de diámetro. Para concluir, y antes de entrar á ocuparnos de las especies y variedades debidas al cultivo, harémos presente la circunstancia notable de encontrarse también en Asturias la variedad, ó más bien especie, de la *fragaria vesca albina*, la *fresa blanca silvestre*, que no sólo no es muy común, sino que comúnmente la hemos visto reputada por muchos botánicos como producto del cultivo.

Escorial, 6 de Abril.

F. B. NAVARRO.



Decididamente somos el pueblo más exagerado, por temperamento y carácter, de cuantos existen en el continente europeo.

Mientras un público numeroso asiste á las corridas de toros, sin que mitigue su afición á estas fiestas, ni las malas cualidades de los toros que en ellas se lidian, ni las deplorables condiciones de los diestros, ni el subido precio de las localidades, sus enemigos las combaten por tan exagerada manera, que casi inclinan en su favor los ánimos imparciales.

Extrañar el número de personas que han ido á enterarse del estado de salud del espada Frascuelo el día después de haber sufrido una cogida, ante ocho ó diez mil expectadores á quienes con su agilidad y valor divertía, nos parece injusto. Si sabemos, por referencia, una desgracia cualquiera, es común lamentarla en el fondo del espíritu; pero si uno la presencia, crece la impresión de tal manera, que es condición propia de la naturaleza humana, y por cierto que la enaltece, desear enterarse de su extensión y consecuencias. ¿Qué cosa más natural que de ocho ó diez mil individuos testigos de la catástrofe, quinientos ó mil tuvieran el humanitario interés de saber si por desgracia eran mortales sus resultados?

No es cierto que haya habido hijos de Grandes de España, ni presuntos senadores por derecho propio, que se hayan ofrecido á llevar en hombros al espada herido. Y es presentar nuestro carácter con exageración manifiesta á los ojos de propios y extraños, hacerse eco de hechos que no han sucedido y de demostraciones en que nadie ha pensado.

Hemos dicho en el primer número de nuestra publicación que no éramos defensores de las corridas de toros; que nos sería grato ver desaparecer de nuestras costumbres este espectáculo, y después añadimos ahora que nos parece mentira la afición que la mayoría de los españoles conserva, ante la evidente decadencia á que ha llegado eso que se llama aún *arte de la tauromaquia*. Pero no nos presentemos nosotros mismos, ante Europa, como un pueblo que sólo por toros y toreros tiene entusiasmo, mirando con indiferencia la vida y la muerte de nuestras notabilidades artísticas y literarias, de nuestros más preclaros varones en letras y armas.

No sería justo semejante juicio: estamos dotados de un carácter verdaderamente meridional, y somos de tal modo impresionables, que si por algo pecamos es por exceso de entusiasmo nacional y de propias alabanzas. No hay función de teatro que, al juzgarla por las reseñas de la prensa diaria, no resulte fruto de un sublime ingenio. Si la vigésima parte de los elogios que aparecen de diario en letras de molde fuesen merecidos, los tiempos de Calderón, de Lope, de Tirso y de Moreto hubieran sido de inconcebible decadencia ante el extraordinario mérito de nuestros actuales dramáticos. No hay cómico, ni cantante, ni bailarín, ni acróbata, ni titiritero español, indigno, el día después de su *debut*, de que las trompetas de la fama difundan por el ámbito de la patria la relación de sus méritos relevantes. En esto, que pudiéramos llamar asombros artísticos, la música alcanza privilegios extraordinarios: todo compositor de zarzuela emula, si no aventaja, á Rossini, á Bellini, á Donizetti y Meyerbeer. Este prurito de aplaudir, cualidad distintiva de la época que atravesamos, oscurece el verdadero mérito, enflaquece y debilita las naturalezas distinguidas, y borra de nuestra fisonomía social la sobriedad de su carácter tradicional é histórico.

Pero nos hemos apartado insensiblemente de los toros, objeto único de este mal perjeñado artículo. Volviendo, pues, al asunto sobre el que nos hemos propuesto hacer ligeras observaciones, afirmamos que los toros morirán exclusivamente á manos del progreso y de la civilización, inclinando las costumbres públicas por distintos derroteros de los por espacio de siglos, entre nosotros seguidos. Si el permiso de la autoridad, en cuya virtud EL CAMPO se publica, no le prohibiese toda reflexión política, expondríamos de buen grado los únicos medios que, á juicio nuestro, irían debilitando, hasta extirpar por completo esta afición á los toros y á otros espectáculos más bárbaros, afición natural, por otra parte, en el país que ha considerado en otros tiempos como día solemne aquel en que se encendían las hogueras inquisito-



riales; este país, en cuyos anales se consigna el patriótico entusiasmo que excitaba la frase de un rey dispuesto á llevar por su propia mano el haz que encendiese la hoguera en que debería morir su mismo hijo, si la herejía inficionara su alma: este país, en que hoy todavía muchos disculpan, y no pocos alaban, los bríos del sacerdote que abandona los altares y su misión de paz para lanzarse en armada lucha contra sus propios hermanos. Pero á pesar de los obstáculos que no puede menos de presentar la influencia de nuestro pasado, la civilización se abre camino y gana terreno entre nosotros. En las mismas provincias de Andalucía, cuna de la tauromaquia, ha disminuido considerablemente, entre las gentes del campo, la afición práctica á los toros. Apenas hay allí ya quien torease, por gusto, en las faenas ordinarias de la Ganadería y de la Agricultura. Al recorrer el verano último algunos pueblos del centro y del norte de España, el aniversario de cuyos patronos tradicionalmente celebran con corridas de novillos y de vacas, no dejó de llamar nuestra atención el que, ni por casualidad, aparecieran entre la numerosa muchedumbre allí congregada, media docena de taurómacos *dilettanti*, que le echaran la capa al toro, como no fuese á una legua de distancia. Pero en cambio en los intermedios bajaba el pueblo entero á la plaza á bailar *schotish*, *polkas* y *tanguitos* americanos al compás de una música cuyos armónicos ecos dejaban bastante que desear por cierto.

Los toros se van, y el empresario de Madrid se ha propuesto hacer causa común con sus sistemáticos adversarios, y la primera autoridad de la provincia le ayuda en tan humanitaria tarea, firmando carteles como el de las dos últimas tardes, por lo que resulta poderoso aliado de los que exageran las consecuencias bárbaras de las corridas de toros....

Pero materia es esta que merece capítulo aparte.

## CORRESPONDENCIAS.

Sr. Director de EL CAMPO.

Puerto de Santa María, Abril 1877.

Muy señor mío: He leído con satisfacción el remitido publicado en el núm. 8 del periódico que V. dirige, suscrito por un aficionado, referente á las conveniencias que ofrece al fomento de la recreativa industria de la caza la formación de ligas ó sociedades para evitar los abusos que tan arraigados están en nuestro país, ya que el Gobierno no toma mano activa sobre ello.

Efectivamente, dice con razón el *aficionado*, que si las leyes fueran más severas, y los contraventores sufrieran un castigo arreglado á su culpa, estaría por encima de todas las ligas ó sociedades; pero como esto no lo podemos conseguir, puesto que los aficionados no somos legisladores del país, forzoso es, para evitar esos males, apelar á un medio que sea eficaz, no pudiéndose hallar otro, como el de reuniones de individuos que profesan la industria ó afición, y ellos mismos prohibirse lo que consideren prudente, atendidas las especiales circunstancias de cada término municipal, é imponerse las penas consiguientes, lo cual daría por resultado que, convencidos de la gran ventaja que les reportaba, ninguno querría faltar á lo preceptuado, puesto que no puede darse mayor pena al cazador que la de salir al campo y no hallar caza; cuya pena habían de llevar consigo los pueblos que no quisieran asociarse á la idea, y bien pronto espero se convencerán de la veracidad de este aserto.

Quisiera poderme dirigir al *aficionado* y demostrarle palpablemente los beneficios que la Liga reporta, pero no puedo hacerlo más que por medio de la prensa, y para ello molesto la atención de V. y espero dé cabida en su periódico á estas mal coordinadas líneas.

Voy á concretarme á la Liga establecida en esta ciudad hace cuatro meses, y á la que, como buen aficionado, tengo la satisfacción de pertenecer.

La situación topográfica de nuestro término no permite albergue más que á la caza menor, la cual, si bien en otro tiempo fué abundante, en la actualidad es escasisima, debida, no sólo á los desmontados que se han hecho, sino á la incansable persecución ejercida por los muchos aficionados, y principalmente por la gente de campo. Plantado nuestro término en su mayor parte de viñedos, con caseríos no muy distantes, en los que habitan constantemente los individuos encargados del cuidado del predio, no bien observaban el retozadero de un conejo ó la huella de una perdiz, cuando, aprovechando una ocasión oportuna, y la mayor parte de las veces abandonando sus quehaceres, se dedicaban á la persecución de la pieza hasta conseguirla, lo cual aminoraba la caza considerablemente, puesto que no se le daba tregua para criar, en razón á que el acecho era continuo, sin respetar ni aun el tiempo de veda, en el cual contaban con medios más poderosos, tales como reclamos, pitos ú otras imitaciones del macho ó hembra de cualquier especie en estado de celo, que les proporcionaba la ocasión de matar la caza á mansalva; mas como quiera que esos mismos perseguidores se han convertido en fieles guardadores, y cada cual á porfía trata de fomentar y conservar la caza por su interés particular, y como bajo este clima la producción es asombrosa, actualmente se conocen las ventajas que reporta la Liga, pues se observan por todas partes multitud de gazapos que indican el aumento de caza, lo cual anima mucho á los aficionados, puesto que si en tan corto tiempo se notan tales ventajas, pasado alguno más se han de ver multiplicadas.

Esto demuestra evidentemente la conveniencia de que los aficionados se asocien y formen ligas de esta especie, y quiera Dios que así suceda para que se vean realizados los deseos de muchos que como yo piensan.

Dispense V., señor Director, la molestia que le cause impulsado sólo de mi buen deseo, y mande á su atento S. S.

OTRO AFICIONADO.

Sr. Director de EL CAMPO.

Valladolid, Abril 1877.

Muy señor mío: Acabo de leer las preguntas que se hacen en el periódico que dignamente dirige, en su núm. 9, y aunque creo ya le habrán contestado varias personas, por lo menos á algunas de ellas, no quiero dejar de hacerlo á una que puedo satisfacer.

El *coq de bruyere* ó pato agreste, es en efecto un ave que se cria bastante en España, en donde es muy conocida. Se encuentra en las montañas elevadas, derivación del Pirineo, como son las de Asturias y Leon. En el primer país se le conoce con el nombre de faisán. Es el *Tetrao urogallus* L. Como carne exquisita es bastante buscado, y aunque no muy común, puede decirse que por 14 rs. hay pueblos en que se pueden recoger algunos.

De V. atento S. S.

L. P. M.

Sevilla, 25 de Abril.

Sr. D. J. L. ALBAREDA.

Mi querido amigo: Terminó la célebre fiesta que desde tiempo inmemorial se adelantó á las modernas exposiciones internacionales, siendo un concurso, cuyo carácter tanto participa de éstas en todo, hasta en la afluencia de extranjeros. Terminó, y como todos los años, dejando en los ánimos de los que vamos contando muchos inviernos cierto desconsuelo. Casi diría que la *Feria* se va, si no fuera por invadir el terreno de los periodistas de profesión, y porque si bien es cierto que la feria pierde cada vez más de prisa aquel carácter que la igualaba á las tradicionales de Mairena y Villamartin, en cambio acuden á darle más extensión é importancia los adelantamientos de los tiempos, la facilidad de las comunicaciones y las múltiples y crecientes exigencias de la época.

La animación y riqueza en la parte que de exposición tiene nuestra feria, en las esbeltas y ligeras construcciones que constituyen esa, que con acierto ha calificado de *ciudad de los tres días* un periodista de la localidad, y en el número y calidad de las gentes que la han dado vida, ha correspondido á las esperanzas que el excelente estado de los campos y la ganadería han infundido en el país bético. Iluminación de gas en todo el *real* y en el interior de las tiendas, farolillos de colores entre la puerta de San Fernando y la de la Carne, tiendas lujosas por doquier. La destinada á S. M. la Reina, de lienzo blanco, con adornos de grana, rodeada por un bonito jardín inglés, florido con profusión, y lleno de plantas raras, coronándole el estandarte Real, y acompañándola en fila otras veinte tiendas más ocupadas por distinguidas familias.

También han sido de la muchas que han llamado la atención las tiendas levantadas por algunos cuerpos militares, y entre ellas la del regimiento infantería de Soria, grande y lujosa en extremo en su decorado interior. S. M. la Reina Madre y sus augustas hijas, y SS. AA. los Serenos. Infantes Duques de Montpensier con las suyas, han honrado frecuentemente con su presencia el *real* y algunas de las tiendas, habiendo además paseado á caballo entre un lucido acompañamiento las infantas, ostentando la graciosa chaquetilla andaluza y el esbeto sombrero calañés. La tienda del *Círculo de Labradores* fué una de las honradas con la visita de la augusta Real familia.

¿Necesito enumerar los espectáculos, visitas y fenómenos que conservan á la feria uno de sus rasgos tradicionales: las músicas militares, las populares y verdaderamente indígenas, bailes, bufonías y demás sitios donde las guitarras, panderetas, palillos, carrañacas, pitos, etc., alegran el espíritu? Pues si volvemos la vista de las casillas al arrecife central, ¿no nos creemos transportados á aquella avenida célebre de Longchamps, á la vuelta del paseo del *Bois de Boulogne*? Magníficos landós y carretelas, victorias y faetoneros tirados por soberbios caballos, circulan majestuosos escoltados por apuestos jinetes.

Pero la parte verdaderamente práctica y típica de la Feria está á espaldas de las casillas. En la feria de ganados. Allí se compran y venden caballos y yeguas, burros y cerdos. Allí los gitanos muestran su insondable ciencia; allí no se ven ya en los trajes sino sajones y chaquetas de *tesado*, zamarras de piel de carnero y sombreros de ala ancha; con ellos se mezclan los trajes estrambóticos á veces del extranjero curioso, del traficante y ganadero que recuerda en ellas antiguas costumbres andaluzas; el sombrero y la chaqueta, los calzones y botines de los andaluces que de la ciudad se refugiaron en el pueblo, de éste á la villa y la aldea, y ya hoy apenas si se ven sino en otras ocasiones, como ésta solemnes.

La concurrencia ha sido extraordinaria; la animación y alegría extremadas, y sin el menor desorden, y las transacciones importantes, habiéndose vendido muchos potros á 10.000 reales, borregos bastos á 53 y medio reales, novillos á 1.900 rs., y lechones agostizos, á 7 y 8 duros.

Llamaron la atención considerablemente los caballos de silla, de raza española, presentados en la feria por los señores Calero de Palma, de Rivera; Guerrero, de Jerez de la Frontera; Nuñez de Prado, de Arcos de la Frontera, y Torres, del Arahál; y como de tiro, Concha Sierra, de Sevilla; García Pérez, Viuda de Varela, Duque de San Lorenzo, de Jerez. Este último ha sido el que más pedía, y ha presentado cuatro tiros.

Voy ahora á ocuparme de la importante Exposición de ganados que anualmente se celebra por acuerdo que tomó el Ayuntamiento el año 1874, habiendo sido hasta ahora, á decir verdad, simples ensayos, como no puede menos de suceder con toda innovación. La de este año se ha establecido en el huerto de Mariana, propiedad del Municipio; sitio delicioso rodeado de extensos jardines, cerca de la ciudad, y muy bien preparado para el objeto.

Inauguróse el concurso con presencia de S. M. la Reina Madre y las Infantas, y con toda la solemnidad que esta circunstancia y la importancia del acto requería.

Los primeros departamentos estaban destinados á los

caballos sementales y de silla; luego se encontraban los potros; después los cercados para ovejas merinas blancas finas, las negras finas, borregos, potrancas, yeguas, vacas, bueyes, toros y ganado cabrio respectivamente. En la instalación de todo el ganado se ha visto un notable progreso sobre las exposiciones anteriores, presentándose este año, tanto el ganado domado como el cerrero, cómodamente en sus cuadras, sin sufrir las molestias que se originaban de no estar separados los machos y las hembras, y por la continua exposición al sol ó á la lluvia, y á los golpes y accidentes. Así también han podido los jurados desempeñar más fácil y dignamente su delicado cometido, teniendo á su disposición un paseo expreso para poder examinar el ganado en sus diferentes aspectos y movimientos, y hacer sus apreciaciones con mejor conocimiento del sujeto presentado. No puede decirse aún que la última exposición sea un modelo, pero se va caminando cada vez más de prisa hacia la perfección.

En la sección de sementales se presentaron los siguientes:

Uno llamado *Reinoso*, castaño, propiedad de D. Francisco Delgado, de Utrera, y de la casta de la señora doña Josefa Zuleta. Otro castaño, de la propiedad del Sr. D. Ignacio Vázquez y Rodríguez, y casta de la Casa Real. Otro castaño, de D. Rafael Clemente, y de la casta de D. Vicente Romero, de Jerez. Otro llamado *Abonado*, tordo, de D. Rafael Clemente, y casta de D. Vicente Romero. Otro llamado *Buen Mozo*, castaño, de la propiedad y casta de D. Vicente Romero. Otro llamado *Pavito*, tordo, de la propiedad y casta del Excmo. Sr. D. Ildefonso Nuñez de Prado. Otro llamado *Solitario*, tordo, de D. Miguel Riboo, y de la casta de D. Vicente Romero. Otro llamado *Cardenillo*, tordo, de la propiedad y casta de Doña Josefa Zuleta, de Utrera. Otro, raza inglesa, propiedad de D. José María de Ibarra.

En potros de tres y cuatro años se han presentado tres lotes del Excmo. Sr. D. Ildefonso Nuñez de Prado, de Arcos de la Frontera, de raza española. Un lote de cuatro potros del Excmo. Sr. Marqués del Saltillo, cruzados. Cuatro potros de silla, de raza española, del Sr. D. Pedro Manjon; y otro lote de cuatro potros cruzados del mismo que el anterior, ambos de su casta. Dos lotes de potros de don José Calero Hermano, de Jerez, de raza española. Un lote de cuatro potros, de D. Ignacio Vázquez, y de su casta, de raza española. Otro lote de potros, de D. Antonio Miura, de raza española. Un lote de dos potros, de D. Francisco García Pérez, de Jerez, de raza española, y con destino al tiro. Otro lote de cuatro potros, de dicho señor, destinados á silla. Un lote de dos potros, de D. Manuel Romero Valdivares, y de raza cruzada.

Las yeguas apenas han estado representadas, pues sólo se han expuesto: dos lotes cada uno con cuatro de ellas, siendo de raza española, y de los Sres. Guerrero, de Jerez; y un lote también de cuatro, de raza española, de D. Ignacio Vázquez; y otro de raza cruzada, del mismo señor. Un lote de cuatro yeguas, cruzadas, del Excmo. señor Marqués del Saltillo; y otro de cuatro potrancas, del mismo señor.

En la adjudicación del primer premio al mejor caballo semental se vió el Jurado imposibilitado de decidir en absoluto, porque después de examinar las circunstancias que reunían los presentados por el Excmo. Sr. D. Ildefonso N. de Prado, D. Miguel Riboo y el Sr. Romero Galvez, no pudiendo designar el que reunía mayores ventajas, determinaron que la suerte lo decidiese, saliendo agraciado el del Sr. Romero Galvez.

Puesto después á votación el segundo premio de sementa, por unanimidad fué adjudicado al caballo *Pavito*, del Excmo. Sr. D. Ildefonso N. de Prado.

El premio de sementa extranjero lo obtuvo el caballo de pura sangre inglesa llamado *Whinyard*, de la propiedad del Sr. D. José María de Ibarra.

El premio de potros de silla fué adjudicado al magnífico lote de cinco potros del Excmo. Sr. D. Ildefonso N. de Prado, por su mayor número, igualdad, firmeza y demás circunstancias que reunían.

El premio de los caballos cruzados fué adjudicado al lote de cuatro que presentó el Excmo. señor Marqués del Saltillo, los que á su tipo distinguido, manifestando su acertado cruzamiento, reunían muy buenas formas, proporciones y un distintivo particular que los caracterizaba.

El premio de los potros de tiro fué adjudicado á los que presentó el Sr. D. Antonio Miura, por el número é igualdad; haciéndose mencion especial de los dos que presentó el Sr. D. Francisco García Pérez.

El premio de las yeguas españolas se adjudicó á las que presentó el Sr. D. Ignacio Vázquez.

El de las cruzadas lo obtuvieron los lotes que presentó el Excmo. Sr. Marqués del Saltillo, que correspondían en un todo al mismo distintivo que los potros.

De los datos reunidos por el Municipio sevillano, resulta que en el primer día de feria entraron en ella: 7.469 cabezas de ganado caballar; 1.974 de mular; 1.279 de asnal, 3.258 de vacuno; 7.235 de cerda; 23.372 de lanar, y 2.595 de cabrio. Total general: 47.182 cabezas.

El segundo día de feria se redujeron esas cifras en una tercera parte próximamente, y el tercero en más de dos tercios, suponiéndose motivada la diferencia por las ventas realizadas, lo que ha de ser así, y unido al que arroja de sí la exposición, ofrece magníficos resultados y grandes esperanzas para la ganadería española en general y la de las provincias andaluzas en particular.

## NOTICIAS GENERALES.

El Jardín de Aclimatación de París ha establecido en Hyeres (Var) otro jardín sucursal de ocho hectáreas, en el cual, desde 1873, se experimenta el cultivo de especies y variedades vegetales propios de aquel privilegiado clima. En dicho Establecimiento existen ya 60 variedades de naranjos, 16 de olivos, 145 de vides, 33 de bambúes, 54 de eucalyptos, 45 de acacias, 18 de agraes y un gran número de árboles frutales, pudiendo dar en Provenza, en la



region del naranjo, excelentes frutas de mesa hoy desconocidas. Más de 60.000 plántulas están á la disposición de los propietarios y labradores, á precios económicos. El Jardín de Aclimatación de Hyeres está prestando á toda aquella fértil comarca y contribuye poderosamente al crecimiento de su riqueza.

El concurso general de *caballos de servicio* de la Sociedad Hipica francesa, que no debe confundirse con la del Jockey-Club, acabó de verificarse en París y ha tenido el más lisonjero éxito. Es justo reconocer que esta Sociedad entiende perfectamente la *mise en scène*, y no perdona sacrificio alguno para satisfacer al delicado y entendido gusto de sus favorecedores.

Se han presentado 469 caballos, repartidos en las clases siguientes: 23 padres; 270 de cuatro años y 176 de cinco á seis años. Procedían: pura sangre, 10; Normandía, 219; Oeste, 52; Mediodía, 56; Este, 2; Norte, 16; Sudeste, 8; varios, 6. La Normandía ocupa siempre el primer puesto en los concursos de París, que es su principal mercado.

Al recorrer las caballerizas del concurso hipico, y cuando se observa la marcha de los progresos que se evidencian cada año, no es posible desconocer la superioridad de los caballos franceses de tiro sobre los de silla. Los troncos bien asistidos son numerosos: *les allures tres régulières, leurs moyens sont puissants*. Por el contrario, la generalidad de los caballos de silla deja mucho que desear. La razón es sencilla: los primeros se buscan más y se pagan muy caros. La equitación está evidentemente en decadencia en la vecina nación francesa.

El famoso match de 25.000 francos, entre Payron Weston, de los Estados-Unidos, y O'Leary, irlandés, empezó á las doce y cinco minutos del domingo 8, y terminó en la tarde del sábado. O'Leary fué proclamado vencedor. Las distancias recorridas por los dos adversarios han sido las siguientes:

En las primeras veinticuatro horas, O'Leary había andado 113 millas. Weston, 116 y 812 yardas. A las cuarenta y ocho horas, O'Leary había andado 208 millas, y Weston 194 y 207 yardas. En total: O'Leary anduvo 520 millas en seis días, y Weston 510, empleando en ello ciento cuarenta y cuatro horas.

En vista de los servicios prestados por las palomas viajeras en el sitio de París, la Sociedad de Aclimatación, queriendo contribuir á la propagación de estas útiles aves, concederá anualmente medallas ó premios en dinero á las personas que establezcan palomares con palomas viajeras de buena raza. Estos palomares deben establecerse en las ciudades, y con preferencia en las plazas fuertes. Deberán tener, al menos, diez pares de adultos reproductores.

Los candidatos á las recompensas tendrán que justificar que las palomas han sido *entrañés*, y presentar detalles circunstanciados de las pruebas hechas por sus pájaros.

Ha muerto en París el Vizconde Daru, vicepresidente del Jockey-Club, y presidente del Comité de las carreras de caballos. Había creado el Salon de las Carreras, y era uno de los más distinguidos *sportsmens* de Francia.

En el Tiro de Pichones de Monaco, el Baron de Saint-Clair ha ganado el famoso premio de *Clôture*, matando 13, de 15, y ganando una copa y 4.445 francos.

El 2 de Abril abrió sus puertas el Palacio de la Industria, en el que se verifica el concurso de la Sociedad Hipica francesa. El número de animales presentados sube á 469; de ellos, 23 caballos enteros de tres años, 270 de cuatro años, y 176 de cinco y seis años.

#### REGATAS DE SEVILLA.

El 15 de Abril tuvieron lugar las cuartas regatas del Club Sevillano. A la bajada del puentecillo del hipódromo de Tablada se había levantado, sobre cinco gánguiles, una extensa plataforma con plateas, ocupada por la más distinguida concurrencia. S. M. la Reina y SS. AA. las Infantas llegaron en el cañonero *Nervion*, desembarcaron y ocuparon el sitio que les estaba destinado, así como SS. AA. los Duques de Montpensier y sus augustas hijas, para presenciar las regatas. El palco presidencial lo ocupaban las señoritas de Primo de Rivera, Wentuissen y la hija de los señores Duques de Tilly. La primera regata, en la que se concedía un premio del Club consistente en una rica alhaja, la disputaron los esquifes *Triunfo*, del Club de Cádiz, y *Macareno*, de Sevilla, ganando este último por un cuerpo de esquite. Componían su tripulación los Sres. Escandon, Kell, Macdonnell, Johnston y timonel Saenz. En la segunda corrieron los esquifes *España* y *Macareno*, de Cádiz y Sevilla respectivamente, ganando este último por más de cuatro cuerpos de esquite, cuya tripulación la componían los señores García, Guzmán, Atlalid, Boni y timonel Saenz. El premio de esta regata eran dos magníficos jarrones de bronce, regalo de S. A. R. la princesa de Asturias. La tercera disputaron el premio, que era regalo de S. M., los esquifes *Triunfo*, *Macareno* y *Guadalquivir*, ganándolo el primero, tripulado por los Sres. Garrich, Bonora, Marengo, Diez y timonel Mac-Pherson, del Club de Cádiz. La cuarta, premio de los señores Duques de Montpensier, lo ganó *Macareno*, tripulado por los Sres. García, Adalid, Boni y timonel Welton, en competencia con *España*, del Club de Cádiz. La quinta, premio de S. M. la Reina madre, corrieron los esquifes *Triana*, *Bétis* y *Chiripero*, llegando el primero *Triana*, tripulado por los Sres. Gonzalez, Escandon y timonel Saenz. La sexta y última, entre *Triunfo* y *Macareno*, ganando el primero, tripulado por los señores del Club de Cádiz, Garrich, Bonora, Marengo, Diez y timonel Mac-Pherson.

Cerca de las siete de la tarde terminaron las regatas, que han estado brillantísimas, contribuyendo al mejor éxito la agradable temperatura que se disfrutaba durante el curso de la fiesta. Los socios del Club obsequiaron á las señoras

con emparedados, refrescos y champagne en abundancia, amenizando el acto con sus acordes la banda de ingenieros. Grato recuerdo dejará esta fiesta entre los concurrentes, de lo agradable y animado del espectáculo y la galantería de los señores socios.

La Conferencia agrícola del domingo 22 de Abril estuvo á cargo del ingeniero D. Galo Lopez Benito. Demostró la necesidad de utilizar los terrenos de inferior calidad, por medio de plantaciones leñosas; extendióse en consideraciones sobre la materia, y demostró el profundo estudio que ha hecho de tan interesante asunto. La concurrencia no tan numerosa como otros domingos.

El 6 y 7 de Mayo tendrán lugar en el Hipódromo de Belem, en Lisboa, las Carreras de caballos de la primavera de 1877, bajo el siguiente Programa:

#### PRIMER DIA.

Premio del Jockey-Club, 150.000 reis (3.200 rs.) para caballos y yeguas peninsulares de cuatro años y más.

Gran premio nacional, 800.000 reis (17.000 rs.).—Para caballos enteros y yeguas nacionales de cuatro años.—Entrada, 9.000 reis.—Distancia, 1.300 metros.

Premio de S. M. el Rey D. Luis.—Para caballos y yeguas peninsulares de cuatro años y más.—Entrada, 22.500 reis.—Distancia, 2.000 metros.

Premio de los labradores.—Mitad del producto de la suscripción.—Para caballos y mulas que no hayan corrido.—Distancia, 1.300 metros.

Premio de los aficionados.—Producto de las suscripciones.—Para caballos y yeguas de pura sangre y *half-bred*.—Entrada, 22.500 reis.—Distancia, 2.500 metros.

Premio ofrecido por el Jockey-Club.—Para caballos y yeguas peninsulares, montadas por aficionados.—Entrada 2.250 reis.—Distancia, 1.300 metros.

#### SEGUNDO DIA.

Gran premio del Jockey-Club.—Handicap.—Un objeto de arte de valor de 500.000 reis (10.500 rs.).—Para caballos y yeguas peninsulares de cuatro años y más.—Entrada, 45.000 reis.—Distancia, 2.000 metros.

Premio de las señoras.—Para caballos y yeguas peninsulares de cuatro años y más.—Entrada, 9.000 reis.—Distancia, 1.300 metros.

Premio de los labradores.—Mitad del producto de la suscripción.—Para caballos y yeguas nacionales que no hayan corrido.—Distancia, 1.300 metros.

Premio ofrecido por el Jockey-Club.—Para caballos y yeguas peninsulares, montados por aficionados.—Entrada 2.250 reis.—Distancia, 1.300 metros.

Premio de Consolación, 100.000 reis (2.000 rs.).—Handicap.—Para caballos y yeguas peninsulares que no hayan ganado en los días 6 y 7 de Mayo.—Entrada 4.500 rs.—Distancia, 1.300 metros.

#### FLORICULTURA.

##### MAYO.

#### Segunda quincena.

En el jardín:

Empiezan á florecer: el *ajo azulado* y el *dorado* (de la familia de los lirios y azucenas). La *manzanilla romana* de flores dobles, el *calycantho florido*, la *valeriana encarnada* ó *amores mil* (Q. E.), la *flámula trepadora* (Clematis flammula L.) (Q. E.), el *dictamo real* ó *fresnillo*, el *carraspique morado* ó blanco ó *pinito de flor*, la *azucena*, la *campanilla tricolor* ó *D. Diego de día*, la *cardenala* (Lobelia cardinalis L.), las *crucetas de Jerusalem* ó de Malta, la *geringilla olorosa* (Q. E.), la *madreselva de color de grana* (Q. E.), el *jazmin real* (Q. E.) y *comun*, la *petunia violada* (Q. E.) rosas y sus variedades, *verbenas* híbridas.

El *Behen rojo* ó *colleja de Valencia* y la *Estaticea* de hojas anchas (Statice Limonium y Statice latifolia L.).

Deben trasplantarse al vivero de preparación:

La *gisofila apanojada*, los *copetes*, *clavelones* ó *flor de muerto* (en Cuba), *clavel de las Indias* ó *copetillo*.

Se plantarán en cuadros ó arriates:

El *agerato mejicano*, *Reina Margarita*, los *nicaraguas* ó *miramelindos*, la *hierba de la plata* (flocides cristallina L.), *boca de Dragon*, *clavellinas*, *persicaria de Levante*, *disciplina de monja* y el *rascamón*.

Se separarán esquejes ó vástagos de

El *cestillo de oro* (Alyssum saxatile L.) y la *corona imperial* (Q. E.) por división de la cebolla.

Plantar esquejes del

*Clavel Flon* y la *clavellina de pluma*.

OBSERVACIONES Y TRABAJOS.—El *cestillo de oro* hace excelente efecto en arriates ó marcos de cuadros alternando con el *carraspique* ó *cestillo de plata*. Despues de haber dado flor, debe procurarse la reproducción por separación de estacas. Le conviene terreno seco y abrigado.

El *dictamo real*, *chitan*, *fresnillo* ó *fresnadilla* ofrece la curiosa particularidad de despedir en el momento de la floración ó florescencia un aceite volátil que se inflama, cuando está muy seca la atmósfera, al contacto de una cerilla encendida.

Los claveles que han empezado á florecer ya en otras provincias no entran en plena floración en las del centro de España hasta esta quincena, y puede continuar hasta muy entrado el verano y aún en Setiembre. Debió sembrarse en Abril del año anterior. La siembra produce más plantas de flores sencillas que dobles; á medida que una mata florezca, se arranca si es de flores sencillas. Podrán multiplicarse por esqueje las variedades que parezcan ofrecer más mérito; pero con semilla se obtienen fácilmente tan bonitos claveles, que basta sembrar una poca todas las primaveras para obtener sin interrupción buenas matas.

Para conseguir buenas plantas de los *copetes* ó *clavelones* basta darles buena tierra, abono y agua.

En los tiestos:

Comienzan á florecer: la *fuchsia* y sus variedades (Q. E.) y la *hortensia*, entre otras muchas.

Debe sembrarse: la *campanula piramidal* (Q. E.) planta muy notable y poco cultivada.

Plantarse los esquejes de: la *coronilla glauca* (coletuy ó ruda inglesa), *vainilla*, (Q. E.), el *geráneo*, el *heliotropo del Perú* ó de olor de rosa, *carraspique*, *cestillo de plata*, el *aleli* de invierno; y plantar las matas de *petunia violada*.

OBSERVACIONES Y TRABAJOS.—Durante el mes de Junio y principios de Julio se procura la reproducción del *coletuy* ó *ruda inglesa* por medio de tiernos y pequeños brotes ó vástagos que se arrancan de los tallos fuertes. Plántense muchos en un tiesto lleno de mantillo; téngase á la sombra y riéguese un poco hasta que empiecen á brotar. Entonces se planta cada esqueje, en un tiesto de 14 centímetros, en tierra y mantillo mezclados.

El sol abrasa las flores de la *hortensia*, y algunas veces hasta las hojas; es preciso, pues, colocar los tiestos donde crezcan á la sombra, ó con poco sol, durante todo el verano. La *hortensia* no da flor sino en los tallos que tienen ya un año; conviene, pues, dejar que crezcan algunos vástagos del cuello mismo de la cepa. Cuando haya terminado la florescencia se cortarán al nivel del suelo los tallos que hayan florecido. No debe dejarse la mata más de un año en la misma tierra, y al replantarla debe esquilarse un poco.

El *heliotropo* del Perú es de difícil conservación en los climas frios durante el invierno. Importa plantar ahora esquejes, pues si no han arraigado antes de los primeros frios no darán buen resultado. Sean estos esquejes tiernos vástagos de 8 á 10 centímetros. Sepárense del tallo, quítense las hojas de abajo y plántense muchos juntos en mantillo, en un tiesto de 14 centímetros que se conservará á la sombra y en sitio abrigado hasta que los esquejes no se agosten al sol. Riego moderado y cuando se vea mustias las hojas.

#### TIRO DE PICHON DE MADRID.

18 de Abril de 1877.

A las tres de la tarde ha dado principio la tirada ordinaria correspondiente al día de hoy, en la cual se han verificado las cinco piñas siguientes:

1.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 4 tiradores; ganada por el señor Marqués de Camposagrado, que mató 2 pájaros de 3, á 26 metros.

2.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 5 tiradores; la ganó el Sr. Marqués de Ahumada, matando 3 pájaros de 3, á 26 metros.

3.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 5 tiradores; ganada por D. José Armero, matando 4 pájaros de 5, á 20 metros.

4.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 5 pichones, 5 tiradores; la ganó también el Sr. Armero, matando 3 pájaros de 4, á 20 metros.

5.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 4 tiradores; ganada por el Sr. Marqués de Ahumada, quien mató 5 pájaros de 5, á 26 metros.

Tomaron parte en estas piñas, además de los señores citados, el Sr. Duque de Alba y D. Rafael de Izmar.

La tirada terminó á las cinco de la tarde.

AVELINO.

#### TIRO DE PICHON DE LISBOA.

10 de Abril de 1877.

##### TIRADA ORDINARIA.

1.<sup>a</sup> *Piña*.—5 pichones: distancias, según los calibres; tiradores, 4. Ganada por el Sr. Conde de Alafra, con 5 pájaros muertos en 6, á 24 metros.

2.<sup>a</sup> *Piña*.—Pichones y distancias, los mismos: tiradores 6. La ganó el Rey, con 4, en 4, á 25 metros.

3.<sup>a</sup> *Piña*.—Pichones y distancias, los mismos: tiradores, 7. Ganada por el Sr. Conde de Ticalho, con 5 en 6, á 25 metros.

4.<sup>a</sup> *Piña*.—Pichones, distancias y tiradores, los mismos. Ganada por el Sr. Barreiros, con 11, en 12, á 25 metros. El Rey mató 10, en 12.

Tomaron parte en las diversas piñas más los Srmos. Infante D. Augusto, Conde de Villa Real y Duque de Loulé.

OLIVA.

17 de Abril de 1877.

##### TIRADA ORDINARIA.

1.<sup>a</sup> *Piña*.—Distancias, según los calibres; 3 pichones; 4 tiradores. La ganó el Sr. Osborne Sampayo, con 3 pájaros, en 3, á 25 metros.

2.<sup>a</sup> *Piña*.—Handicap; 3 pichones; 4 tiradores. Ganada por el Sr. Osborne Sampayo, á 27 metros.

3.<sup>a</sup> *Piña*.—Handicap; 5 pichones; 7 tiradores. Ganada por el Sr. Eduardo Barreiros, con 6, en 9, á 27 metros.

4.<sup>a</sup> *Piña*.—Como la anterior. La ganó el Sr. Infante don Augusto, con 4, en 5, á 24 metros.

Tomaron parte en las diversas piñas más el Rey, los señores Vizconde de Alossamedes, Augusto Pinto Basto, Conde de Villa Real y Conde de Alafra.

OLIVA.

#### TIRO DE PICHONES DE SEVILLA.

La primera competencia en el tiro entre las Sociedades de Madrid, Sevilla y Jerez tuvo lugar los días 23 y 24 últimos, ganándola los sevillanos por 9 pájaros sobre los jerezanos y por 17 sobre los señores de Madrid, siendo el héroe de la jornada el señor Marqués de Albentós, que mató 11 pájaros de 12.

Brillantísima, como no podía menos de ser, estuvo la reunión, y desde luego indicaron los señores de Sevilla que de ellos querían que fuese la victoria. Hasta la mediación de la lucha fueron, sin embargo, con muy corta dife-



rencia de los jerezanos, quedando éstos al concluir el 6.º turno con dos pájaros menos muertos, y los señores de Madrid (á quienes no podemos menos de congratular, pues es preciso tener en cuenta que han luchado por primera vez en esta clase de lides) con diez menos que los jerezanos, ó sean Madrid 22, Jerez 32 y Sevilla 34 de 60.

Por acuerdo de la mayoría de los contendientes se continuó la lucha el primer día hasta el noveno turno, contrario á lo anunciado en el Programa, como también hubo necesidad de suprimir el tiro de prueba por falta de pájaros. En los tres turnos siguientes continuaron los sevillanos sacando pájaros de diferencia á sus contrarios, quedando al terminar la lucha por el día, con cincuenta y cuatro pájaros buenos los sevillanos contra cuarenta y seis los jerezanos y treinta y siete los madrileños.

Azarosa y voluble la fortuna, proporcionó grandes desengaños á los especuladores de resultados en la rifa y subasta de las escopetas del día ántes (*Selling sweep*), cuya importancia ya es indiscutible, pues subió á la bonita cifra de 3.275 duros para el tiro de competencia, y á 1.898 duros para la del premio ofrecido por el Duque de Montpensier, que era la pieza de *resistance* en el Programa del segundo día.

En este se terminó la competencia empezada el día anterior, y á pesar del fuertísimo viento que hacía, circunstancia que auguraba bien para las escopetas jerezanas, éstas entraron en la lucha con marcada desgracia, pues lejos de ganar sobre sus contrarios, perdieron dos pájaros más con Sevilla y acortando también en el primer turno del día, ó sea el décimo, los madrileños la distancia que de los de Jerez los separaba, por tres.

Para concluir, sólo consiguieron los jerezanos reducir á nueve otra vez la diferencia en los dos últimos turnos, quedando al terminar el duodécimo, con 68 los señores de Sevilla, por 59 los de Jerez y 51 los de Madrid.

Siendo el siguiente el resultado total de la lucha:

SEVILLA.	
Marqués de Albenos (ganó).	11
T. Osborne.	9
J. Calvo.	8
J. Pereyra.	7
J. Abaurre.	7
C. de Villapineda.	6
M. Ussel.	6
J. de I. Goyena.	5
R. Calvo.	5
M. de Marchelina.	4
	68

JEREZ.	
M. Gonzalez.	10
C. Ivison.	8
G. Garvey.	7
F. Forrester.	7
P. Gonzalez.	5
W. Buck.	5
P. Garvey.	5
J. Dubosc.	4
C. Haurie.	2
H. Davies.	6
	59

MADRID.	
M. de Campo Sagrado.	9
M. de la Calzada.	7
C. de Gomar.	7
D. de Huescar.	6
T. Udaeta.	6
C. de Villanueva.	5
S. Morillo.	5
T. Soriano.	4
D. de Tamames.	3
Caston de Tamlilleureux.	0
	51

Terminada que fué la competencia, se empezó el tiro por la copa ó objeto de arte, regalo del Duque de Montpensier. Se inscribieron treinta y nueve tiradores, ganando el primer premio, ó sea el objeto de arte y el 30 por 100 de las entradas, el Sr. D. W. J. Rusk, por 6 de 7; el segundo, ó sea otro 30 por 100, el Sr. Conde de Castellana, por 5 de 7; y el tercer premio, ó sea el 20 por 100 el Sr. D. C. Ivison, por 7 de 10. Luchando este último señor con el Sr. Goyena, que mató 6 de 10. De los demás señores mataron, D. M. Calzada, 4 de 7. El Conde de Villapineda, G. Rul, lord Petersham y Osborne, 3 de 5. El Marqués de Albenos, Marqués de Castillejas, Duque de Huescar, Conde de Gomar y Sr. Caston de Tamlilleureux, 2 de 4; los demás señores quedaron desde el principio fuera de competencia.

#### MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 15 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 38 á 41 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 16 á 17,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 11 á 11,93 fanega. Y la cebada, de 5,59 á 5,63 fanega.

#### CUADRADO DE PALABRAS.

Solución de los cuadrados del número anterior.

I.					
F	i	g	a	r	o
i	b	a	ñ	e	z
g	a	t	a	z	a
a	ñ	a	d	a	n
r	e	z	a	b	a
o	z	a	n	a	n

#### II.

D	i	a	n	a
i	s	l	a	m
a	l	a	d	a
n	a	d	a	r
a	m	a	r	á

Para dar la solución en el próximo número.

#### I.

- 1.ª Princesa de las antiguas edades que dió ocasion á muchos crímenes.
- 2.ª Apellido muy conocido en España.
- 3.ª Las hay con abundancia en el campo.
- 4.ª Algo que contiene fuego.
- 5.ª Término de marina.

#### II.

- 1.ª Gran poeta.
- 2.ª Composiciones artísticas que suelen encantar al público ilustrado y á los que presumen de formar parte de él.
- 3.ª Notable y antigua ciudad de España.
- 4.ª Accion de levantar algo, por lo comun durable.
- 5.ª Personaje que ha figurado en la guerra, hace poco tiempo.
- 6.ª Futuro plural de un verbo con el que mucho se consigue.

#### PROPIETARIOS.

D. J. Luis Albareda. — D. Abelardo de Cárlos.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Ariban y C.  
(sucesores de Rivadeneira),  
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

## ANUNCIOS.

### FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y Á ALICANTE.

#### SERVICIO DE TRENES.

##### Líneas de Alicante, Valencia y Cartagena.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida.	7.00 m.	9.00 m.	6.30 t.	7.50 n.
Toledo, llegada.	10.15 m.	»	9.45 n.	»
Alicante, llegada.	»	5.25 m.	»	10.45 m.
Valencia, llegada.	»	8.40 m.	»	11.29 m.
Cartagena, llegada.	»	9.00 m.	»	1.35 t.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Cartagena, salida.	»	4.30 t.	»	12.45 t.
Valencia, salida.	»	5.30 t.	»	2.55 t.
Alicante, salida.	»	8.20 n.	»	4.20 t.
Toledo, salida.	7.12 m.	»	5.00 t.	»
Madrid, llegada.	10.27 m.	6.15 t.	8.40 n.	8.30 m.

##### Líneas de Andalucía, Extremadura y Portugal.

	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida.	7.00 m.	9.00 n.
Córdoba, llegada.	2.33 n.	12.41 t.
Granada, llegada.	4.00 t.	10.39 n.
Málaga, llegada.	11.44 m.	8.30 n.
Sevilla, llegada.	8.35 m.	5.48 t.
Cádiz.	»	10.30 n.
Ciudad-Real, llegada.	5.28 t.	6.04 m.
Badajoz, llegada.	11.10 m.	5.33 t.
Lisboa, llegada.	»	5.35 m.

	MIXTO.	CORREO.
Lisboa, salida.	»	8.00 n.
Badajoz, salida.	3.30 t.	8.15 m.
Ciudad-Real, salida.	10.05 m.	8.45 n.
Cádiz, salida.	»	5.15 m.
Sevilla, salida.	6.25 t.	10.00 m.
Málaga, salida.	4.00 t.	7.15 m.
Granada, salida.	11.30 m.	5.00 m.
Córdoba, salida.	12.50 n.	2.23 t.
Madrid, llegada.	8.40 n.	6.05 m.

##### Líneas de Zaragoza, Barcelona, Navarra y Bilbao hasta Logroño.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida.	7.05 m.	11.00 m.	4.35 t.	7.45 n.
Guadalajara, llegada.	9.20 m.	1.10 t.	6.45 t.	9.23 n.
Zaragoza, llegada.	8.45 n.	»	»	6.10 m.
Barcelona, llegada.	»	Domingos	»	8.00 n.
Pamplona, llegada.	»	y días	»	12.41 t.
Logroño, llegada.	»	festivos.	»	10.45 n.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Logroño, salida.	»	»	Domingos	4.28 t.
Pamplona, salida.	»	»	y días	2.00 t.
Barcelona, salida.	»	»	festivos.	7.00 m.
Zaragoza, salida.	6.50 m.	»	»	9.25 n.
Guadalajara, salida.	7.54 n.	7.40 m.	5.10 t.	6.35 m.
Madrid, llegada.	10.04 n.	9.55 n.	7.25 n.	8.26 m.

La m, significa mañana; la t, tarde y la n, noche.

Los trenes correos sólo llevan, por regla general, coches de 1.ª y 2.ª clase: los mixtos llevan coches de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase.

#### DICCIONARIO DOMÉSTICO.

Tesoro de las familias ó repertorio universal de conocimientos útiles.

Contiene más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de fácil ejecución sobre las materias siguientes: *Labranza*, ó cultivo de los campos. — *Horticultura*, ó labor de las huertas. — *Floricultura*, ó jardinería. — *Arboricultura*, ó cultivo de los árboles. — *Clasificación* botánica de las plantas y sus virtudes medicinales. — *Crianza*, ó cebamiento de animales. — *Administración* rural ó económica agrícola; todo en cuanto se ha podido para dar nociones seguras capaces de dar una idea exacta de la Agricultura; como ciencia y como arte. — *Conservación* de las carnes, granos, legumbres, frutas y toda clase de provisiones alimenticias. — *Preparación* de dulces, conservas de frutas, mermeladas, chocolate, café, té, limonadas, jarabes y ponches. — *Arte* de hacer el pan, los vinos, la sidra, cerveza y toda clase de bebidas económicas. — *Manual* práctico de la cocina española, francesa, italiana y americana; el de la pastelería, repostería y toda clase de licores. — *Cuidados* que exigen la bodega, el corral, las aves domésticas, los pájaros enjaulados y toda clase de animales domésticos. — *Reglas* prácticas acerca de la caza y pesca, con nociones sobre los derechos de los propietarios y del público consignados en la ley. — *Conservación* de la ropa de uso, de las telas, muebles, efectos de menaje y destrucción de insectos dañinos. — *Arte* de lavar y planchar la ropa blanca. — *Preparación* de todos los artículos de perfumería y tocador. — *Instrucciones* teórico-prácticas de química y física recreativa, y de pirotécnica civil, ó arte de hacer fuegos artificiales. — *Los meses* del año con preceptos de higiene, de economía doméstica y rural, y productos culinarios. Redactado por D. Balbino Cortés y Morales, cónsul de primera clase. *Cuarta tirada*. Madrid, 1874. Un magnífico tomo en 4.º, de 2.288 columnas, 20 pesetas en Madrid y 22 pesetas y 50 céntimos en provincias, franco de porte.

ADVERTENCIA. — Esta *cuarta tirada* constará de 7 cuadernos de á 10 pliegos cada uno (160 páginas, 320 columnas), y saldrá con regularidad uno cada mes. Precio de cada cuaderno: 3 pesetas en Madrid y 3 pesetas y 25 cént. en provincias, franco de porte.

Se ha publicado el primer cuaderno.

Se autoriza á todos los libreros, almacenistas de papel y Administradores de Correos para recibir suscripciones á tan importante obra.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de don Carlos Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid. — En la misma librería hay un gran surtido de toda clase de obras nacionales y extranjeras; se admiten suscripciones á todos los periódicos, y se encarga de traer del extranjero todo cuanto se le encomiende en el ramo de librería.

#### ENFERMEDADES DE LOS PERROS.

Cura en cuatro días por *El Cynophile*. — Precio: 5 pesetas el frasco.